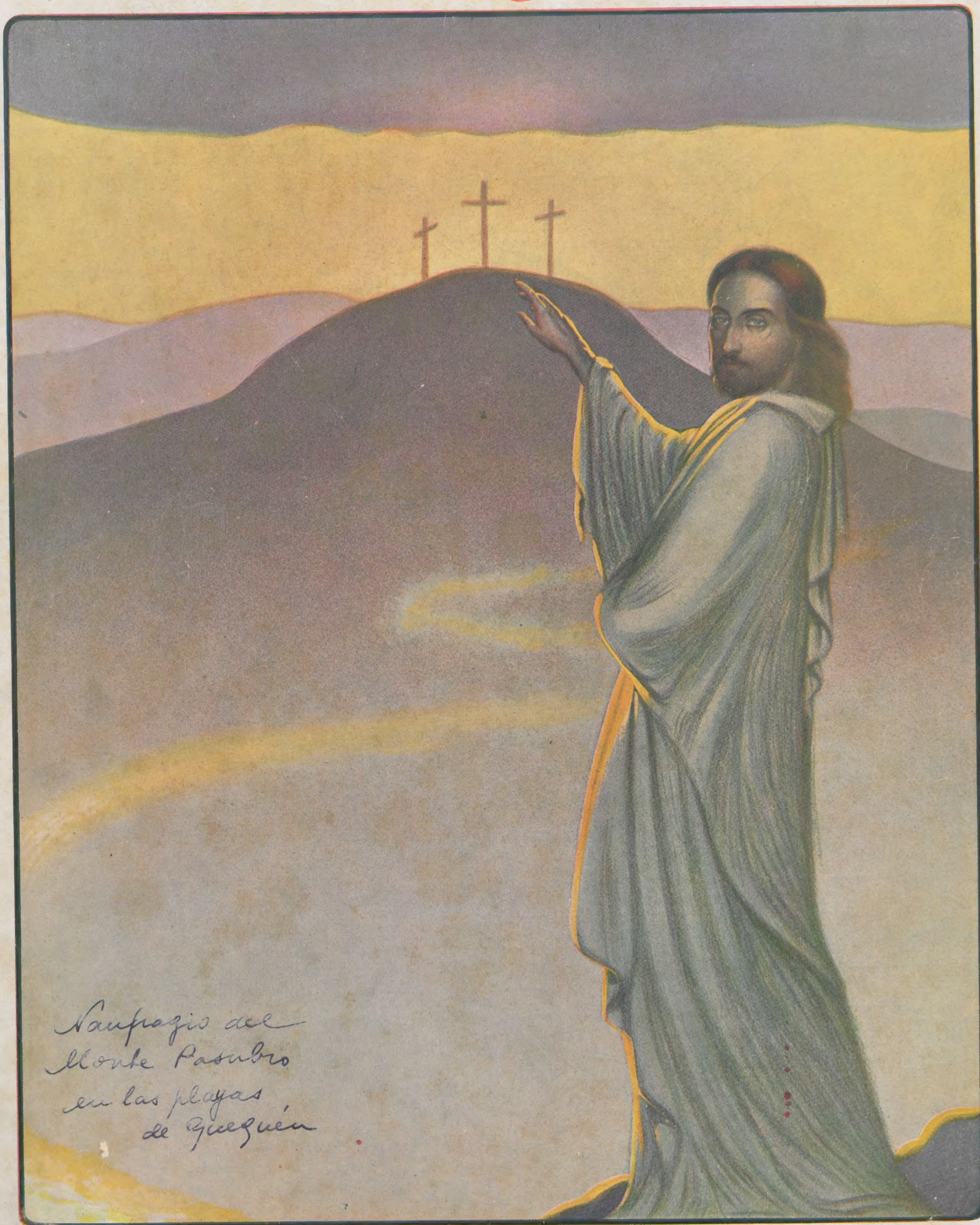
El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

VIERNES SANTO

por Edelmiro F. Lescano

Recetas útiles y Procedimientos prácticos

PARA EL FOTÓGRAFO "AMATEUR"

RESTAURACIÓN de pruebas antiguas.—Para restaurar las pruebas borradas, sobre papel o ennegrecimiento directo, la revista "Photography" recomienda el siguiente procedimiento. Las pruebas son sumergidas en una solución de

Sal de cocina.........	4 gramos
Bicromato de potasio..	3 »
Agua destilada.......	100 cm. cub.
Acido clorhídrico.......	10 gotas

La imagen blanquea casi enteramente, se lava y se pasa en seguida al revelador ordinario a la hidroquinona o al diamidofenol, que hace reaparecer la imagen con su vigor primitivo y un buen tono negro. La fijación es inútil, bastando con lavar la prueba.

——:——

PARA LAS MADRES

Cocimientos de cereales. — En los niños atacados de gastroenteritis es a veces muy difícil y aun imposible hacerles tolerar la leche. Este alimento tan útil en muchos casos se vuelve ocasionalmente un verdadero veneno para el niño, que no puede soportarlo sin exponerse a sufrir lamentables consecuencias.

En este caso, durante veinticuatro o treinta y seis horas, no se da al niño más que agua hervida, fresca o filtrada: dieta hídrica. El niño en lugar de un biberón de leche, recibe por toda alimentación, cada dos o tres horas, un biberón de agua pura. A menudo esta agua es bien aceptada; los vómitos desaparecen y las fermentaciones intestinales disminuyen o cesan completamente. Pasado este período de veintiocho o treinta y seis horas, se comienza a administrar al niño leche recién ordeñada muy diluída con cocimiento de arroz pasado por una etamina muy limpia, o "babeurre" o "kefir". Si el niño no soporta bien estos alimentos, se le administrarán cocimientos de cereales, siendo de todos ellos, por su composición y los estudios que se han hecho sobre el mismo, el más indicado para administrar a los niños, el cocimiento de cereales y legumbres del doctor Comby, cuya composición damos a continuación:

Hágase hervir tres horas a fuego moderado:

Trigo	30 gramos o una cucharada de sopa de cada uno.
Cebada pelada.......	
Maíz blanco triturado	
Porotos descorticados..	
Chauchas	
Lentejas descorticadas	

Añádase 5 gramos de sal fina y pásese por un colador. No debe ser conservado más de veinticuatro horas. Añádase luego una cucharadita de harina de trigo por cada 100 a 250 gramos de cocimiento y hágase hervir durante 20 minutos.

Este cocimiento, al cual se le puede agregar, al hacerlo, unas dos rebanadas de pan junto con las demás substancias, posee un poder antipútrido y tiene un valor nutritivo indiscutible, sobre todo en los niños de más de seis meses.

——:——

PARA devolver su tono a las turquesas. — Para devolver su color primitivo a las turquesas "muertas", basta con sumergirlas en una solución de carbonato de soda.

MANJAR real. — Con cuatro libras de azúcar se hace un almíbar en punto alto. Se deja entibiar y se le echa libra y media de almendras molidas. Se hace al mismo tiempo desleír y cocer en media botella de leche tres onzas de almidón de trigo.

Ya espeso y cocido, se mezcla al almíbar almendrado; y poniéndolo nuevamente al fuego, se le hace tomar punto.

——:——

RÉGIMEN DE LOS ANÉMICOS

EN las anemias falta al organismo la proporción debida de hemoglobina. Para reponer su sangre necesita el anémico hierro, que pueden suministrarle compuestos preparados al efecto, o bien los mismos alimentos. De modo, pues, que el régimen debe ser rico en hierro, y es por lo tanto conveniente conocer la proporción que de él contienen las principales materias alimenticias.

Boussingault y Bunge han hecho análisis muy cuidadosos a ese respecto, cuyos resultados insertamos a continuación:

Hierro en miligramos en 100 partes frescas. (Boussingault)

Sangre de cerdo.........	63,0 milig.
Carne de buey..........	37,0 »
Avena	13,0 »
Lentejas...............	8,3 »
Pescado	7,5 »
Huevos	5,7 »
Pan blanco............	4,9 »
Patatas...............	1,6 »
Arroz.................	1,5 »

Hierro en miligramos en 100 partes secas. (Bunge)

Yema de huevo.......	10 a 24 milig.
Clara de huevo.......	vestigios
Espinacas...........	36,0 »
Coles (hojas verdes)..	17,0 »
Coles (hojas amarillas)	4,5 »
Manzanas...........	13,0 »
Cerezas.............	10,0 »
Zanahorias..........	8,6 »
Almendras...........	4,9 »
Fresas..............	9,0 »

En resumen, pues, resulta que la leche es un alimento muy pobre en hierro, lo que nos explica cómo un régimen lácteo prolongado y exclusivo, principalmente durante el período de crecimiento, en la mujer embarazada, o bien en la nodriza, puede causar la anemia.

En cambio, ciertos alimentos, como las carnes rojas, la morcilla, la yema de huevo y la avena, son verdaderas preparaciones ferruginosas. Las legumbres secas son mucho más ricas en hierro que las patatas y el arroz, y ciertos alimentos poco nutritivos, como las espinacas y las coles verdes, son de gran valor en estos casos por su riqueza en hierro.

Estos alimentos son útiles especialmente porque contienen, en general, el hierro en forma orgánica, más fácilmente asimilable que las preparaciones farmacéuticas.

En el régimen a establecer hay que tener en cuenta lo que el anémico pueda digerir, pues todo anémico es dispéptico, por cuya razón Hoyem recomendaba empezar el tratamiento con un régimen lácteo y unas sopas livianas, en cuya confección hayan entrado las espinacas, la avena (muy rica en hierro) y las lentejas, así como la carne roja y las coles verdes.

SUBSCRIPCIONES

EN LA CAPITAL

Año	$ 9.—	%
Semestre	» 5.—	»
Trimestre	» 2.50	»
Núm. suelto	» 0.20	»
» atrasado	» 0.40	»

EN EL INTERIOR

Año	$ 13.60	%
Semestre	» 7.—	»
Trimestre	» 4.—	»
Núm. suelto	» 0.30	»
» atrasado	» 0.60	»

EN EL EXTERIOR

Año	$ 10.—	oro
Semestre	» 6.—	»
Trimestre	» 4.—	»

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta, o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Redacción y Administración
RIO DE JANEIRO, 252

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. Telef., 62, Mitre, 8704 y 9560 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749, 5º PISO
Unión Telef. 33, Avenida, 1472

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 824, Montevideo
PARAGUAY. — E. G. PLATE
Palmas, 485, Asunción

Año XX — *Buenos Aires, 18 de abril de 1924* — Núm. 757

Notas y Comentarios de Actualidad

Salimos ahora con que el Feminismo es un Camelo

La señora Clara Bohm-Schuch, ex representante socialista al Reichstag alemán, nos dice que el feminismo es un camelo, no entre las feministas, pero sí entre los "feministos", sin excluir a los socialistas, que siempre se habían preciado de "feministos". Sucede lo siguiente, según doña Clara Bohm-Schuch: en Alemania la mitad de los electores son mujeres. ¿Qué hacen los partidos políticos, inclusive el socialista, para conformarlas? Ponen en la lista de candidatos una mujer, una sola, nunca más de una; y a eso se reduce el feminismo. Por añadidura, ni siquiera toman en serio a esa sola candidata. ¿Qué se les importa que sea capaz o no? Una mujer, cualquiera, la que caiga, para conformar al electorado femenino, y vamos a las urnas. Doña Clara Bohm-Schuch se lamenta amargamente de este feminismo homeopático y de opereta. "Queremos feminismo auténtico — dice; — queremos la igualdad política, la igualdad real, de hombres y mujeres. Y esto que nos están haciendo es una simple tomadura." ¿No es verdad que tiene razón? Nosotros mismos protestamos indignados. Nos habían hecho creer en el feminismo; nos habían traído a combatirlo o a defenderlo (según el gusto); nos habían arrastrado a largas polémicas, y aun a escenas de pugilato, y ahora resulta... ¡eso!

De hoy en adelante no creemos ya en novedades.

Sed Clementes con las Melenitas de las Maestritas

¿Qué hacer? Hemos recibido una esquelita azul... ¡Una esquelita azul que viene firmada por una "Maestrita normal"! Maestrita, y no maestra. Diminutivo. Y que nos llama "simpática revista". Y se trata de una maestrita de melenita de oro. Ella misma nos lo revela discretamente. ("No creo que por haber sacrificado mi rubia cabellera", etc.) Melenita de oro, ojos azules, uñas rosadas, y todo lo demás. ¿Qué hacer? "Sed clementes con la melenita de las maestras", nos dice. Y más adelante: "No me inclino a creer, señor director, que sea usted uno de los tantos que piensen que la melenita es signo de frivolidad." ¿Qué hacer? No podemos menos de decirles a las gentes: Escuchad, al menos, antes de decidiros, la palabra suplicante de una maestrita normal. No condenéis sin haber oído. Escuchadla: "¡Sed clementes con la melenita de las maestras!" Quizá tengáis razón, vosotros, enemigos de la melenita de las maestras. Pero no nos exijáis que en este momento nos pongamos resueltamente de vuestra parte. Ya habéis oído lo que nos dicen: "No me inclino a creer, señor director", etc. Dejadnos, pues, reflexionar detenidamente sobre este asunto de las melenitas de las maestras. No nos arrastréis a cometer impremeditadamente alguna injusticia. ¡Y poneos en nuestro lugar!...

La Asistencia Pública, Aquí y en La Plata

Dice una anécdota que el intendente municipal de una importante ciudad del Río de la Plata, le preguntó un día a su cocinera:

— ¿De qué te parece que me debo ocupar primero: de los servicios de la Asistencia Pública o de la Avenida Costanera, que en Río de Janeiro se llamaría Avenida Beiramar, lo cual, traducido al español, quiere decir, sin duda, de la vera del mar?

— Una avenida costanera me gustaría mucho, — le respondió la criada; — pero a mí se me murió un chico porque llegó tarde la ambulancia de la Asistencia Pública.

No añade la anécdota lo que hizo el intendente; pero tened la seguridad de que, si era el intendente de una ciudad argentina, hizo todo lo contrario de lo que hubiera hecho la cocinera. Porque en la República Argentina la asistencia pública es deficiente en todas partes. Cuando nos dicen que los enfermos del interior de la República afluyen a Buenos Aires, nos dicen que si aquí no andamos bien de asistencia pública, más afuera andan peor. Ahora son los platenses los que se quejan de ese servicio. Poco más o menos las mismas quejas que solemos oír aquí. Desesperad, pues, asiduos lectores nuestros, de encontrar nunca en toda la República un solo lugar donde los automóviles no corran demasiado y las ambulancias de la Asistencia Pública corran lo necesario.

Reventar Caballos

En el Hipódromo Argentino, donde tanto y tan meritoriamente se trabaja por el perfeccionamiento de la raza caballar, se corrió días pasados, una carrera de resistencia. Tratábase de averiguar cuál de los animales inscriptos daba en doce horas un mayor número de vueltas a la pista; con lo que, naturalmente, saldrían ganando el progreso económico del país y la estabilidad de sus instituciones republicanas. Tanto es así, que el mismo presidente de la Nación se creyó en el caso de acudir a la fiesta, pues es sabido que un presidente no puede negarse a ser espectador de aquellas ceremonias que de una manera o de otra interesan al engrandecimiento de la patria.

Largada la carrera, los caballos, azuzados por sus jinetes, empezaron a dar vueltas y vueltas. Cuando estaban a punto de cumplirse las doce horas, muchos eran los que habían desertado ya de la pista, rendidos de cansancio; y uno de ellos, pocos minutos antes de cumplirse el plazo, teniendo asegurada la victoria, cayó muerto.

¡Eso es lo que se llama reventar caballos por el gusto de reventarlos y contribuir al progreso económico de la República!

Amaos los unos a los otros

Cuando monseñor de Andrea, sometiéndose a la voluntad del Sumo Pontífice, que está en Roma, hizo renuncia de sus derechos al arzobispado de Buenos Aires, y cuando el gobierno argentino se negó a aceptarla, y cuando se produjeron, en torno de la cuestión aquel cambio de notas y aquellos debates que tanto apasionaron al mundo católico, no faltaron quienes sostuviesen, contra viento y marea, que en todo eso debía estar complicada la terrible y misteriosa Compañía de Jesús. La sospecha, que crece al andar, como la fama de los antiguos, se adueñó tan poderosamente del espíritu público, que cada vez que alguno traía a la conversación el pleito famoso, se le adicionaban inmediatamente unas cuantas frases en perjuicio de los jesuítas, saliendo a relucir la "mónita secreta", que ya no es secreta, y las demás marrullerías de costumbre, probatorias de que ellos eran los autores del conflicto.

Y es el caso que la tal sospecha acaba de obtener la más absoluta de las confirmaciones. Ya se sabe que, efectivamente, los jesuítas tuvieron gran participación en el repudio de monseñor de Andrea; y que no conformes con presionar en este sentido al Sumo Pontífice, inspiraron al padre José M. Blanco un artículo periodístico, publicado en "El mensajero del Corazón de Jesús", y en el cual se ponía de oro y azul a las autoridades del país. También se ha descubierto que el secretario de la nunciatura, monseñor Maurilio Silvani, es autor de otro artículo contra el gobierno, aparecido en "L'Eco d'Italia", del que dicho monseñor es director y propietario. Y aunque no se tiene información definitiva sobre el asunto, se cree que el aludido Silvani ha procedido de acuerdo con los jesuítas; sin que valgan a desvanecer los cargos que a la Compañía se le formulan las declaraciones hechas por el reverendo padre Juan Castillejo, rector del Colegio del Salvador, en una carta que le dirigió al presidente de la República.

En resumen, el embrollo eclesiástico se ha embrollado todavía más. Los jesuítas están en la danza; el gobierno ha conseguido la expulsión del padre Blanco y va a conseguir la de Silvani. Y esto se ha producido en los gloriosos días de semana santa, que es el aniversario de la hora en que Nuestro Señor Jesucristo dijo a todos los hombres: "Amaos los unos a los otros..." Y tenemos entendido que no excluyó a los sacerdotes.

Tirada del número anterior de EL HOGAR:

110.630 ejemplares

La Columna Meteorológica de los Austrohúngaros

Muchas personas ignoran dónde está actualmente el monumento de los austrohúngaros. Está frente al Consejo Nacional de Educación. El otro día, con motivo de ser domingo, fuimos a hacerle una visita. Volvimos con el ánimo contristado. Jamás monumento alguno presentó tan triste aspecto. Según recordaréis, el monumento de los austrohúngaros fué al principio una columna meteorológica. También recordaréis que muy pronto el cuidado de los aparatos quedó abandonado, pero que al menos se conservaban en su sitio. Hoy, ni eso; el monumento de los austrohúngaros ya no es columna meteorológica, ni de cerca ni de lejos. De los aparatos no quedan sino los huecos, por cierto bastante feos, porque todo lo que se ve son paredes de rojo ladrillo. ¿Por qué está así el monumento de los austrohúngaros? Y ya que lo tienen así, ¿por qué no lo llevan a algún lugar oculto, en vez de tenerlo precisamente frente al Consejo Nacional de Educación? Ya que al parecer nos hemos olvidado por completo de la cortesía, hagamos al menos lo posible por que no lo sepa todo el mundo.

Conspiración Fiscal contra la Gomina

El fisco ha impuesto un gravamen insoportable a la gomina. "¡Poco se me importa! — le hemos oído decir al doctor Enrique Dickmann. — Me conformo con haber sido reelegido diputado." Pero hay por esa calle Florida muchos jóvenes que, mereciendo ser elegidos diputados, no lo serán nunca, y a quienes se les importa mucho del gravamen a la gomina. Les gravan la gomina, y ni siquiera les darán el desquite de elegirlos diputados. La gomina es hoy un artículo de primera necesidad para considerable parte de cierta juventud. ¿Cómo nos arreglamos sin gomina? Esta pregunta puede dejar atónito al doctor Enrique Dickmann, pero es la más natural del mundo, aun en boca de muchos de sus electores, quizá algunos millares. Porque habéis de saber que la gomina está difundida entre todos los partidos políticos, y que sus dominios van mucho más allá de la calle Florida. En todas las peluquerías de la circunscripción cuarta, baluarte socialista, hay siempre abierto un tarro de gomina. Creemos que el fisco debe reconsiderar este asunto del gravamen a la gomina. ¿Encarecer la gomina? Sólo una explicación tiene este horrible atentado: la envidiosa calvicie del ministro de Hacienda.

Jueguitos Florales

El señor intendente municipal de Santiago del Estero ha solicitado de las autoridades federales que acampan en dicha provincia una ayuda en metálico para organizar un gran certamen entre los poetas, historiadores, cuentistas y novelistas argentinos. Desea el señor intendente que el concurso revista singular importancia, y que Santiago sea, por unos instantes, la Meca espiritual de nuestros sembradores de belleza, como diría el flamante diputado doctor Súllivan.

A juzgar por el fervor con que el caballero de la iniciativa la ha comunicado a los poderes públicos, cualquiera diría que de ese torneo literario depende el porvenir de la patria y el prestigio internacional de su cultura. Pero nosotros, que no somos intendentes y que no lo seremos jamás, ni siquiera en la apacible ciudad de Santiago, sospechamos que se trata de unos simples juegos florales, tan cursis como cualquier otro, y que, en el caso de realizarse, sólo servirán para destacar a la reina de la fiesta y a las niñas de su corte de honor; y tal vez para que el señor intendente pueda ubicar el discursito que con toda seguridad tiene depositado en lo más recóndito de su "pasta divina".

HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIEN

TOME, HERMANO.

AVISO
POR ESTAR VACANTE EL ARZOBISPADO NO SE SABE AUN SI EL LAVATORIO A LOS DOCE POBRES SE REALIZARÁ ESTE AÑO

Las aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI









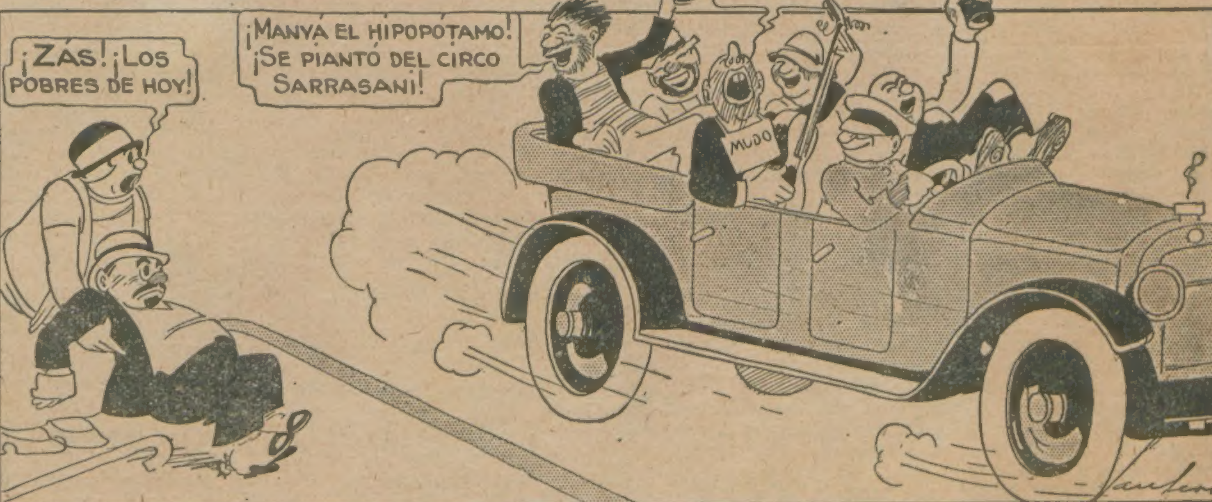












La rebelada

Por CHARLES CLERY

ADAME Daubenton, por habituada que estuviera a las rarezas de su hija Celina, se sorprendió asimismo al verla entrar, esa tarde, nerviosa y agitada como nunca. Tenía el semblante alterado, trémulas las manos al quitarse el sombrero, que arrojó despreocupadamente encima de la mesa.

La madre deseaba interrogarla, pero no se atrevió; sabía que cualquier intervención cariñosa daba lugar a un estallido violento, cuando Celina traía los nervios torturados. Jamás la había visto así. La muchacha dejóse caer en el sofá, cruzó las piernas, juntó las manos sobre la rodilla en una crispación que hizo crujir sus coyunturas, y quedóse con la mirada perdida en el vacío, como si persiguiese una visión interior...

Al rato se levantó. Dió un hondo suspiro y sólo entonces pareció darse cuenta de la presencia de la madre; fué hacia ella con impulso que demandaba amparo y protección; rodeó con ambos brazos el cuello de la anciana, la besó, y con voz apagada en que zozobró toda su agitación, murmuróle al oído:

—¡Mamá..., mamita!... ¡Soy muy desgraciada!

❦ ❦

HACÍA dos años que Celina Daubenton concurría a la Escuela de Bellas Artes, llevada de una irresistible vocación por la pintura. La herencia dejada por el coronel Daubenton, caído gloriosamente en la gran guerra, permitía a la hija y a la viuda vivir bastante holgadamente, sin contrariar a esta última en sus naturales inclinaciones. La niña era de carácter firme y decidido como su progenitor, aunque, sin embargo, su entereza cediera, en ciertos momentos, a la pletórica nerviosidad materna, atemperada en madame Daubenton, por la costumbre de reprimirse y contenerse, por no desagradar al esposo, a quien adoraba.

Esteban Mourier era el profesor de Celina. Hombre joven aún, pues apenas frisaba en los cuarenta años, la originalidad de sus concepciones artísticas que asimismo no desconocían los cánones del arte, habíalo llevado al profesorado oficial por espíritu de proselitismo, con preferencia al exclusivismo egoísta de la mayor parte de sus colegas: formar discípulos que lo continuaran, sin por eso tener pretensiones absurdas de jefe de escuela, era su más anhelada aspiración; entre ellos, Celina Daubenton sobresalía por la perseverancia con que seguía sus indicaciones, sin abdicar por ello las típicas modalidades de la propia personalidad.

El trato casi continuo con Mourier y la similitud de sus caracteres hicieron que, impensadamente, la niña se enamorase del maestro. Pero calló con obstinación su sentimiento no bien un profundo examen de conciencia la revelara su inclinación.

Vivió entonces Celina una vida interior llena de encantos, hallando íntimas satisfacciones en la pertinacia de su secreto, como quien cultiva una flor rara e inestimable, sin que nadie sepa cómo nació ni cómo floreció en el vedado vergel de su corazón...

Pero Mourier, poco habituado a descifrar enigmas, no atinó a descubrir lo que pasaba en el alma de la muchacha; tomó por sencilla amistad lo que en ella era un sentimiento fuerte y avasallador. Y encantado por su parte por el gran talento de una cantante sueca, que a la sazón atraía a todo el París melómano a la Gran Ópera con sus magistrales interpretaciones wagnerianas, el pintor formalizó con aquélla un compromiso, que durante largo tiempo permaneció secreto para todos.



El público anuncio del casamiento cayó como golpe de maza en la cabeza de Celina Daubenton. Rebelóse entonces contra la suerte que la agobiaba, y contra sí misma, por haberse complacido en acariciar a solas un ensueño estéril, por modestia ingénita, y para que no creyeran que especulaba con la fama y la fortuna del profesor. A ese irremediable derrumbamiento de sus anhelos habíala conducido su silencio. Un poco de coquetería, un poco de estrategia sentimental en sus coloquios del taller, y ¡acaso sus deseos hubiéranse cumplido en su plenitud entera! Mientras que ahora, perduraría su soledad afectiva con una aspiración muerta en el corazón, ¡la flor rara del amor, desecada y mustia en el búcaro del pensamiento!

❦

REPENTINAMENTE y sin que nada dejara presentir su resolución, la joven artista dejó de concurrir a la clase de Esteban Mourier. Entonces éste, ante la prolongación de la ausencia y del mutismo de la discípula predilecta, inquirió las causas de su retraimiento. Pero Celina comprendió la necesidad de "callar" más que nunca su verdadero motivo, aunque no quiso hacer al maestro la injuria de no recibirle. Fijado el día de la visita, la muchacha estudió sus actitudes con arte consumado, dominada por la rígida voluntad de no dejar traslucir, en la entrevista, absolutamente nada de sus preocupaciones.



"...y púsose a dibujar y luego a pintar con singular ardimiento."

Dos días antes, encerrada en el aposento que le servía de estudio, meditó lo que le convenía hacer para justificar su aislamiento; y presa de súbita inspiración, colocó una tela virgen en el caballete, y púsose a dibujar y luego a pintar con singular ardimiento...

❦ ❦

CUANDO la artista descubrió el lienzo, Mourier se acercó; luego alejóse vivamente unos pasos, llevando alternativamente la mirada del cuadro a la autora, que, recostada en un diván, fumaba pausadamente un cigarrillo egipcio. El profesor estaba, fuera de duda, sorprendido y hasta desorientado... Celina sostuvo su mirada, esbozó media sonrisa:

—Eso es — dijo — una interpretación de la "Walkyria".

—Veo bien — contestó el pintor: — pero, descabellada y enigmática, señorita. ¿Una nueva orientación suya, acaso? Confieso que me desagradaría verla insistir en ese género.

—Sin embargo, me propongo "insistir" en ello.

—Es usted dueña... pero lo lamento. Esa "grisaille" no refleja nada de lo que le he enseñado, y, además, no traduce, en nada tampoco, su temperamento.

—Hay que creer que sí—repuso ella, —pues me siento satisfecha de mi trabajo. Wágner no se entiende bien a la primera audición; tampoco mi "Walkyria" a primera vista. ¡Si usted supiera cuántas cosas me sugiere a mí su contemplación! Haga usted lo propio, y verá...

—Toda mi doctrina está en contradicción con esa pintura. La conceptúo vana y peligrosa porque desorienta y confunde. ¿Usted ha sentido "eso" así?

—Claro está.

—Entonces, estamos divorciados en el concepto...

—¡Y en la vida! — exclamó Celina.

La frase debió escapársele, pues se levantó para ocultar su turbación. Él la miró y comprendió. Acercósele, tendiéndole la mano, que Celina tomó. Miráronse en los ojos un segundo. Mourier se inclinó con muestras de profundo respeto. Luego, separáronse para siempre: sus destinos eran opuestos.

❦ ❦

EL "género" adoptado por Celina Daubenton tornóse de más en más incoherente; igual camino siguió ella en su manera de vestir, aunque su vida permaneciera intachable. Sus teorías artísticas mostráronla en abierta rebelión con todas las tradiciones; sin embargo, repudiaba el "cubismo" y otros géneros parecidos, manteniendo a todo trance la personalidad del suyo.

Mas cuando Esteban Mourier enviudó, a los tres años de casado, Celina volvió repentinamente a su "manera" anterior, pero ampliada, robustecida por esa especie de "gimnasia" que había estado haciendo con la paleta en la mano, arriesgándolo todo en las más estupendas combinaciones de la línea y del color...

Expuso una "Redención de Ofelia", cuyo éxito fué rotundo. Mourier, personalmente, le trajo el homenaje de su entusiasmo.

—¡Eso sí! ¡Eso sí! ¡Eso es pintura, arte, inspiración! ¡Ahí reconozco a mi discípula!

Hubo una pausa en la que vibró, solemnemente, todo aquello profundo que los labios no se atrevían a expresar...

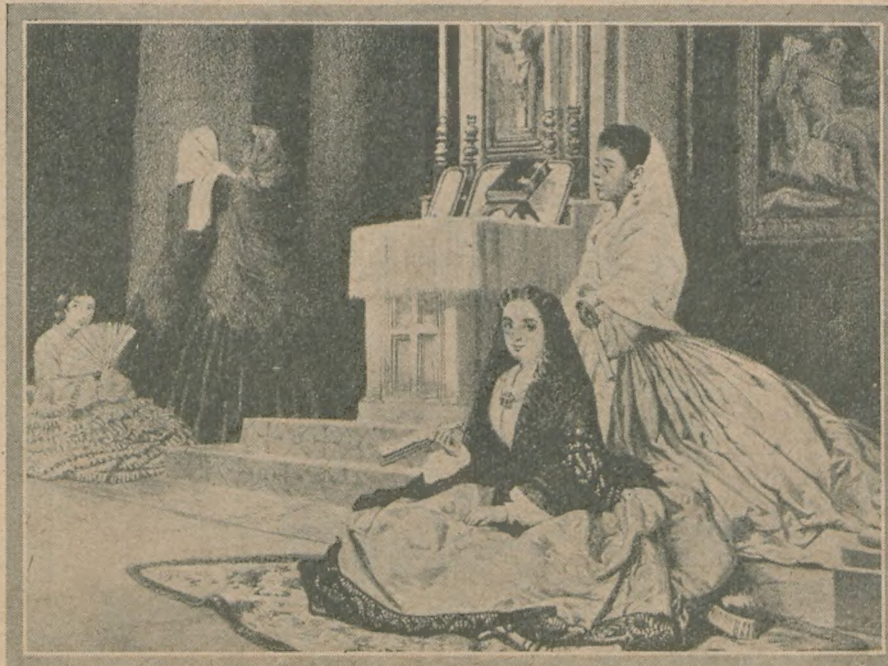


Esteban Mourier y Celina Daubenton, su esposa, son hoy los más perfectos colaboradores en el arte y en el amor.

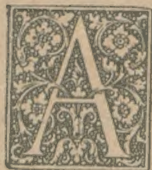
La Semana Santa del Buenos Aires antiguo

Por

JUAN CRUZ OCAMPO



"La porteña en el templo" (1832), dibujo de Pallière



AUNQUE siempre sigue la Semana Santa teniendo especial atractivo para los espíritus inclinados al misticismo, hay que convenir en que hoy ha declinado mucho su antiguo esplendor. Ya sus cultos carecen de aquella fe sincera transmitida en nuestra sangre por la madre España.

En la actualidad las multitudes se congregan más imponentes ante las ventanillas de las estaciones ferroviarias, que bajo las bóvedas de los templos. El turismo, importado por el extranjero, acabará por imponer su indiferencia en el ambiente de esos días religiosos, que fueron de meditación y recogimiento y que marchan suavemente a perderse en la leyenda. La vieja sociedad porteña, que traducía su aristocracia en la sencillez encantadora de sus costumbres, celebraba la Semana Santa con una fervorosa unción, digna de los pueblos más creyentes del orbe católico. El Domingo de Ramos daba principio a esas solemnidades, con la bendición y reparto de los simbólicos olivos; por la tarde se traía procesionalmente la imagen de Jesús de Nazaret, que se venera en la Santa Casa de Ejercicios. Este acto recordaba, en su elocuente grandiosidad, al que realiza el pueblo de Sevilla (para estas mismas fechas), cuando pasea triunfalmente por sus calles y encrucijadas a la Virgen de la Macarena. Por la noche, se iniciaban conciertos sacros, que tenían la virtud de reunir a lo más selecto de la sociedad de antaño.

El ayuno se observaba cada día más riguroso, especialmente el jueves y viernes, en que la mayor parte de las señoras lo pasaban con dos o tres mates, pero bien cebados, única compensación a lo exigüo del alimento. A los maitines, que se salmodiaban en todas las iglesias, concurrían gran cantidad de fieles, hasta que llegaba el de las galas eclesiásticas; el Jueves Santo, que lo era también de la sociedad. Ese día se caracterizaba en Buenos Aires por el lujo más esplendoroso. Las damas pudientes rivalizaban en la más fastuosa opulencia luciendo sus mejores joyas, entre las que había verdaderas fortunas; muchos de los collares de brillantes que hoy adornan las imágenes de la Virgen los exhibían por aquel entonces sus primitivas dueñas. Citaré algunos nombres que recuerdo haber oído de labios de mis antepasados, como el de Mercedes Oromí de Casares, de Justa Lima de Atucha, de Eugenia Lima de Lima, de María Elía de Llavallol, de Agustina Rosas de Mansilla, de Josefa Hines de Ocampo, de Mercedes Aguirre de Anchorena, de Teodelina Fernández de Alvear, de Isabel A. de Elortondo, de Rosario Peña de Bosch, de Felisa Dorrego de Miró, de Mercedes Baudrix de Unzué, de Isabel Hale de Pearson y de Rosa Lastra de Lezica, cuya belleza impresionó al ilustre pintor francés Monvoisin al contemplarla en la iglesia de la Merced, arrodillada en la clásica alfombrita de mano, inspirándole el célebre cuadro la "Porteña en misa". Uno de los sitios más frecuentados por las devotas era la "recova vieja". Allí se veneraba al Nazareno con la cruz a cuestas y las espinas de la Mortificación, simbolizando su actitud las palabras con que consolaba a las mujeres de Jerusalén, cuando les decía a su paso por la calle de la Amargura: "llorad por vosotras y por vuestros hijos".

El viernes, la ciudad tomaba un aspecto lúgubre; todas las casas de negocio cerraban las puertas; suspendíase el tráfico de vehículos, y hasta enmudecía la estrepitosa corneta de los tranvías. Los colores obscuros, y sobre todo el negro, dominaban en la indumentaria femenina, junto a la levita y la reluciente chistera en los hombres. Los sermones de agonía, y, más tarde, los de soledad, atraían a los templos una concurrencia extraordinaria, que escuchaba con religiosa atención el relato del gran drama sacro. Desde el púlpito de la Catedral, caía a raudales sobre el aristocrático auditorio la elocuencia arrebatadora del padre Camilo Jordán; su voz atronadora y magnífica tenía modulaciones de órgano, gritos de fiera, suavidades de arrullo, acentos de angustia y de dolor. Es que sabía transmitir como ninguno el horror que le inspiraban las blasfemias y el ultraje que profirieron las turbas desenfrenadas al invadir el Gólgota, y el espanto de esas multitudes inconscientes cuando huían azoradas al sentir que la tierra temblaba a sus pies, mientras el cielo rugía en medio de las tinieblas que se espesaban, y el mundo semejaba desplomarse ante el Dios que agonizaba.



Los oficios de Semana Santa del año 1838, en la Catedral de Buenos Aires



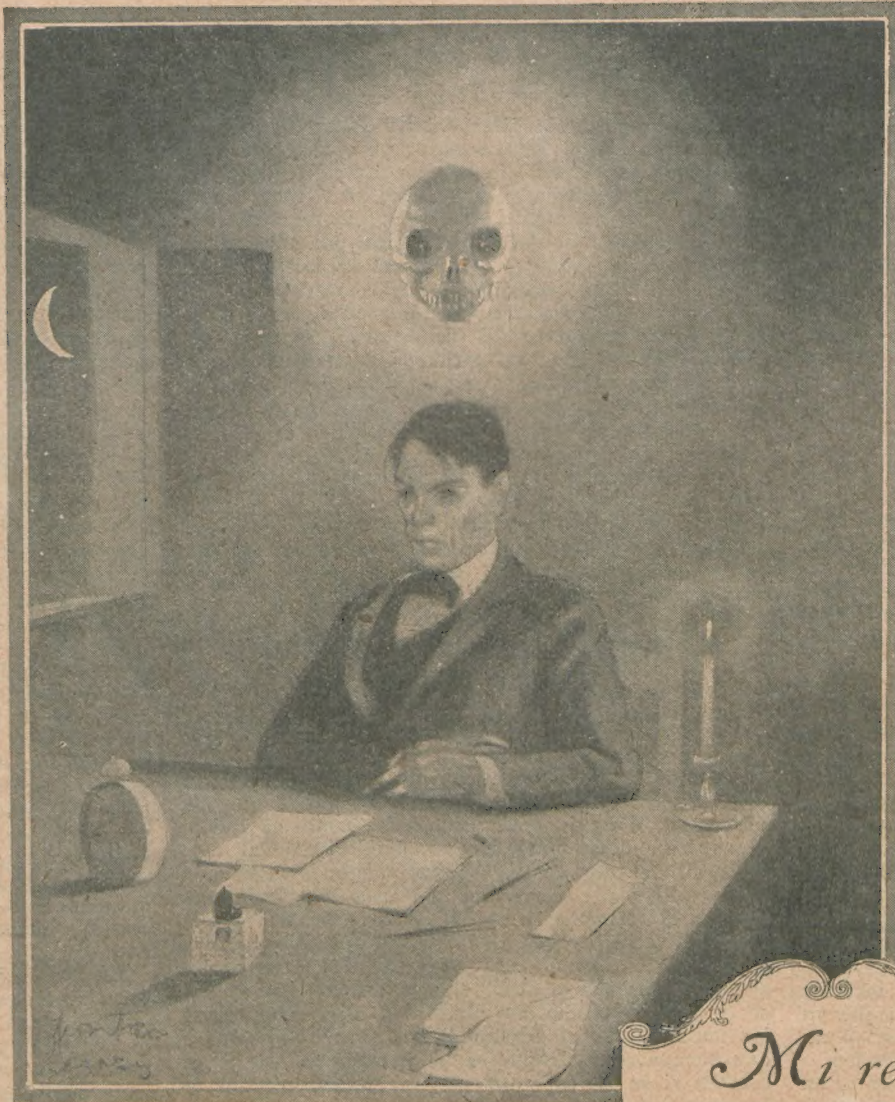
La descripción que hacía el padre Jordán de la muerte de Nuestro Señor en el duro madero de la cruz, en medio de la claridad que renacía de las tinieblas entre el desgarramiento de la Madre amantísima y de María de Magdala, daban la sensación de no asistir a un sermón, sino de contemplar una hermosa tela del Beato Angélico en el claustro del convento de San Marcos, en Florencia. A este príncipe de la palabra le disputaban la cátedra sagrada dos elocuentes dominicos, el padre Marcelino del Carmelo Benavente y fray Modesto Becco.

El primero gozó de una fama que llegó hasta suscitar polémicas con los admiradores del padre Jordán. Su intelectualidad religiosa la sintetiza el Cristo Redentor que se alza por su iniciativa como signo de paz en la cumbre más elevada de la cordillera andina; y el segundo, aunque de menos dotes oratorias que fray Marcelino, con oraciones patrióticas ejerció sobre las clases humildes una fuerte sugestión, que muchas veces se tradujo en aplausos arrancados espontáneamente a su auditorio.

En la mayoría de los hogares se pasaba la noche en oración aguardando la llegada del nuevo día, que junto con su luz traería la "resurrección y la vida". Los templos volvían a rebosar de gente, las campanas echadas a vuelo llevaban a todos los ámbitos la palabra: ¡Gloria!..., en su idioma de bronce, mientras en los altares caía desgarrado el velo ante las palabras sacramentales del sacerdote, respondidas por el estallido del órgano y las campanillas que agitaban briosamente los monaguillos.

Uno de los atractivos más legendario de esas festividades religiosas lo constituyó "la quema de los judas". Esos "judas" eran unos grandes muñecos rellenos de serrín, que contenían gran cantidad de explosivos y fuegos artificiales. Su incineración era toda una fiesta, que se realizaba por la noche del sábado, y a la que se invitaba especialmente a presenciarla desde los balcones y ventanas de las casas próximas al espectáculo.

La Pascua se festejaba entre las familias con banquetes, tertulias, obsequios, cartas de felicitación, excursiones campestres, y toda clase de distracciones, que han hecho inolvidables esas épocas de expansión sana, de creencias reconfortantes, de costumbres sencillas y aristocráticas, y que hoy, al evocar su tradición, sentimos como si pasara cerca de nosotros una brisa de sándalo, que nos refresca y nos acaricia...



Mi reloj despertador y el cuerno de la luna

Por

ARMANDO CASCELLA

Ilustración de Montero Lacasa



NO se trata, lector, de la peregrina idea de colgar un reloj despertador en el cuerno de la luna, cosa no tan fuera de lugar como parece, pues son muchos los mortales que diríase se han olvidado que la vida es mejor vivida que soñada, que no hay sueño tan hermoso que logre detener el tiempo, y que, casi siempre, cuando el término de las horas llega, nos trae, como una luz pálida y triste, la amarga certeza de no haberlas vivido.

Pero por ahora se trata de otra cosa:

Tengo publicadas algunas cositas, y pesa sobre mí la acusación de romántico. Bien: es una acusación injusta, y voy a demostrarlo.

Yo no me he detenido en esto lo suficiente como para precisar cuál es el proceso que en la mente de los demás ha culminado en tan temeraria acusación, aunque no estaría de más advertir que es muy vieja y data de años precedentes a la menor intentona literaria, con antelación todavía a mi enfermiza manía de leer continuamente.

Cuando tenía doce o trece años, ya las muchachas del barrio me llamaban así. Mi hermanita, azorada, me dijo un día: "Che, las chicas dicen que eres romántico"...

La verdad, yo no hice nunca, ni poco ni mucho, para merecer este adjetivo, que no se pronuncia hoy sin unirse al sentido de lo cómico y ridículo. Cierto que me gustaban las noches de luna, que buscaba la soledad, el silencio, la quietud, que me iba solo al río y me sentaba horas y horas a la orilla, mirando estúpidamente correr el agua, que amaba el sol, y las estrellas y las flores, pero era un amor silencioso, un amor que yo casi ignoraba, un amor inconfesado...

Y sin embargo, me llamaban "romántico". ¿Por qué? ¿Por mi rostro pálido, acaso? ¿Por mis ojos de buey viejo, adormilados y tristones?

Yo no lo sabía antes y ahora tampoco. Pero vuelve, con motivo de mis primeros trabajos publicados, a resonar en mis oídos la suave y nostálgica palabra: ¡Romántico! ¡Romántico! ¿Qué es un romántico? ¿Y qué es, en el fondo, el romanticismo?

Una vez, ante alguien a quien habían arrojado al rostro, como un insulto, esa palabra, hube de decir, sintiéndolo así, que el romanticismo es uno de los esfuerzos más nobles y más puros que se hayan hecho jamás para elevar la vida... Un esfuerzo fracasado, sí, pero, acaso por esto, más noble y puro...

Hoy no sé si me atrevería a repetirlo. Por lo menos, no lo haría sin antes ponerme a cubierto, como vulgarmente se dice. Porque, ¿estamos seguros nosotros, hombres del siglo triste, acerca de lo que entendemos por romanticismo? Para unos es sinónimo de estupidez, ñoñería, cursilería; para otros, de elevación de carácter, nobleza, heroicidad, unido todo esto a cierta concepción melancólica y suave de las cosas del mundo... Para otros, en fin, es el pasaporte para el reino de lo inaudito, el pretexto para galopar libremente por los floridos prados de la fantasía. ¿Dónde está la verdad?

Y en el mejor de los casos, si nos ajustáramos a la definición, diríamos clásica, del romanticismo, ¿estamos seguros de que sea el nuestro, el romanticismo contemporáneo, el mismo que alentó en el corazón y en las obras de Hugo, de Chopin, de Musset?

Motiva esta disquisición extemporánea un pequeño incidente gentil, engarzado en la opacidad cotidiana: Noche a noche, concluída la jornada social, la jornada de los otros, me recluyo en mi altillito, mi amada piecita solitaria, que es, a la vez, biblioteca, escritorio, museo, dormitorio, sala de recibo y Arca de Ensueños. Noche a noche, frente a mis cosas (libros, papel, pluma, tintero), dejo correr, fecundas o tristes, silenciosas y aladas, las únicas horas que yo quisiera recordar de mi vida.

Pues bien: desde hace unos días "la pálida luna"—una cosita blanca, chiquita y lejana,—esa a quien llaman madrina los románticos de verdad, ha dado en asomarse a mi piecita por el vidrio roto de la ventana.

Yo no había reparado en ella, pero un corto circuito en la instalación suburbana me la hizo advertir. Y, la verdad, ¡me pareció tan hermosa! Lejana..., lejana..., combada y nostálgica, irradiando su luz infinitamente suave en el azul, un solo minuto de contemplación me había llenado de una tan inmensa desolación que miré con desprecio y con asco el confuso montón de cuartillas, viejas y nuevas, penosamente garabateadas...

Pensaba: ¿qué es lo que hago?, ¿por qué me afano?, ¿qué logro hilando palabras y más palabras y persiguiendo tenazmente la sombra de una belleza apenas perceptible y no siempre aceptable, cuando "Ella", con su sola silenciosa presencia, lo dice todo?

Pero oigo un rumor:

"Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

¿Qué? ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah! Mi reloj despertador, un reloj de cambalache, veterano y abollado, torna, sonoro, de pronto, en el silencio, su eterno y acompasado vibrar: "tic tac, tic tac".

¿Qué quieres decirme, viejo amigo? Nada quizá. Tú dices "tic tac, tic tac", y te basta con esto. El círculo de tus conocimientos, toda tu filosofía, es breve, concisa, rotunda: "tic tac", he aquí todo tu vocabulario. Implacable y eterno, tú, como todos tus hermanos del mundo, prosigues tu marcha incesante sin atender razones. Envuelto por tu naturaleza en la espiral infinita de la Monotonía, es el tiempo, a tu lado, algo que fluye, desconsoladoramente, de la Eternidad...

"Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

¿Más todavía? ¡Ya sé lo que quieres decir, mi viejo compañero! Pero, escucha tú también un poco... ¿No oyes la voz del silencio? Hay que trabajar, es verdad, trabajar, trabajar sin descanso, hasta que se nos doblen los brazos y nos lleve la muerte... Lo sé, lo sé bien... ¡Pero es que es tan hermosa la noche! Mira qué bella, qué suave se expande la luz azulada... ¡Sería tan hermoso soñar..., soñar así..., así..., y no despertar nunca!

"Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

Sí, sí; lo oigo, lo sé. El tiempo pasa..., pasa y no vuelve... Pero, ¿es que no ha de poder uno, siquiera un instante, substraerse a su destino? ¡Mi destino! ¡Mi destino! ¿Estoy seguro yo de que este sea mi destino? ¡Es tan hermoso el mundo así, sin nuestra intervención! Decir que el alma se inunda de sagrada emoción sólo porque la corriente eléctrica se ha interrumpido un instante, y porque hay un vidrio roto en mi ventana! ¡Y decir que cuesta tanto hallar un granito de oro de emoción en tantas y tantas palabras cuantas llevo ya escritas!! Y decir que algunos niegan hasta la existencia de ese solo granito de oro...

"Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

¡Trabaja! ¡Trabaja! ¡Trabaja! Sí, ya lo sé... Sí, ya lo sé... Pero es que estaba soñando un instante... Bueno, ¿qué sabes tú de sueños, pobre máquina oreada y vieja?... En esto, la verdad, te aventaja mucho este otro reloj atrabiliario que llevamos en el pecho, y al que a veces, por broma, le llamamos corazón...

"Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

¡Trabaja! ¡Trabaja! Sí, ya lo sé... Sí, ya lo sé... Pero, es que...

"Tic tac... Tic tac..."

¡Trabaja! ¡Déjate de sueños! ¡Cierra la ventana!

¡Dios mío! ¿Tendrá razón mi viejo y querido reloj? ¡Trabajar!... ¡Trabajar!... ¿Serán éstas la primera y la última palabra? Por lo menos, parece que no quiere verme soñar... Él, que me conoce bien, no quiere que sueñe. No me cree, pues, como los otros, un romántico. ¿Romántico?

¡Pobre lunita blanca! ¡Pobre lunita nueva que llenas de la mágica belleza la prosaica heterogeneidad de mi cuartito! ¡Pobre lunita buena, nostálgica y buena como una muchachita que nunca tuvo novio!... ¡Vas a salir derrotada por un mísero reloj! Dicen viejas consejas que tu luz es perniciosa, que tu luz es maléfica..., dicen que tienes influjos extraños..., hasta dicen que, a veces, sueles dejar ciegos los ojos de los niños que se quedan dormidos bajo tu encanto... Yo bien sé que estas cosas revuelan de labio en labio de gentes sólo groseras y vulgares, pero convéncete de esto: el reloj es el más vulgar y grosero de los seres..., y él, lo ha creído todo...

"Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

¡Luna! ¡Lunita buena! Pobre lunita nostálgica y buena como una muchachita que no tiene novio... Perdóname, pero voy a cerrar la ventana... Yo bien quisiera evitarlo... ¡Si tú pudieras! Pero mis ojos están demasiado fatigados de la labor del día, y tú eres demasiado pálida para que puedas servirme ahora... Voy a cerrar, pues, la ventana, y a encender otra luz... Pero no te enojes conmigo; escucha y comprenderás:

"Tic tac... Tic tac... Tic tac... Tic tac..."

Desde la platea

"ESCLAVITUD", EN EL AVENIDA

POR JOSÉ A. ORÍA



L primer estreno puesto en escena, entre nosotros, por la compañía que dirige el actor Enrique Borrás ha sido el de "Esclavitud", drama en tres actos y en prosa, de don José López Pinillos. Hasta esta primicia, el popular actor no había representado sino producciones ya conocidas por nuestro público.

Los programas anunciadores de "Esclavitud" la califican de "grandioso drama", y aplican al autor de la obra el epíteto algo imprevisto para quien, como López Pinillos, murió rebasados los cuarenta años, de "malogrado dramaturgo".

La ironía nos parece cruel, pero merecida. Con franqueza desembozada y, por así decir, "catalana", la empresa del Avenida anunció el espectáculo que motiva estas líneas, anticipando al público el juicio que éste concluye por formarse del autor de "Esclavitud". Después de presenciar esa representación no hay quien, más o menos vagamente, no piense que, en efecto, el señor López Pinillos era un dramaturgo completamente malogrado.

Para adquirir esta convicción, basta con ver "Esclavitud"; para confirmarla, no está de más repasar otras obras del mismo escritor.

En primer término, es imposible desconocer que el autor en cuestión se distinguió siempre por una notable falta de imaginación creadora. Una de sus primeras novelas cortas, publicada años atrás en "El Cuento Semanal" madrileño, y titulada, si mal no recordamos, "La Sangre de Cristo", desarrollaba una vez más la intriga varias veces marchita del propietario de diligencias que lucha contra el tren, del tradicionalista pulverizado en heroica e ineficaz batalla contra el progreso, etc., etc. Todo lo que ya era viejo cuando Erckman-Chatrian escribieron su "Maese Daniel Rock", hace más de sesenta años.

Luego López Pinillos volvió a ese género teatral en el que, recién llegado a Madrid — veinte años atrás — debutó por la imitación de Echegaray.

El remedo o la reminiscencia fueron crónicos en este autor. Sus dos obras dramáticas de mayor enjundia — "La red" y "Esclavitud" — manifiestan por igual ese defecto originario.

En "La red" se hacen críticas a los procedimientos de instrucción judicial corrientes, que ven en cada acusado a un culpable, concluyendo por inventarlo y sugestionarlo tanto que, aun inocente, el procesado se atribuya delitos ajenos o imaginarios. Todo lo cual sería novedoso si, bastante antes, Brieux no hubiese escrito su drama "La toga roja"; y sería interesante — que es lo esencial — si López Pinillos no congelara artísticamente todo cuanto toca. Hay manos maravillosamente expertas y creadoras que infunden vida alucinadora a la arcilla de los personajes teatrales; los hacen animarse, alegrarse o sufrir ante espectadores simpáticos, sumisos a la fuerza expansiva de esos sentimientos ficticios. Para otros dramaturgos, en cambio, para los "malogrados", la substancia teatral es rebelde, sus personajes adoptan en seguida, y una vez por todas, gestos arbitrarios, voces de falsete y conductas absurdas. Éstos, hagan lo que hagan e imiten a quien imiten, no pueden interesar sino pasajeramente.

La acción de "Esclavitud" está constituída por elementos de la más venerable antigüedad. En ella preséntase a la muchacha seducida por sostener al padre anciano y vengada por el hermano oportunamente vuelto de América.

Lo peor es la forma en que los pasajes más novedosos de la obra se neutralizan recíprocamente. Y entiéndase que, en el caso presente, tildamos de "novedoso" a todo lo que cuenta menos de cincuenta años de uso escénico.

Así, por ejemplo, las mujeres que sacrifican su dignidad al bienestar de los suyos consituyen verdaderos lugares comunes de efectismo teatral.

Lo novedoso es lo que han hecho Bernstein en "Le marché" y Hervieu en "L'armature": mostrar cómo, por amor a un hombre, por evitarle las humillaciones del amo y las decepciones de la propia impotencia, una mujer puede degradarse. Esto era novedoso cuando Bernstein y Hervieu lo hicieron; pero no ya, cuando la Julia Govantes de "Esclavitud" lo reedita en defensa propia. Menos interesa aún, cuando novedad relativa, que hacía conmovedora a la heroína, desaparece ante la declaración de que no la venció el amor filial, sino cierto brebaje traicioneramente propinado.

Los personajes de "Esclavitud" se contradicen de una escena a otra. Hemos citado un ejemplo de Julia Govantes; podríamos citar otros tantos de cualquiera de los personajes del "grandioso drama", pero nos circunscribiremos a uno solo. El hermano que debe oficiar de "vengador", comienza por abrazar como al más abnegado de los protectores al que lo ha deshonrado; esta situación idílica se prolonga hasta comienzos del segundo acto. De pronto, sin desconfianzas, sin reservas, sin lucha, sólo porque un labriego taimado hace referencia a decires chismosos, el vengador adquiere la certidumbre de que es un malvado el que, momentos antes, veneraba, y lo trata como a tal. Todo ello desarrollado en la más grisácea de las atmósferas teatrales, mediante los personajes de individualidad más borrosa que haya sido dado ver en ningún proscenio.

Con lo cual consideramos haber expuesto suficientemente por qué nos adherimos calurosamente a que se anuncie "Esclavitud" como producción de un "malogrado dramaturgo".

"AIRIÑOS DA MIÑA TERRA", EN EL NUEVO

POR ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA

L'AUTEUR a trouvé ce qu'on trouve toujours au Gymnase: l'applaudissement d'un public qui n'a pas assez d'esprit pour être mécontent, et qui a assez bien dîné pour être bienveillant." Tal dijo cierto día, en una de sus crónicas magistrales Barbey D'Aurevilly; y en términos idénticos podríamos comentar el último estreno del señor Alberto Novión. No sería menester que añadiéramos una sola palabra a la sucinta relación daurevilliana. Por otra parte, si lo que buscaba el autor era justamente ese aplauso, y lo ha obtenido con amplitud; si el consumidor ha manifestado al productor en forma inequívoca que encuentra satisfactoria la mercadería que se le ofrece; si se ha concluído así un verdadero contrato, consensual y sinalagmático, en el que son partes: de un lado, el autor, ganoso de aplausos y maravedíes, y de otro el público bonachón y munífico, deseoso de reír a toda costa, a fin de favorecer, mediante reiteradas contracciones de las fibras lisas, el proceso digestivo; si tal es el estado de cosas creado, ¿con qué derecho se entromete el crítico a juzgar de la calidad de esa mercadería, asumiendo el ingrato papel de aguafiestas? ¿Con qué derecho, nuevo Yago, envenena los ánimos antes apacibles, lleva el desasosiego a no pocos hogares y disemina a los vientos la simiente de la cizaña?... Por eso el ejercicio de la crítica teatral constituye una carga tan pesada cuando se posee un natural generoso, un espíritu humanitario.

Yo tendría que decirle ahora al señor Novión un puñado de cosas tal vez poco satisfactorias, un puñado de cosas desagradables de decir y de escuchar. Tendría que decirle que mi impresión, mientras asistía al estreno de su pieza, fué igual a la que se experimenta en el cinematógrafo al encontrarse con una cinta, vista ya cuatro o cinco veces, y a la que el empresario, incurriendo en una superchería abominable, ha rebautizado. Tendría que decirle que su obra es un "pot-pourri" de situaciones archiconocidas, y no tomadas precisamente del teatro de Plauto, de Shakespeare o de Ibsen; sino de "El caballo de bastos", de "El doctor Carricoche" y de otras más, de cuyos nombres no quiero acordarme. Debería decirle que la mayoría de las "ingeniosidades" que esmaltan su trabajo, cuando no ofenden el buen gusto por su ordinariez, entristecen por su ancianidad venerable; que el chiste — llamémosle así — que se produce cuando un personaje manifiesta que "es muy desgraciado" y otro le contesta que está de perfecto acuerdo, aparte de constituir una sandez, lo he oído — el Señor es testigo — en el noventa y nueve por ciento de las obras criollas escuchadas por estos pecadores oídos que se ha de comer la tierra.

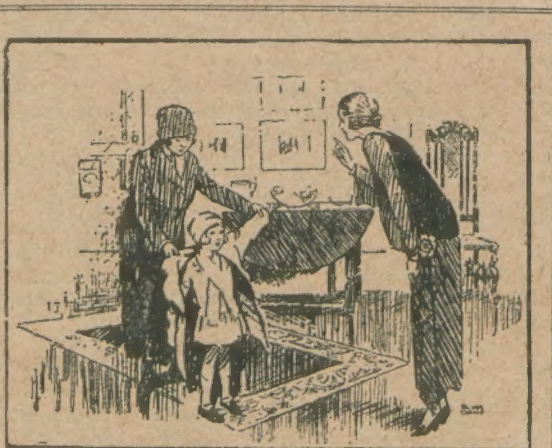
Y aun debería decirle más: debería decirle que el recurso de crear unos personajes cuya gracia principal consista en que hablan defectuosamente nuestro hermoso idioma — trátese de italianos, de vascongados, de alemanes, de turcos o, como en este caso, de gallegos,— es un recurso infantil y, desde el punto de vista literario, censurable. Que, aun cuando de ese modo se maten dos pájaros de un tiro, y al par que se halagan explicables afectos regionales se provoque la risa mediante los dislates idiomáticos en que se obliga a incurrir a los personajes, con ello se logra encubrir la vaciedad que hay en el fondo. Ocurre en esto como con los chistes malos: que a fin de prestarles una gracia de que carecen, se catalaniza, o se galleguiza, o se britaniza al personaje de la acción. Claro está que no por eso deja el chiste de ser malo. En cuanto a los buenos, no necesitan "camouflage" alguno para provocar hilaridad...

En fin, señores: un imperativo categórico de la ética profesional mandaríame decirle al señor Novión que así como sólo irónicamente ha podido afirmarse que una composición poética es una serie de renglones cortos con consonantes en las puntas, sería falacia manifiesta pretender que una astracanada burda pueda ascender a la jerarquía de comedia por mucho que se la matice con apelaciones al sentimentalismo fácil del auditorio. Una comedia, señores, no es una sucesión de actos con sensiblerías en las puntas.

Pero, ¿a qué decirle al señor Novión todas estas verdades amargas? El señor Novión es, seguramente, hombre de espíritu cultivado. Sabe tan bien como cualquiera lo que es buen teatro. El señor Novión — como si lo viera — custodia en un rincón dilecto de su hogar, alineadas en los anaqueles de una vitrina elegante y sobria, las obras de Ibsen, de Porto-Riche, de Bataille, de Maeterlinck, de De Curel. Pasa acaso sus horas más gratas leyendo y releyendo esas creaciones magistrales. Un simple razonamiento comparativo, pues, debe haber llevado ya a su espíritu el triste presentimiento de que las escenas de "El vasco de Olavarría" o de "Airiños da miña terra" no irán nunca a engrosar las crestomatías. Hombre de espíritu humilde, no ha de alimentar en este sentido grandes ilusiones.

Es más: el mismo reproche de ausencia de originalidad, que al pasar dejo insinuado, no ha de tomarlo de sorpresa. Con seguridad que ya se lo esperaba. Por mi parte, y como se habrá observado, he procurado pasar sobre ese punto como sobre ascuas. Al fin y al cabo, señores, ¿hay nada más relativo que la originalidad en materia literaria? Después de tres mil años de literatura, ¿qué es lo que no está dicho? Si el poeta del Eclesiastés nos asegura que nada hay nuevo bajo el sol; si Musset asevera que "c'est imiter quelqu'un que de planter des choux", quiere decirse que la pretensión de ser original no pasa de constituir una de las formas más ridículas de la vanidad.

Y, además, ¿quién es en este mundo el que no imita? Imita el jurisconsulto, puesto que un alegato de bien probado es igual a otro alegato de bien probado; plagia el médico, puesto que una receta contra el reumatismo es igual a cualquier otra receta contra el reumatismo. Cree el cándido enamorado, en el trance emocionante del primer beso, haber descubierto algún continente nuevo, ¡y olvida el cuitado que está plagiando a Adán, nuestro padre común! Es más, señores: cuando el Sumo Hacedor creó al hombre, allá en el dorado amanecer del mundo, ¿hizo acaso una obra original? No, señores. Aun cuando disponía de la tierra, del fuego, del agua, del aire y de las fuerzas todas que laten en el seno de los elementos, el Sumo Hacedor (según Dumas) procedió como hubiera procedido el señor Novión: creó al hombre a su imagen y semejanza.



INDIRECTAMENTE

MADRE. — *Supongo que te habrás portado bien y que no habrás pedido nada.*

HIJA. — *No, mamá; no tenía necesidad de pedir nada. Con sólo decir, de vez en cuando, que tenía hambre, me daban las cosas sin pedirlas.*

(DE "PUNCH", LONDRES.)

En el biógrafo de moda

Por RICARDO GOMEZ MARIN





EN la ciudad tenemos un cinematógrafo de moda, y este cinematógrafo de moda tiene, naturalmente, sus días de moda. En rigor de verdad, todos o casi todos los cinematógrafos de Buenos Aires han establecido sus días de moda; pero el que acabamos de mencionar es el único que puede decir con altivez: "Yo soy el cinematógrafo de moda." Las elegantes y los elegantes de la ciudad son sus parroquianos. No les importa que el programa sea bueno o mediocre; para acudir a esta sala les sobra con saber que es en ella donde se reúnen las personas de calidad. Y habiendo muchos biógrafos, prefieren ése, únicamente ése; así como ciertos adoradores de Nuestro Señor, habiendo muchas iglesias, prefieren la del Socorro, que está de moda, y en la cual se goza del placer de la plegaria con el espíritu y del placer de lo mundano con los ojos...

Va de suyo que no encuentro nada de condenable en esto de fomentar el cinematógrafo en cuestión. Cada uno es dueño de hacer lo que mejor le parezca; y no es un crimen que una multitud de personas de la misma o de semejante categoría social se congregue en lo interior de un teatro, frente a una pantalla luminosa. Tampoco se debe censurar el que ninguno de los concurrentes asista allí para presenciar el espectáculo, sino para contemplar a los espectadores; pues a lo mejor todo ello puede redundar en beneficio de la especie. El matrimonio empieza por un acto de contemplación, y es en los lugares públicos, como decía Ovidio, donde el amor tiende sus redes misteriosas.

Señalo, pues, modestamente, la existencia de un hecho; tenemos aquí un cinematógrafo de moda con un día de moda. Supongamos que ya ha comenzado la función. Para extraer de dicha función alguna enseñanza saludable os propongo que entremos en la sala y nos instalemos en un palco. Ya estamos en el palco; ya un ciudadano de uniforme nos ha conducido hasta él, por un tenebroso pasadizo, alumbrándonos el camino con su linterna; ya hemos observado, en aquella veladura de sombras, que una multitud se "desparrama" por todas partes, que hay unos deliciosos contornos de mujer, que suena una música y que un rayo de plata, partiendo de la casilla del operador, se abre en abanico sobre las cabezas silenciosas.



Pocos momentos después de nuestra llegada, se "hace" la luz en el recinto. Es el intervalo. Y advertimos — ¡oh, maravilla de las maravillas! — que en el palco próximo al nuestro, en el de la derecha, hay tres señoritas finas, delicadas, adorables. Las acompaña una señora gruesa, vestida de negro. ¿Por qué será que cuando hay tres señoritas adorables, hay siempre una señora gruesa vestida de negro?

Las tres criaturas de Dios, acostumbradas ya a la luz que llena todos los ámbitos del salón, se han puesto a conversar animadamente. Mientras charlan, dirigen encantadoras miradas hacia la platea y hacia los palcos; saludan aquí y allí; rompen un bombón de chocolate con sus dientecitos menudos; y lo que ellas hacen es, precisamente, lo que están haciendo las demás señoritas que ocupan el local, como si el intervalo, como si la terminación de la cinta, les hubiera dirigido una voz de orden, por todas acatada y cumplida.

Digo que mis tres criaturas se han puesto a conversar animadamente. Viéndolas desde lejos, cualquiera creería que su conversación gira en torno de cuestiones realmente importantes. Y, en realidad, es un asunto importante el que las ocupa; pues una de ellas ha exclamado:

—Allí está Fulanito. Fíjate, Isabel, que ese muchacho no baila la polca tangueada, sino lisa. Yo la bailo tangueada.

E inmediatamente han empezado una formidable discusión sobre la polca tangueada y la polca lisa. Como es de suponer, no se ponen de acuerdo. Pero ocurre que el tema en cuestión, no sé por cuál inextricable asociación de ideas, las ha llevado insensiblemente a otro no menos cándido que el anterior. Y es que en el cinematógrafo, las señoritas sólo tratan asuntos inocentes: de bailes o de modas. En otros sitios, en la confitería, en el paseo, en la casa, suelen tratar de cosas pintorescas y atrevidas; pero en el cinematógrafo no; en el cinematógrafo se están muy seriecitas y compuestitas, y acaso tengan la sensación de que se encuentran allí como joyas en un escaparate: esperando al feliz mortal del otro sexo que se enamore de ellas, y del cual ellas se enamorarán también, por lo menos, hasta el primero o el segundo aniversario del matrimonio.

Sea como fuere, es lo real que la sombra ha invadido de nuevo el recinto; el rayo de luz ha horadado otra vez la seda apacible del espacio. Por cinco o diez minutos de recreo, tenemos treinta de cine. Y es por eso que mis tres señoritas han exclamado, al finalizar el intervalo:

—¡Qué lástima!

—¡A opiarse otra vez!

—¡Jesús, qué fastidio!

Y entonces, nosotros, vosotros y yo, hemos extraído inmediatamente la única conclusión saludable y "original" que se puede extraer en un biógrafo de moda. Y es que en un cinematógrafo de moda, según los espectadores, lo que más perjudica el espectáculo es el espectáculo mismo. Las señoritas tienen razón: el público no va a ver la cinta, va a ver al público. Y he ahí que, al reanudarse la función, toda la concurrencia ha repetido, de viva voz o con el pensamiento, las mismas palabras:

—¡A opiarse otra vez!

—¡Jesús, qué fastidio!

Pero el empresario es implacable. Cree él de buena fe que lo que da importancia y amenidad a sus funciones son las cintas de biógrafo. No se le ha ocurrido pensar que sus funciones sólo valen por lo que no tienen de funciones: por el momento en que se prende la luz y la concurrencia se encuentra a sí misma.

Ahora la multitud ha sido tragada por la sombra. No hay sino contornos borrosos. El hastío impera. Y aunque nosotros sospechamos que el amor estará haciendo de las suyas en alguno de los palcos o en algunas de las plateas, sabemos que la mayor parte de las señoritas, a semejanza de las de mi cuento, esperan, impacientes, la hora en que se prenda la luz, que es cuando se reanudará la verdadera función. Al revés de lo que imagina el empresario, precisamente.



¡Ah!, ¿por qué habrá biógrafo en los cinematógrafos de moda? Por la misma razón que hay música en los conciertos. Para que gocemos más del regalo de la luz en los primeros, y apreciemos lo que vale el silencio en los segundos.

Pensando en esto, sin duda, ha dicho una de las señoritas del palco vecino:

—¡Qué rabia! ¿Por qué no pondrán las cintas en el intervalo?

El epílogo



Por ISMAEL E. DOZO

Tembló en mis manos ante el alarde.
— ¡Miedo cobarde
de que, por siempre, fuera a perderte! —
...Era una carta dura y obscura,
obscura y dura
como la Muerte.

Allí matabas todo el pasado
divinizado,
y la esperanza que nos ensalma.
Luego... el olvido tras la jornada.
Y olvido es sombra, sombra callada,
y olvido es nada.
— No llores, alma... —

¡Todo en pavesas! Y el dolorido,
sin paz ni olvido,
te habló por boca de su honda herida.
Y fué una carta larga y amarga...
amarga y larga
como la Vida.

Un romancero espiritual moderno

Por E. GOMEZ DE BAQUERO

(Para "El Hogar")





pesar de la profusión de literatura circulante, falta entre nosotros ambiente literario. La literatura, específicamente, interesa poco. Una muestra notable de ello es la poca atención que se presta a la poesía lírica, la más desinteresada flor de la literatura. Hasta se podría aventurar la hipótesis de que la literatura está regida por principios no literarios, y de que las aspiraciones estéticas al trascendentalismo y a la novedad van apartando a la literatura de sí misma.

Todavía en el novecientos español, tan despreciado por sus epígonos, de una época inferior, se hallan señales de cierto interés por la poesía. Un joven desconocido, Zorrilla, se hace famoso por una composición leída en el entierro de un gran ingenio, que dimitió la vida. Influyó la ocasión, pero también el aura de la poesía. En el reinado de Isabel II la poesía lírica llevaba aún a alguna parte: hasta a lugares inesperados y distantes del Parnaso, como los destinos en Hacienda y las Legaciones en el Extranjero. El mecenismo hipócrita de los gobiernos moderados deseosos de presentarse al público con una máscara de cultura se ejercitaba con predilección en los poetas, quizás porque les parecían más inofensivos... Todavía al final del siglo, en la atmósfera nada poética de la restauración, en que el gusto se aburguesa, se podían dar lecturas públicas en los teatros de los poemas de Núñez de Arce. Los *dos poetas y medio* que reconocía Clásico, eran figuras preeminentes del estado mayor literario.

Hoy hay mejores poetas, a pesar de la competencia de los géneros triunfantes: teatro y novela, pero la poesía canta casi solitaria o en *petit comité* ante un corro escaso de aficionados. Sólo así se explica que haya sido tan poco comentado un librito de poesías, tan bello, tan original y al mismo tiempo tan tradicional, tan castizo, en el más puro sentido de la palabra, como los *Romances de ciego* de don Salvador de Madariaga.

Es un libro pequeño. Gusto de los libros breves de poesías. La poesía, al igual de todas las cosas exquisitas, no debe prodigarse. Parece que rechaza, por su misma exquisitez, la grosura y abundancia. Los editores tienen fe en los libros grandes, y aseguran que ese es el gusto del público. Hay un contraste chocante entre la escasa afición a la literatura y la preferencia por los libros largos y nutridos, que tengan mucha letra, aunque acaso pueden tener poco que leer. Contradicción aparente, parecida a la que hay entre los parcos yantares cotidianos de un pueblo constreñido a hambres seculares y la glotonería que se desborda en las grandes comilonas de las ferias de pueblo, de las bodas, y de los entierros, allí donde se conserva la tradición del banquete funerario, fiesta en que parece que se come para todo el año. Así, el lector del libro compacto y grueso parece que se abastece de lectura de por vida, y que sintiendo hambre del único libro o de muy pocos libros, atiende sobre todo a que no le defrauden en la cantidad, y, si es posible, le den corrido el peso.

EN su prólogo, que es también poesía honda, a la vez que certera interpretación espiritual, llama Unamuno a los *Romances de ciego*: "Poesía de verdad tenebrosa". Escucha en ellos la "voz abismática y eterna" del páramo rocoso, cimiento geológico e histórico de España, "la voz del Eclesiastés ibérico"; la poesía genuinamente castellana.

El romance es el árbol secular de la floresta literaria hispana, árbol viviente que sigue cubriéndose de hojas en las nuevas estaciones, y del que continúan brotando ramas, a la vez jóvenes y antiguas. Los *Romances* del duque de Rivas, *La tierra de Álvar González* de Antonio Machado y los *Romances de ciego* de Salvador de Madariaga atestiguan que la savia de esa vieja encina castellana sigue circulando. Las ramas del árbol secular se extendieron sobre otros géneros. El espíritu del romancero pasó al teatro, a una parte del teatro, en la gran época de nuestra dramática y en sus primeros poetas, a la cabeza de ellos Lope. Aunque no tenemos documentos primitivos del romance que le descubran en la época remota de las canciones de gesta, hay vestigios arcaicos en los romances llamados viejos que atestiguan una mayor antigüedad que la de estas redacciones. Su métrica parece una dislocación del largo verso de diez y seis sílabas de los poemas primitivos. Su música es natural al idioma. El mismo nombre: *romance*, le identifica con la lengua.

En los de Madariaga se suman los primores de la expresión y los del pensamiento, que no es abstruso, sino concreto, de preciso contorno, tal como se dibujan las imágenes en la seca limpidez del cielo castellano. La perfección de la forma es indispensable en el verso, que sin ella no tiene razón de ser, como forma de lujo. Los versos de Madariaga conservan el tono tradicional del romance, y la sobria elegancia de sus mejores piezas antiguas. Mas siendo obra de un poeta verdadero, no se reducen a la reproducción artística de la forma, sino que están henchidos de pensamientos nuevos. Así realiza Madariaga, en el huerto del romance español, la aspiración de André de Chénier, que toma por divisa:

Sur des pensées nouvelles faisons des vers antiques.

Vestir de versos antiguos los nuevos pensamientos, esto es: conservar la belleza de las formas antiguas, infundiéndoles espíritu nuevo, que es tanto como espíritu vivo, ¡gran aspiración de poeta, estética de tradición vividera, heredada. Mas este espíritu nuevo no es extranjero en la forma castiza ni está disociado del todo de lo antiguo. El entronque de los *Romances de ciego* de Madariaga es con los *Romanceros espirituales*. Forman un capítulo moderno del *Romancero espiritual*, que no está sólo en las colecciones que llevan este título, sino diseminado en los Autos sacramentales y en la varia obra poética de los autores profanos; Romancero espiritual éste en que los temas de la muerte, de la vanidad de la vida, de la fuga del tiempo, están vistos y sentidos al través de las ideas de un hombre de nuestra edad; con una nueva palpitación vital.

UN sentido cósmico penetrante, impregnado de la melancolía del mudar de las cosas, late en algunos de estos romances, tales como: *Primavera, primavera — que bajaste del pinar; Ya me llevan, ya me llevan. — Camino de mi destierro*, y *Sentado estoy a mi puerta*, en que hay una magnífica imagen de la victoria cotidiana del día sobre la noche:

La dama de negros ojos
se desmaya y palidece.
El cruel mancebo la arrastra
desde Levante a Poniente
y con su lanza de fuego
en el corazón la hiere.
La Noche cierra sus párpados
lentamente, lentamente.
Lívido yace su cuerpo
Sobre el monte de Occidente.

En esta breve colección extremada en el primor formal, y donde cantan suave y melancólicamente las voces interiores, hay piezas de antología. *Doncella nací cuitada*, por ejemplo, podría incluirse en uno de los antiguos romanceros. El autor ha seguido el consejo de Horacio, que pide para la poesía, además de la lima, una prueba de espera y de silencio, antes de salir a la luz.

Él mismo lo dice concisamente: "Todos estos romances, salvo dos, fueron concebidos y escritos en el otoño del año 1918. En enero de 1919 escribió para ellos el prólogo don Miguel de Unamuno. De entonces acá, han aguardado, según el precepto de Horacio."



DE LA VIDA SUBURBANA

Equivocaciones ridículas en que suelen incurrir los vecinos de los pueblos suburbanos cuando tratan de no perder el tren de la mañana.

DIBUJO DE W. HEATH ROBINSON



Coloquio de la Pasión y Muerte de N. S. J. C.

Personajes: Munacio, soldado romano; Rufa, mujer tartesia, vendedora de granadas

ESCENA I

En la Colina de Betfagé, cerca de Jerusalén



Munacio. — O los ojos me engañan o tú eres Rufa la tartesia, a quien conocí en Málaga repiqueteando las castañuelas cuando yo servía en la VII legión.

Rufa. — La misma soy, aunque algo cambiada. Y tú, ¿quién eres? Porque soldados de la VII ¡he conocido tantos!...

Munacio. — Yo soy... Pero, ¿qué tropel de gente es ése? ¿Veremos alguna vez tranquilos y callados a estos vocingleros judíos?

Rufa. — Eso es que Rabbí Jeschuá de Nazareth se acerca a la ciudad.

Munacio. — ¿Y quién es ese Rabbí? Porque en el tiempo que llevo en esta tierra he conocido tantos Rabbíes ilustres como tú soldados de la VII. Rabbí Gad, Rabbí Hillel, Rabbí Gamaliel, Rabbí Ezequías..., ¡qué sé yo! Y, según ellos, todos son santos y venerables.

Rufa. — Pero no como éste. Rabbí Jeschuá de Nazareth es el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido a la tierra.

Munacio. — ¡Por Pólux, pues vaya un sitio que ha ido a escoger!... Mas no entiendo bien lo que dices ni a cuál de los dioses te refieres. ¿Acaso es hijo de Jove, de Baco o de Febo?

Rufa. — Pero, ¿tú no sabes que no hay más que un Dios?

Munacio. — ¿Qué es eso, Rufa? ¿También a ti te han engatusado los fariseos, o los saduceos, o los esenios, con sus historias de un Dios solo?

Rufa. — Ya se acercan... Mira, soldado: sigamos a Rabbí Jeschuá; escucharás sus palabras. Él lo sabe todo, lo explica todo.

(Aumenta el tumulto. Entre confuso tropel de hombres y mujeres pasa Él, caballero en una pollina. Todos gritan: — ¡Hosanna en las alturas! ¡Viva el Rey, que viene en nombre del Señor!)

Munacio. — *(Siguiendo al cortejo.)* — Vamos, vamos. *(Aspirando con fuerza.)* ¿Qué perfume es éste?...

ESCENA II

En el Atrio del Templo de Jerusalén

Rufa. — *(Pregonando.)* ¡Granadas, las ricas granadas de Hebrón! ¡Tres por un as! *(Abriéndose paso por entre la muchedumbre de cambiantes, vendedores de palomas para el sacrificio y de corderos para la cena pascual, gente híbrida de varias castas y naciones, que llena el atrio con sus mercancías y aturde con sus gritos a los fieles.)* ¡Vamos, abran paso, que todos somos hijos de Dios! ¿Es justo que toda la ganancia se la lleven los ricos ganaderos de Galaad y esos insaciables fariseos que, no contentos con poseer la tierra, se apoderan del aire y son dueños de todas las bandadas de palomas de Eugadí? ¡Abran paso! ¡Compren granadas, ricas granadas!

Munacio. — *(Imponiéndose a codazos, con marcial desenfado.)* ¡Paso, dejen pasar a la vendedora! Estos malditos judíos todo lo quieren para sí. *(Pausa.)* Oye, Rufa, has dicho que todos somos hijos de Dios. Explícame eso.



Rufa. — Que todos somos hermanos; así lo predica Rabbí Jeschuá; yo se lo he oído mil veces.

Munacio. — Entonces, yo soy hermano de mi centurión Quinto Sempronio... *(confuso)*, y del procurador Poncio... *(muy pensativo)*, y hasta de César, del Augusto César Cayo Tiberio, el Panónico, el Ilírico, el Germánico, el Emperador, el Pacificador, en cuyas huestes sirvo... No entiendo esto... Y también hermano tuyo y de tu santo Rabbí Jeschuá...

(Promuévese formidable alboroto entre los vendedores; salen éstos corriendo atropelladamente y lanzando gritos desaforados. En la puerta del templo se oye una gran voz irritada que dice: "Mi casa, casa de oración es, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones." Los mercaderes huyen aterrados.)

Munacio. — *(Mirando fijamente.)* — Por Pólux, que nunca oí voz tan extraña. ¿De dónde sale? *(Señalando la puerta, por la cual sale vivísima luz.)* ¡Ah! ¡Allí!... El templo resplandece, el templo arde. Los mercaderes han huído. *(Gritando.)* Rufa, Rufa, dime qué es esto: no huyas. Esa luz no mata. Ese fuego no quema.

ESCENA III

Plaza Pública Frente al Templo de Jerusalén

Munacio. — Ya creí que no te encontraba, que te habían atropellado esos malsines.

Rufa. — Ni una sola granada se me ha caído de la cesta. En cambio, a ellos, mira... *(Señala un bando de palomas que, habiendo escapado de las redes de los vendedores, revolotean en círculos por la plaza.)*

Munacio. — Según eso, la mercancía tuya no ofende a tu Dios, y las de los judíos ricos, sí. Entonces, ¿Rabbí Jeschuá desprecia a los ricos?

Rufa. — No; ama a los pobres.

Munacio. — Y, ¿no teme a los poderosos?

Rufa. — Jamás anidó el temor en su alma.

Munacio. — Y, ¿qué pensaría, qué diría si se hallase enfrente de César? Sospecho que tu Rabbí ha de ser un rebelde como los lirios y los panonios.

Rufa. — Mírale, allí viene. *(Acércase, rodeado de los Apóstoles. Habla animadamente con unos fariseos que le muestran una moneda.)* ¿Oyes? De César habla.

Munacio. — Pero no entiendo su lenguaje.

Rufa. — *(Después de escuchar atentamente.)* Le han preguntado si es lícito pagar los impuestos al Emperador.

Munacio. — *(Ansiosamente.)* Y, ¿qué ha respondido?

Rufa. — "Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios."

Munacio. — *(Reflexionando.)* Ya..., ya comienzo a comprender. *(Pausa.)* No es un rebelde, no es un enemigo de César. Sigámosle.

ESCENA IV

Interior del Templo, junto al Arca de las Ofrendas

Rufa. — Ahí están, míralos; ésos son los judíos ricos. Allí viene Rabbí Oseas, el de la luenga barba. Aquel es Rabbí Jonatás, el guardador del Pentateuco. Esotro es el piadosísimo Rabbí Gad.

Munacio. — ¡Qué apposturas tan nobles! ¡Qué hopalandas tan graves! Si no llevasen los párpados caídos, como si quisieran hundir los ojos en el suelo, parecerían patricios romanos paseándose por la vía Appia. Y, ¿qué hacen con esos bolsos de dinero?

Rufa. — Dejarlos en el arca de las ofrendas, en el gazofilacio.

Munacio. — Pues tu Rabbí Jeschua no les hace caso ninguno. Allí está sentado, mirando al viento que pasa.

Rufa. — Ahora se ha acercado una pobre viuda: mírala. Lleva las tocas negras y ha dejado en el arca dos cuartos de as, de cobre. Rabbí Jeschuá se levanta y la bendice.

Munacio. —¿Por qué?

Rufa. — Porque dice Él que los dos cuartos de as de la viuda, que son el sustento de un día para ella, valen más que los miles de esos ricos a quienes sobra todo.

Munacio. — Poca cosa son dos cuartos de as, Rufa.

Rufa. — Grandísima, si con buena voluntad se emplean; porque mi Dios no atesora dineros, sino corazones sencillos.

Munacio. — ¡Oh! Eso está bien para ti, que vendes granadas, para las mujeres y los muchachos; pero, ¿y la fuerza, Rufa, y el poder de los ejércitos, y la gloria del Imperio, y la riqueza de las provincias dominadas, y el aparato y pompa del Senado, se compran con dos cuartos de as? ¿También esto ha de perecer?

Rufa. — Calla y escucha. *(Óyese nuevamente la voz que llena el templo. Todos callan.)*

ESCENA V

Otro Lugar en el Interior del Templo

Munacio. — Rufa, muy altas cosas dice el Rabbí. Algunas comprendo; otras se me escapan.

Rufa. — *(Repitiendo las palabras que oye.)* "Días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra."

Munacio. — ¡Oh, bien; muy bien! ¡Así fuera mañana el día en que acabásemos con estos judíos hipócritas y rebeldes, enemigos de Roma!

Rufa. — "Se levantará gente contra gente y reino contra reino."

Munacio. — Eso; y no daremos paz a la espada. Allí me encontraré yo; allí vendrá César cargado de laureles.

Rufa. — No, no; escucha... "Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube, con gran poder y majestad."

Munacio. — ¿Cómo? ¿El Hijo del hombre? *(Muy excitado.)* Rufa, no entiendo; me vuelvo loco.





¿Para qué, entonces, la guerra, para qué esta cimera empenachada, para qué mi buen peto *(golpeándose el pecho)*, y esta hoja que templaron las aguas del Jalón? Es nuestro oficio destruir: destruyamos, pues, el templo y todos los templos, pero aniden sobre sus ruinas las águilas de nuestras enseñas vencedoras. Mas, ¿y luego?...

RUFA. — *(Repitiendo lo que oye.)* "El cielo y la tierra pasarán: sólo no pasarán mis palabras." Oye esto, soldado, no lo olvides.

MUNACIO. — *(Distraído.)* ¿Quién es aquel hombre pelirrojo que se aparta del Rabbí y sale del templo?

RUFA. — Es uno de sus discípulos.

MUNACIO. — Creo haberle visto. ¿Sabes cómo se llama?

RUFA. — Se llama Judas de Keriot.

ESCENA VI

Una Calle de Jerusalén. Es de Noche

MUNACIO. — Rufa, he seguido al hombre pelirrojo, a ese Judas a quien conoces. Sujeto peligroso me parece. Según iba siguiéndole, noté que volvía la cabeza con recelo y cambiaba frecuentemente de camino, como suelen hacer los cortabolsas de Roma cuando la guardia de noche les persigue por las callejuelas de Suburra. Al fin, entró en casa del rico Oseas: le aguardé. Salió al poco rato. Me fingí borracho, y tropezando con él de propósito, noté que llevaba dinero; bajo la túnica le sonaron monedas argentinas. Y yo pregunto: ¿a qué va el discípulo de Rabbí Jeschuá por dinero a casa de los enemigos de su Maestro?

RUFA. — Es muy raro eso que dices. *(Pausa.)* Yo, en cambio, he seguido a otro discípulo, a Juan el mozuelo; deseaba hablarle, porque hoy es el día de los Ázimos.

MUNACIO. — Bien, ¿y qué?

RUFA. — Rabbí Jeschuá ha comido el pan y ha bebido el vino con sus discípulos.

MUNACIO. — Eso, en Roma, indica matrimonio o contrato.

RUFA. — Contrato ha sido, según Juan. Y al partir el pan, les dijo: "Este es mi cuerpo." Y al partir el vino, añadió: "Esta es mi sangre."

MUNACIO. — Palabras misteriosas parecen ésas, como de sibila o pitonisa. *(Pasa un pelotón de soldados y gente del pueblo con antorchas encendidas.)* ¡Por Hércules, esos son soldados de mi cohorte... y algunos de mi compañía! ¡Y no va el centurión con ellos! ¡Quién los dirige? *(Lanzando un grito de asombro.)* ¡Ah! El hombre rojo; el mismo: Judas de Keriot... Cara, ojos, pelo, túnica; ¡todo él de color de sangre!

ESCENA VII

En el Monte de los Olivos

RUFA. — Por el atajo llegamos antes que ellos. ¿Ves? Ahí están.

MUNACIO. — ¿Qué hacen?

RUFA. — Los discípulos duermen. El Maestro vela.

MUNACIO. — Deberíamos avisarle para que se pusiese en salvo.

RUFA. — Calla, Munacio. Si Él quisiera salvarse, no nos había menester a nosotros.



MUNACIO.—¿Tan poderoso es?

RUFA. — Escucha; pon el oído atento.

MUNACIO. — *(Extasiado, oyendo.)* Música suavísima es, cual nunca la oí.

RUFA. — *(Arrobada, fuera de sí.)* Ángeles..., serafines...

MUNACIO. — Pero, ¿por qué es tan triste ese canto? *(Acércase el pelotón de soldados y pueblo. A la luz de las teas se ve al hombre rojo que se encara con el Orante y le da un beso. Los discípulos se despiertan. Kefas saca la espada y hiere a Malkos. Los soldados rodean al preso, le maniatan por orden de Judas de Keriot. Transcurren en toda la escena cinco minutos.)*

RUFA. — *(Angustiada.)* ¡Munacio, le prenden, le atan, se le llevan!

MUNACIO. — *(Como embobado.)* ¿Cómo? ¡Soldados de la gloriosa Roma sirviendo a un traidor judío! ¡Y todo ese pelotón de gente contra un hombre solo e indefenso! Apresurémonos, Rufa; algo muy grande va a ocurrir. *(Salen precipitadamente.)*

ESCENA VIII

Atrio o zaguán del Pretorio

RUFA. — Por aquí han entrado. Mira, aquí está el discípulo más anciano, el más respetable, Kefas, a quien el Maestro llama Piedra o Pedro.

MUNACIO. — Acerquémonos al fuego, donde él está.

RUFA. — No, Munacio; quizás tema que le reconozcamos.

MUNACIO. — ¿No dices tú que estos hombres no conocen el temor? *(Escucha la conversación de Pedro con la criada de Pilato.)* Esa mujer le ha preguntado si conoce al preso. Y, ¿qué contesta el discípulo, Kefas el fuerte?



RUFA. — *(Entristecida.)* ¡Ay de mí! Que no le conoce. *(Se acerca respetuosamente al apóstol y le pregunta con timidez.)* ¿Has dicho que no conoces a Rabbí Jeschuá de Nazareth? *(Kefas hace signos negativos y murmura unas palabras confusas.)*

MUNACIO. — ¡Por Cástor, esto es demasiado! Voy a ver si a mí me contesta lo mismo. *(Dirigiéndose a Kefas.)* ¿Afirmas, galileo, que no sabes quién es el Hombre a quien acompañabas?... ¿Lo juras? *(Kefas indica por señas que no entiende la pregunta, y sale del atrio. El gallo canta. Por el portón comienza a penetrar una claridad amarillenta.)* No me ha entendido. Pero niega. Se marcha..

RUFA. — Va llorando como un niño.

MUNACIO. — Y, ¿por qué niega, por qué llora el discípulo más fuerte?

RUFA. — "Hasta las piedras se desharán en llanto", dijo el Profeta. Y el Maestro, al entrar aquí: "Esta es vuestra hora, éste el poder de las tinieblas." *(Amanece.)*

ESCENA IX

Sala junto al Cuerpo de Guardia, en el Pretorio

MUNACIO. — Mucha gente hay aquí y muy extraña al servicio de la casa. Gran escándalo me parece que se haya permitido la entrada a toda esta chusma.

RUFA. — Hoy es día en que han de verse grandes cosas. *(Señalando a un rincón de la sala, donde está el Maestro sentado, solo. Rodéanle algunos judíos astrosos y feroces que le insultan y le golpean. Otros, mejor vestidos, comentan con sarcasmo pedantesco palabras y sentencias que le atribuyen. Por la puerta abierta del cuerpo de guardia se escuchan las carcajadas y los juramentos de los militares que juegan a los dados.)* ¿Qué piensas de esto, Munacio? El Maestro escarnecido, golpeado por esos infames. *(Al ver a Rufa con la cesta de granadas, los judíos discurren que sería muy divertido apedrear al Rabbí; le vendan los ojos, y vaciando la cesta procuran hacerle blanco, diciéndole entre grandes risas: "¡Adivina quién te hirió!")*

MUNACIO. — ¿Qué hacéis, malsines? ¡A un hombre atado os atrevéis de tal modo, canalla ruin y soez! *(Mete mano a la espada.)* Pues, ¡voto a Jove Capitolino!, que si no salís pronto... *(Gritando muy fuerte.)* ¡A mí, los legionarios de la VII! *(Salen del cuerpo de guardia algunos soldados y oficiales. El centurión Quinto Sempronio los apacigua, mandándoles envainar los aceros. Los judíos han escapado.)* Rabbí Jeschuá, yo no sé si eres o no eres el Hijo de Dios: pero aquí tienes un brazo y una espada.

ESCENA X

Patio del Pretorio. En el fondo, una vela o toldo carmesí da sombra a la silla curul del Procurador de Judea, Poncio, llamado Pilato

MUNACIO. — ¿Lo ves, Rufa? El procurador tiene razón. Mi glorioso jefe Poncio, a quien conocí y serví en el país de los bátavos, ¿cómo ha de ceder a los antojos de cuatro judíos egoístas que sólo desean la destrucción de Roma?

RUFA. — Luego entonces, ¿no le condena?

MUNACIO. — ¿Cómo ha de condenarle? ¿Es que estos odiosos judíos piensan que en el Imperio no hay leyes, que el senado es una reunión de comadres y el poder de César una farsa? ¿Creen que se puede condenar a un hombre sin derecho para ello?

RUFA. — Entonces, ¿por qué no le sueltan ya?

MUNACIO. — *(Con petulancia.)* Tú no entiendes de esto, Rufa. El glorioso Poncio, como representante político y militar de Cayo Tiberio, se declara incompetente para juzgar en asuntos de religión, y envía al Acusado a que le juzguen los sacerdotes y los magistrados del templo.

RUFA. — ¡Ay de mí! Perdidos somos entonces. Esos lobos no se satisfarán si no se hartan de la sangre del Maestro.

MUNACIO. — He creído entender que van a llevarle a casa del tetrarca Herodes Antipas.

RUFA. — ¡El Señor nos valga!

MUNACIO. — ¿Por qué?

RUFA. — ¿No sabes quién es ese malvado? Es el asesino de Iaokanan, el que mandó cortar la cabeza al Bautista...

ESCENA XI

Patio en el Palacio de Herodes

MUNACIO. — También ahora te engañaron tus presentimientos, Rufa.

RUFA. — ¿Cómo?



MUNACIO. — Herodes Antipas no ha condenado al Rabbí.

RUFA. — ¿Entonces le ha dejado en libertad?

MUNACIO. — Tampoco; devuelve el preso al glorioso procurador Poncio, que se le envió.

RUFA. — ¡Oh, no está libre aún! Tengo miedo, mucho mie-

(Continúa en la pág. 48)

Manuel Kant

Por

ALBERTO HAAS



La influencia que los grandes investigadores y pensadores ejercen sobre la evolución de las sociedades humanas se desarrolla siempre en dos períodos completamente distintos. Durante su vida, pertenecen a los diferentes grupos militantes de la opinión pública de su tiempo. Por avanzados que sean sus conceptos, su primera actuación ha de producirse siempre en medio de las diferencias partidarias y de los antagonismos individuales de sus contemporáneos. Hasta los mismos pensadores que hacen esfuerzos para apartarse de esas luchas efímeras, quedan, por lo menos siendo objeto de preferencias y hostilidades basadas en los problemas del día, contra los cuales, ordinariamente, han de defenderse para mantener su independencia espiritual.

Sólo después de muertos, los grandes ingenios a quienes la humanidad debe sus progresos esenciales, empiezan a ejercer paulatinamente su verdadero y firme predominio.

Los libros y los pensamientos emitidos y publicados por la gran mayoría de sus contemporáneos se pierden en el olvido de las nuevas generaciones, y los tomos que llevan sus nombres se ven relegados a los obscuros rincones de las bibliotecas. Pero las generaciones posteriores vuelven entonces a estudiar las grandes producciones de los pensadores inmortales. Ignoran frecuentemente las oportunidades banales a que han debido esas obras su origen, y sólo se fijan en el aspecto duradero de las ideas. Se hace una selección entre los hombres y los libros, se distingue entre lo efímero y lo permanente y, por fin, se produce una resurrección de los elementos inmortales eficaces para la evolución humana.



Tal ha sido especialmente la suerte del gran filósofo Manuel Kant, nacido hace doscientos años, el 22 de abril de 1724. Hijo de un talabartero en la tranquila ciudad universitaria y comercial de Koenigsberg, tuvo durante los años de su actuación un éxito a la vez ruidoso y combatido y, como tenemos que decir hoy, fundado generalmente en ideologías equivocadas. Fué considerado, por las generaciones siguientes hasta el año de 1866, como anticuado y hasta atrasado. Pero volvió, durante los últimos decenios del último siglo, a ocupar una posición preponderante en la evolución del pensamiento filosófico. Y conquistó una influencia casi ilimitada en el desarrollo de la filosofía contemporánea.

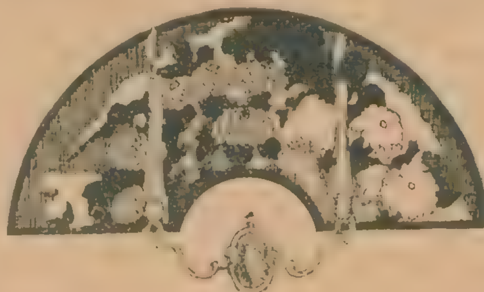
La vida de Manuel Kant transcurrió en la mayor tranquilidad y sencillez. Después de haber cursado el colegio y los estudios universitarios en Koenigsberg, ingresó en el cuerpo docente para dictar cursos libres de filosofía. En el año de 1770 fué nombrado titular de la cátedra de filosofía; y cuando murió, el 12 de diciembre de 1804, nunca había salido de los límites de su ciudad natal, donde había llevado la existencia regulada y metódica de un solterón inofensivo. Hasta cierto punto, Kant, en cuanto a su vida personal, puede ser comparado con Espinosa, del cual se ha dicho que era un hombre pacífico y de salud delicada, quien, en la tranquilidad de una existencia apagada, asombró a la humanidad con sus conceptos atrevidos y luminosos sobre la esencia del universo.

Sin embargo, esa comparación de los dos pensadores, como todas las comparaciones, sólo puede ser admitida con limitaciones expresas. Kant, a pesar de la pasibilidad exterior de sus ademanes y la tranquilidad de sus costumbres, era un combativo, y un espíritu despierto a todas las manifestaciones intelectuales de su tiempo. Sin abandonar su serenidad imperturbable, participó en la lucha de los jóvenes contra el mandarinismo de la entonces crítica literaria berlinesa. Su folleto sobre "La Paz Eterna" es una de las primeras teorías de lo que hoy ha venido a realizarse con la llamada "Liga de las Naciones", y contiene ideas por cierto diferentes de los conceptos en que ha sido basado el instituto que lleva este nombre. Sus teorías "sobre el origen mecánico del universo" le colocan al lado de Laplace, autor del famoso tratado sobre la "Mecánica Celestial". Y cuando tuvo sus diferencias y choques con la censura, omnipotente en esos días, se comportó con una dignidad y energía ejemplares.



La quinta esencia de la obra de Kant era, para sus contemporáneos, la teoría del "imperativo categórico". Le consideraban como el descubridor de un nuevo principio de filosofía moral y veían en él al representante del rigorismo extremo en materia ética. A fines del siglo XVIII, sus conceptos austeros, la intransigencia de sus ideas morales, la audacia estoica de sus prescripciones, eran objeto de discusiones generales en el mundo de los filósofos. Y sus mismos discípulos, tales como Schiller, objetaban ese rigorismo que, según sus ideas, no admitía la posibilidad de méritos adquiridos por acciones enaltecedoras para sus autores.

Pero la filosofía moral de Kant, tanto como sus conceptos teleológicos, no eran el centro de su pensamiento. Eran, posiblemente, el fruto de una concesión hecha involuntariamente a las preocupaciones del día. En todo caso, forman la parte débil y pasajera de lo que hoy es considerado como la esencia inmortal del sistema de Kant. Mientras sus contemporáneos discutían sus libros dedicados a "La Crítica de la Razón Práctica" y "La Crítica del Juicio Humano", sólo "La Crítica de la Razón Pura" ha sobrevivido a esos debates y sigue siendo un libro de actualidad.



El "criticismo", como ha sido llamado el sistema filosófico de Kant, procede de las teorías de los grandes pensadores ingleses, como Hume y Locke especialmente. Pero al "idealismo psicológico" de esos maestros agrega la idea fundamental del individualismo y subjetivismo. Kant ha afirmado varias veces que se fundó en el mismo punto de vista de Juan Jacobo Rousseau. Como el "ciudadano de Ginebra", el "filósofo de Koenigsberg" se distingue de sus predecesores y de la mayoría de sus contemporáneos por su concepto de la individualidad humana. Durante los siglos XVII y XVIII, los teoremas filosóficos todos se habían basado en la idea de una verdad absoluta, inmutable, general y "objetiva"; y la filosofía había tenido la única tarea de descubrir esa misma verdad. Juan Jacobo Rousseau, que era un emocional y fantástico como todos los músicos y compositores — Rousseau había debutado como autor de la ópera "Le devin du village",—había substituído la psicología generalizadora de su tiempo por la sensibilidad individual, y había introducido el subjetivismo en la literatura. Para él, el "Yo" no era más odioso. Kant, inspirándose como filósofo en los mismos conceptos fundamentales, procedió a una crítica severísima de las facultades del entendimiento humano. Rechazó la posibilidad de un raciocinio sobreindividual, y llegó a la idea esencial del criticismo moderno, según el cual nuestros conocimientos, antes de todo, son humanos, es decir, productos del entendimiento individual. Tienen esas verdades, tales como los hombres las pueden comprender o idear, un carácter esencialmente hipotético o, para emplear un término científico popularizado en nuestros días, relativo.

Nuestros conceptos, según el criticismo, no tienen valor absoluto, sino explicativo, y no constituyen un sistema ideológico definitivo, sino un método progresivo de investigaciones y averiguaciones.

Durante su juventud, Kant se había distinguido también por la elegancia literaria de su estilo. Sus primeras publicaciones, dedicadas en gran parte a problemas de las ciencias naturales, demuestran, por la sencillez y claridad del lenguaje, una preocupación estética constante. Sus obras definitivas, muy diferentes bajo ese respecto, han sido escritas en un léxico complicadísimo. Su discípulo Schiller tuvo razón cuando habló de "un estilo de cancillería filosófica".

Kant se dió cuenta de ese defecto. No había perdido el sentimiento literario, pero, como lo explicó a un amigo suyo, se sentía como agobiado frente a la inmensidad de su tarea. Se creía obligado a buscar la expresión exacta y completa de su pensamiento y escribió sus obras fundamentales, como dijo, "fijándose exclusivamente en el contenido". Estaba convencido de que las innovaciones filosóficas contenidas en esos tomos serían interpretadas equivocadamente como lo han sido durante los primeros decenios después de su publicación. Y además de hacer los mayores esfuerzos para evitar esa mala interpretación, temía que le faltase el tiempo necesario para terminar la exposición integral de sus conceptos.

Existe una leyenda ingenua sobre un fenómeno curioso que habría acontecido en el momento en que murió el sereno, apacible y audaz iniciador del criticismo moderno. La transcribimos con las palabras en las que ha sido anotada por un amigo personal del filósofo: "El día del fallecimiento de Kant era tan sereno y despejado como hay muy pocos en nuestra tierra septentrional. Sólo una nubecilla apenas visible flotaba en el azul del cielo. Se refiere que, en esos momentos, un soldado, en el "Puente de los Herreros", atrajo la atención de los transeúntes sobre tal fenómeno, agregando: "Mirad: es el alma de Kant que asciende a lo infinito".

Antología de los grandes poetas

GONGORA

NACIÓ don Luis de Góngora y Argote, célebre poeta español, en Córdoba, el año 1561. Cultivó desde joven la poesía, y abrazó el estado sacerdotal, y obtuvo una modesta prebenda en la catedral de aquella diócesis. A principios del siglo XVII, buscando un escenario más propicio a sus aspiraciones, se trasladó a la corte, donde, no obstante sus éxitos literarios, no alcanzó más que a ser capellán del rey Felipe III. Ya anciano, sintiéndose enfermo se vió precisado a abandonar su residencia y se retiró a su ciudad natal, donde falleció el año 1627.

Su traslado a la corte marca una evolución de su talento y una transformación esencial en su estilo. Hasta entonces se había hecho conocer por sus poesías fáciles, graciosas, de un lirismo fresco y satírico, caracterizado por la simplicidad de la antigua poesía nacional. Sus populares romances y sus "villancicos" son de este primer período.

A partir del año 1605, en sus poesías se hace notar un estilo más brillante y más refinado. El deseo de ir, en la técnica literaria, más lejos que Herrera, y, sin duda, la influencia de los italianos, le inspiraron obras que adquirieron celebridad, pero que adolecen de tal obscuridad y rebuscamiento que, en muchos casos, su interpretación hizo necesaria la intervención de los comentaristas. Tales, entre otros, "Las Soledades", "Píramo y Tiobe", "El panegírico del duque de Lerma".



Estos defectos del rebuscamiento y la obscuridad que caracteriza la segunda época de su estilo, crearon la escuela de afectación llamada "Gongorismo", que siguieron los admiradores e imitadores del poeta.

ANGÉLICA Y MEDORO

En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido
O lo perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado,
Se alberga un dichoso joven,
Que sin clavarle Amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafrén se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por dónde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua, ¡oh piedad,
Hijas de padres traidores!
Yerbas le aplica a sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen;
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte,
Simple bondad, al pío ruego
Cortésmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guía;
Que el sol deja su horizonte
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.
Llegaron temprano a ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzón sus dichas logre.
Las manos, pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen a Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan, cuando menos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra Amor,
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden;
Si lo abrocha, es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pie calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por pies
La hermosura del orbe.
Todo sirve a los amantes,
Plumas les baten veloces,
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible frente sueño,
Música los ruiseñores.
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle *Angélica* suena,
Otro *Angélica* responde.
Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes destos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

·

Servía en Orán al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
Deste rebato la causa;
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos a las campanas;
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
"Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama;
Que ella me será también,
Sin vos campo de batalla.
"Vestíos y salid apriesa,
Que el general os aguarda;
Yo os hago a vos mucha sobra
Y vos a él mucha falta.
"Bien podéis salir desnudo
Pues mi llanto no os ablanda;
Que tenéis de acero el pecho
Y no habéis menester armas."
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: "Mi señora,
Tan dulce como enojada,
"Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya a los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
"Concededme, dueño mío,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata."

·

Entre los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde,
Aquel español de Orán
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve a él,
Y a un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,
Capitán de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo más bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarlo, obedece,
Y a su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
"Valiente eres, capitán,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
"Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres:
"Yo nací en Gelves el año
Que os perdisteis en los Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco matasiete.
"En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes
Después que murió mi padre,
Corsario de tres bajeles.
"Junto a mi casa vivía,
Porque más cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses:
"Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
"Era tal su hermosura,
Que se hallaran claveles
Más ciertos en sus dos labios
Que en los dos floridos meses.
"Cada vez que la miraba
Salía el sol por su frente,
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
"Juntos así nos criamos,
Y Amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con arpones diferentes.
"Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
"Mas, ya la razón sujeta,
Con palabras me requiero
Que su crueldad le perdone
Y de su beldad me acuerde;
"Y apenas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste;
Mira si es bien que lamente.
"Esta, español, es la causa
Que a llanto pudo moverme;
Mira si es razón que llore
Tantos males juntamente."
Conmovido el capitán
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
"Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces,
"¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
"Si eres del Amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por robo
Lo que entendí que era suerte.
"Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras más finas
Ni las granas más alegres.
"Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes."
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado,
La boca a sus pies ofrece,
"Vivas mil años, le dice,
Noble capitán valiente,
Que ganas más con librarme
Que ganaste con prenderme.
"Alá se quede contigo
Y te dé vitoria siempre
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes."



"La señorita empleada va a tener la sensación de que unas manos extrañas andan en su cartera..."

¿Cómo van a vestirse las empleadas, con medio mes de sueldo menos por año?

UANDO se habló de sancionar una ley por la cual hombres y mujeres empleados pudieran, después de algunos años de servicio, acogerse a las ventajas de una jubilación, las gentes a las cuales interesaba directamente esa ley se regocijaron, pensando que de esa manera resolvían fácilmente el pavoroso prob.ema de una vejez miserable o de la pobre viudez de sus esposas y orfandad de sus hijos. Pero cuando descubrieron que para llegar a la tan ansiada jubilación era menester sufrir en sus sueldos y salarios descuentos substanciosos, se creyó que esa ley, en vez de beneficiar a los trabajadores los perjudicaba enormemente. En otras palabras: la jubilación era excelente, ¡pero sin descuentos!...

¿Qué razón poderosa existía para que la mayor parte de las gentes se negaran rotundamente a aceptar esos descuentos? En primer lugar, la falta de sentido de la economía que hay entre nosotros, y luego que tratándose de un descuento del cinco por ciento y otro adicional de un mes de sueldo que, aunque repartido en varias cuotas, significaba siempre una poda considerable en todo sueldo o salario pequeño.

Pero entre las innumerables protestas, más o menos organizadas con que un buen número de gremios manifestaba su descontento con el procedimiento de jubilarse teniendo que contribuir con tales descuentos al fondo común, una gran cantidad de personas se resignaron a acatar lo que la nueva ley les imponía y, silenciosamente, se aprestaron a contribuir con esos aportes, dedicándose desde ahora a resolver de alguna manera los arduos problemas que esa forzada diminución de sueldo les imponía.

El gremio que más iba a sufrir con las disposiciones originales de la ley era, sin duda alguna, el compuesto por las señoritas empleadas. Un diez por ciento, que a eso, poco más o menos, llegaban los descuentos, suponía para una niña trabajadora la pérdida irremediable de más de un mes de sueldo por año.

¿Y qué empleado o empleada puede sufrir semejante diminución en sus ganancias, sin que todas sus finanzas, milagrosamente equilibradas a fuerza de sacrificios, se les vengan abajo?

Supongamos que esos dos descuentos se hubieran hecho efectivos: nadie o muy pocos gremios habrían sufrido sus consecuencias como el de las señoritas empleadas, que en esa ocasión no tenían quien alzara una voz de protesta o de aliento en su favor.

Tomemos para nuestro ejemplo, y con el propósito de ilustrar al lector, una joven que sólo gana doscientos pesos por mes, es decir: un término medio justo entre la sirvienta, que, generalmente, percibe sesenta pesos, y la señorita que es taquígrafa y mecanógrafa y que, además, posee otro idioma, y gana cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta pesos por mes. La señorita de los doscientos pesos hubiera sufrido, en caso de no reformarse la ley, descuentos mensuales de pesos 18.33, es decir, habría tolerado que de cada sueldo le podaran esa cantidad.

Diez y ocho pesos para aquellos que, teniéndolos o no, no corren el peligro de que se los quiten, es una bagatela. Pero, ¿sabéis todo lo que una señorita empleada puede hacer con ese dinero?

Para una persona que generalmente vive algo retirada del lugar de su empleo u ocupación, el almorzar en su casa le acarreará una serie de inconveniencias e incomodidades. Tomará, por lo tanto, un ligero "lunch" en cualquiera de las lecherías o pequeños restaurantes del centro. Comer algo substancioso y limpio, en un ambiente que no deprima el espíritu, equivale a acudir a una de esas casas de comida en las cuales siempre se cobra un poco más que de costumbre. Los precios más altos provocan la selección de la clientela. Allí, por menos que se coma, si se pide un plato de verdadero valor nutritivo, la señorita empleada gastará sesenta o setenta centavos, que agregados a los veinte de tranvías, siempre que no tenga que tomar otros u ómnibus, resultará un peso diario. Hay que añadir a estos seis pesos semanales unos cincuenta centavos para las revistas o libros de su predilección. Para una persona que además de saber leer cuenta con alguna educación, aun con la que ofrecen las escuelas públicas, la lectura es una necesidad, acendrada aun más por las largas distancias que están obligadas a viajar en tranvía dos veces por día. El vestir exige un párrafo aparte. Caros como están los artículos hoy día, y agregando a ello las exigencias cada vez mayores de las gentes, ninguna mujer empleada que tenga contacto directo con el público puede desempeñar su trabajo si no está por lo menos correctamente vestida. Pues bien: con los doscientos y tantos pesos que la ley original de jubilaciones y pensiones iba a extraerles anualmente de sus sueldos y salarios, cualquier señorita empleada podría vestirse lo suficientemente bien para no discordar en ningún ambiente de trabajo adonde acuda el público. Hay que advertir que nuestros cálculos están fundados en lo que pueda hacer una niña hacendosa. Los trajes, tanto de verano como de invierno, se los confeccionará ella misma, e incluimos en esta lista sólo lo que consideramos necesario:

Un traje de invierno, pesos 45; dos trajes de verano, $ 30; tres pares de zapatos, $ 45; seis pares de medias, $ 24; dos sombreros, pesos 24; dos pares de guantes, $ 6; ropa interior, confección casera también, pesos 26. Total: $ 200.

Hemos calculado en seis pares el consumo anual de medias, reconociendo cuatro pesos por par, pues se trata de medias de seda, única clase que aun las mismas empleadas usan hoy día. La calidad de este artículo, a tan bajo precio, no podrá ser muy excelente, pero se trata de llevar medias de seda, sea vegetal o animal.

Era, por lo tanto, bien comprensible que las señoritas empleadas, a pesar de su silencio y resignación, se considerasen perjudicadas en sus intereses con el doble descuento que les amenazaba. Pensar que uno tenga que depositar un mes entero de trabajo, cuando lo que se gana apenas si llega a cubrir las necesidades más apremiantes del individuo, era algo que la mayor parte de la gente directamente afectada consideraba como un incalificable abuso.

Con el descuento del cinco por ciento, la sangría en la economía de las señoritas empleadas será menor y, por lo tanto, más llevadera. Es verdad que, según los cálculos enunciados más arriba, el presupuesto de vestir sufrirá una catastrófica diminución, como que si anteriormente a la ley una niña que ganaba doscientos pesos mensuales podía estirarse de tal manera como para disponer de esa misma cantidad anual para vestirse, ahora tendrá que reducirse a la mitad. Y convengamos que nadie se viste con cien pesos por mes; por lo menos en Buenos Aires, donde la civilización ha impuesto modas ridículas pero necesarias, como las faldas para las mujeres y los pantalones para los hombres. Si estuviéramos en el Senegal podrían nuestras señoritas empleadas hacer verdaderas maravillas con esos cien pesos.

O gran gana de casarse...

Por

RICARDO MONNER SANS





En otro trabajillo mío ya diserté con alguna cachaza sobre las ventajas de la coyunda matrimonial, y como a ésta se sujetan algunas mozas muy a gusto, y otras se desviven por probar a qué sabe la vida de la bien maridada, no ha de fatigar, pienso, que al volver sobre tan socorrido tema, diga que antaño, como hoy, todo el mundo repetía y repite de memoria que "antes que te cases, mira qué haces, que no es nudo que así desates", refrán que el Marqués de Santillana explicó así: "En las cosas que han de ser perpetuas, gran prudencia y madurez es menester".

Un autor, cuyo nombre escondió bajo las iniciales de K. O., glosando el refrán dijo:

"El casarse y el morir
tienen cierta semejanza;
cosas que no se aprenden
sino por propia enseñanza."

Don Juan Ruiz de Alarcón, en "La verdad sospechosa", pone en boca de Jacinta los siguientes versos:

"Que el breve determinarse
en cosas de tanto peso,
o es tener muy poco seso
o gran gana de casarse."

El propio Alarcón tomó el consejo como base de su preciosa comedia "El examen de maridos", y en "Los pechos privilegiados" remacha el clavo escribiendo:

"...y que vamos paso a paso
pide también la gravedad del caso;
que se juzga violento
hecho de prisa un grande casamiento."

Porque preveía que tales atropellamientos eran abundante fuente de disgustos, Lope de Vega afirmó, en el acto I de "La moza del cántaro", que

"muchas se casan a prisa,
que a llorar despacio van".

Contrapuesto a este refrán, hay varios que parecen aconsejar rápida decisión en asuntos de tanta monta. De ellos escojo el siguiente, no sólo por ser sintético, sino por la gracia con que lo glosó el comentarista. El refrán dice: "Los casamientos y las riñas, de prisa"; el comentarista reza:

"Yo creo que este refrán se funda en que un casamiento prolongado a veces no se efectúa, ya porque al amor se le pasa el entusiasmo, o ya porque el interés dócil y lucrativo no se conforme con las ideas de los codiciosos contrayentes. Ello es seguro que un estado vitálico y sin noviciado debe ser muy pensado.

"Si meditara quien se casa dónde va, a qué va, con quién va, para qué va y por cuánto tiempo va, fuera mayor el celibatismo en ambos sexos. Cámbiese la voz casar, y hallaremos que dice sacar; a saber: sacar de tino, sacar de juicio, sacar del bolsillo y siempre sacar. Por tanto, "para no la errar, sorna y cachaza dicen en mi lugar", pues "*casar, sacar* y *rascar* son tres en una con sólo mudar."

Pesimista se muestra el glosador, que debió ser un egoistón de los de a marca. ¡Vaya una manera de enfriar amoríos! ¡Ni que fuese un fraile recoleto!...

No, hay que casarse, es lo más acertado, lo más prudente y lo más natural, pero esto sí: "cada oveja con su pareja". Tan encariñado está el pueblo con esta idea, que la va vertiendo a cada paso, si en forma distinta, en el fondo igual. Allá va la prueba de mi afirmación: "Si quieres acertar, casa con tu igual." "Si quieres buen casar, casa con tu igual."

"Cada cual con su cada cual."

"La compañía, para honor, antes con tu igual que con tu mayor."

"La mujer con igual o menor, si quieres ser señor."

El célebre dramaturgo don Juan Bautista Diamante, explica así el refrán en "La judía de Toledo":

REY.— Amor es noble pasión.
RAQUEL.—Cuando es igual el sujeto.
REY.— En llegando a amar, le llega
a hacerle igual el deseo.
RAQUEL.—Eso es en la voluntad,
mas no en el entendimiento;
y así, nunca fué seguro
amor desigual, pues vemos
que mal prevenidos luchan
los dos sentidos opuestos,
calumniando la razón
lo que admite el pensamiento
y viene a quedar vencido
el que de los dos es menos.

Afirman malas lenguas, mas mi candidez se resiste a creerlo, que muchas de las que rúan calles y lucen su belleza y elegancia en visitas y saraos, rezan fervorosamente la siguiente oración, cuando la sombra de la noche todo lo iguala:

"Santa María, casarme querría; Credo, con un buen mancebo; Salve, que no tenga nadie; Santalifonso, rico y hermoso; Madre de Dios, otorgádmelo vos."

No, repito que no lo creo, como no doy crédito tampoco a lo que aseguró don Antonio de Guevara en su comedia "El marido hace mujer". Dijo este célebre dramaturgo:

"De toda doncella infiero
crecidita, que arde y muere
por matrimonio, y que quiere
no el mejor, sino el primero."

Soy, pues, un predicador convencido de las ventajas del matrimonio, el estado social más perfecto para el ser humano; entiendo con mi admirado Ruiz de Alarcón, que

"... cuando son en todo
iguales los casamientos,
no hay, si el amor los conforma,
más paraíso en el suelo".

Este paraíso, que bien puede ser un castillo o una choza, y en el cual la alegría entre a borbollones y el contento a brazadas, ya que por suerte para la estirpe humana, la ventura lo mismo puede vestir pellico que manto de brocado. Cuando dos almas se abrazan con lazo estrecho de amor; cuando en la individual memoria sólo se asientan las bellas prendas del ser querido; cuando el corazón, en suma, enferma de puro amor, cuando todo esto y aun algo más ocurre, inútiles son consejos y advertencias; lo mejor es tomar el camino de la vicaría o del Registro Civil, y poner término a ansias que enflaquecen, insomnios que roban colores y a la par dibujan ojeras.

Y con esto me despido, lector curioso, prometiéndote secundar, si a mí no me faltan fuerzas para agacharme a espigar en el campo sin hitos de la literatura castellana, y a ti paciencia para enterarte sin enojos del resultado de mi cosecha.

Y a Dios: quiera él darte venturas a manta y dichas a granel.

La visita



Por

FRANCISCO LÓPEZ MERINO

Un niño estuvo en nuestro hogar callado.
Rompió el silencio con su voz, y dijo
palabras simples que tenían el grato
sabor del tiempo para siempre ido...
Con su presencia nos llenó de infancia
y al lado suyo nos sentimos niños.

Bajó al jardín a contemplar las rosas
y recogió los pétalos caídos
gozoso de albergar entre las manos
tanta seda mojada de rocío.
Acarició, junto a la fuente clara,
el hilo de agua, el hilo leve y fino
que imperceptiblemente se renueva
bajo el silencio del jardín dormido...

Volvió a nosotros, y participamos
de su infantil latido
con una intimidad tan armoniosa
que nuevamente nos sentimos niños.



"...y su cabeza achatada transformóse en el rostro bellísimo de una mujer..."

El batracio fascinador

Por F. BARRIOS VALLEJO

Ilustración de F. Vinant



EL rematador repetía, desde lo alto del tinglado, el mareante sonsonete:

— Vendo..., vendo..., vendo...

La concurrencia tenía fijos los ojos en el martillo, presto a caer de una manera rotunda y definitiva.

— ¿Qué se remata? — pregunté a uno del público.

Los muebles de Zoraida, la ex favorita del sultán de Turquía.

Hice un gesto de sorpresa, pues ignoraba que una mujer de tan alta alcurnia hubiese venido a Buenos Aires, la ciudad galante y misericordiosa.

— Vendo..., vendo..., vendo...— seguía gritando enronquecido el rematador.

En pocos minutos se disputaron los espectadores, gobelinos, "bibelots", cuadros, estatuas y otras fruslerías con que el arte cortesano alhaja las casas señoriales. Los precios eran insignificantes; no había mayor interés por conocer el secreto de aquel derrumbe, que exponía a las miradas muchas flaquezas y debilidades mundanas. El gasto lo hacían los cambalacheros, que ocupaban, en su mayoría, el local; el resto de la concurrencia eran mirones o simples curiosos, que suelen merodear donde no se cobra el espectáculo.

— Vendo..., vendo..., vendo...

Esta vez me estremecí sin saber por qué. Se remataba la "toilette": una mesita de palo santo, con incrustaciones de marfil, y los elementos decorativos que componen el tocado de una mujer hermosa y exigente. Los "pichincheros" no dieron la menor señal de impaciencia por las apuestas, y al cabo de un rato, resolví disputársela a un anticuario trashumante y poco dado a los frívolos dispendios del mobiliario.

—Ha hecho usted una gran adquisición—me dijo el empleado al entregarme la boleta; — por cincuenta pesos se dará el gusto de poseer el tocador de una de las favoritas del sultán de Turquía.

Como dudaba de la certeza de aquella afirmación, sonreí con incredulidad provocativa.

— No es cuento, señor. El mueble fué construído expresamente para Zoraida por uno de sus admiradores, un ricacho que tiene en el Delta un palacio encantado.

— ¿Quién le contó esa historia?

— Me la contó ella misma, el día que se embarcó para Europa. Se había quedado sin dinero y desamparada, y al final, tuvo que venderlo todo, ella que no careció nunca de nada, para sacar el pasaje y regresar a Alejandría.

— Y, ¿para qué vino Zoraida a Buenos Aires?

— Perseguida por los enemigos del sultán, huyó al extranjero. Alguien le dijo en "el cuerno de oro" que en la Argentina había muchos compatriotas ricos, para quienes una mujer del harén sería algo sagrado como el paraíso de Mahoma, y sin reflexionar siquiera en lo veleidoso de la suerte, embarcóse, y aquí gastó las provisiones galantes de toda su vida. Al verse libre, el dinero no le paraba en la mano; jugaba a los caballos, a la lotería, al "baccarat", al 30 y 40, al "póker", a todo lo que se juega cuando abunda el dinero y no se sabe en qué invertirlo...

El final, ya lo sabía; la pobreza, la soledad, el abandono... Una mujer que se hunde en el olvido... Una ráfaga de indiferencia que pasa fría y glacial... La vuelta a Europa, asida a la borda como el náufrago a una tabla...

— ¡Ah!... A propósito — exclamó de pronto el empleado, — le voy a mostrar una cosa curiosa que me regaló Zoraida cuando fuí a despedirla a bordo.

Y mi interlocutor sacó de uno de los cajones del escritorio un batracio verde, construído en barro.

— Es una rana bien imitada — dije, admirado del descubrimiento.

— Se lo regaló un diplomático japonés en el Cairo, como un talismán de la fortuna.

El batracio era una de esas telotológicas creaciones que han servido de inspiración a la juguetería nipona durante muchos siglos. Lo que más me atrajo la atención fué la boca del animal, abierta como si fuera a devorar algo, y los ojos, formados por dos perlas de cristal. La visión calenturienta del artista estaba allí expresada con más acierto que en esos otros juguetes que representan escorpiones y cangrejos de espantables patas. Los ojos, sobre todo, daban una expresión fascinante a la inanimada estatuita.

— ¿Me lo regala? — me atreví a insinuar.

— Si le gusta, lléveselo; para mí, si no es de oro o plata, no tiene objeto.

Apenas recibí el rico presente de Zoraida, me afané por darle preferencia entre mis recuerdos. Coloqué la mesita a la cabecera de la cama, y sobre ella el batracio; de este modo, al acostarme y al levantarme, podría evocar el naufragio del alma de su dueña, lanzada a quién sabe qué playas del infortunio. Al recordar la historia de aquella mujer, una hosca melancolía perseguíame a todas partes, y entonces, para aplacar mi atormentado espíritu, dirigía con avidez los ojos hacia el batracio, que contemplábame con sus pupilas de vidrio.

— ¿Es una mascota o un símbolo? — preguntéme repetidas veces, obsesionado por una dolorosa idea.

Aquella noche me acosté más temprano que de costumbre. Había dejado prendida sobre la mesa de noche la lámpara eléctrica. La habitación, empapelada de rosa, tomaba un color de suave crepúsculo bajo el difuso resplandor de la pantalla de cretona. El techo quedaba envuelto en una vaga penumbra. Hacía rato que miraba atento al batracio, cuando noté que la cara repugnante adquiría relieves profundamente humanos; de pronto, la rana se incorporó, y de un salto echóse al suelo. Entonces, se produjo una cosa sorprendente: el batracio creció rápidamente en altura, y su cabeza achatada transformóse en el rostro bellísimo de una mujer. Di un grito ahogado, y me tapé apresuradamente para no ver la visión.

— ¡Miedoso! — oí claramente que decía una voz femenina. — Soy yo, Zoraida; me presento a ti sin artificio ni disfraz alguno. Te parecerá horrendo que haya ranas con cabeza de mujer, pero si tal piensas es porque ignoras otras transformaciones: la mujer reptil, la mujer pantera, la mujer carancho. De todas ellas, la mejor es la rana, porque pone en la sensibilidad intensidad mayor. Yo, en eso, no he hecho más que seguir los impulsos y sensaciones de mi raza; sociable, pero sin establecer nunca una unión íntima, he vivido sin hacer caso de las demás. De renacuajo acuático fitófago, fuí no un animal saltarín como muchas otras, sino un batracio de tacto fino, que ve, oye y comprende las cosas de la vida con el instinto de conservación. Como mujer, soy rana alegre y desconfiada; canté en Constantinopla un aria muy variada de amor, y hubiera seguido cantando como los anuros en América del Sur, si no estuviera convencida de que a la vejez tanto me hubiera valido que mi canto sonara a timbal como a violón. La vida en Buenos Aires fué para mí de contento y buen humor, pero se necesita mucho para ser una rana sonora. Ante el temor de verme en la cazuela de algún gastrónomo exigente, me eché de nuevo al charco. La fatalidad me persigue entre moros y cristianos, y, sin embargo, mi resistencia vital es extraordinaria. Si me cortaran un muslo, volvería a crecer, y si me vaciaran un ojo, volvería a formarse. Soy indestructible; por el dolor y el placer viviré en el barro simbólico de esta estatua, al calor de los recuerdos de esta mesa, donde puse más de un beso y derramé más de una lágrima.

La boca de la mujer sonreía, y la luz de sus ojos tenían reflejos fascinadores. De repente, el piso de la habitación pareció llenarse de agua y convertirse en una laguna; en el aire revoloteó una cigüeña, y rápida, dejándose caer a plomo, se abalanzó sobre la mujer rana y tomándola en su pico desapareció en la penumbra.

Me incorporé, creyendo estar soñando, y al dirigir la vista a la mesa tocador de Zoraida, respiré satisfecho: allí estaba fijo e inmóvil el batracio, mirándome con esa obstinación de las cosas inanimadas, pero que, al conjuro milagroso de nuestra fantasía, toman formas sensibles y concretas.

El arte de arreglar la casa

LOS "BIBELOTS"



Han pasado los tiempos en que el adorno de una mansión dependía de la suntuosidad de los muebles o de la riqueza pesada de la tapicería, que estaba de acuerdo con la amplitud de las grandes mansiones señoriales, donde se cobijaba el buen tono y el esplendor social. El nivelador espíritu moderno está más en armonía con la sencillez y la libertad de los gustos, y la estrechez de la vivienda ha orientado el gusto decorativo por rumbos más indisciplinados si se quiere, pero sí, más curiosos y personales.

Se prescinde hoy generalmente de los grandes elementos decorativos, que sacrifican aire y luz, y se cuida más el adorno menudo, el "bibelot", al que se confía de lleno la originalidad y la gracia del ornamento doméstico.

Se da tanta o más importancia al pequeño detalle que al conjunto. De ahí que la gracia u originalidad de un pequeño "bibelot", convenientemente ubicado, pueda concentrar todo el atractivo del adorno de una pieza o sala.



Ciertos elementos de la vida moderna han venido a fomentar el interés artístico de estos pequeños adornos, que tienen tan especial relieve. Una pequeña lámpara, por ejemplo, es un elemento indispensable y da lugar para las creaciones más caprichosas.

Una lechuza artísticamente pintada, como la del modelo, en material transparente de tela o papel, es de un estilo original y de un efecto interesante.

Más conocido sin duda, pero siempre de excelente gusto, es el estilo de las muñecas artísticas que se emplean para ocultar bajo sus voluminosos vestidos un aparato telefónico, que, fuerza es reconocerlo, tiene un aspecto bien poco artístico.

Lo que se procura es, en principio, no privarse de aquellos menesteres que proporcionan comodidad; pero disimularlos o darles un efecto artístico y decorativo que los substraiga a su condición vulgar o antiestética.

LOS "PLAFONNIERS" ELEGANTES

El motivo original del grabado se presta para dos estilos de ejecución bastante diferentes. Desde luego, él se caracteriza por el bordado Richelieu con motitas al "plumetis", que decora su parte inferior. El bordado calado se



aplica sobre un "pongé" de color vivo y claro, obteniéndose un efecto decorativo muy lindo.

El mismo motivo, desarrollado en aplicaciones de colores sobre tul metálico, surtirá un efecto de "vitrau" muy propio y de gran atractivo luminoso.

La banda que cierra en redondo el contorno del "plafonnier", es del mismo "pongé" que sirve de fondo al bordado Richelieu.

Los cojines y su conveniente ubicación



1

No pretendemos enaltecer lo que es bien sabido: la influencia confortable de los almohadones y lo generalizado que está su uso en el decorado de la casa moderna.

Nada más libre que el color, la forma y el estilo de los cojines, que ahora lo invaden todo en el mobiliario de una vivienda, y que constituyen un interesante motivo de aplicación para el gusto y el arte personal de la dueña de casa.

Sin embargo, para que el arte y el buen estilo triunfen en el decorado y adorno de una casa, no siempre es conveniente dejar los almohadones librados a una absoluta anarquía; y esto es lo que queremos hacer resaltar en esta breve nota.

En primer lugar, debe cuidarse que la belleza del motivo y la armonía de los colores estén de acuerdo con el lugar a que se destinan aquéllos. Debe tenerse muy en cuenta que el lucimiento de un almohadón artístico depende siempre de la relación que guarda con el mueble o con la pieza.

En un diván o en una "chaise-longue" de estilo Recamier, convendrán cojines confortables de plumas o de crin cubiertos de la misma tela que tapiza el mueble (fig. 1).

Sobre una "chaise-longue" estilo Luis XV colóquense elegantes cojines de seda, adornados de encajes antiguos o guirnaldas rococó (fig. 3).

En un canapé sencillo, estilo inglés, de tela estampada, los cojines de la misma tela son de mejor efecto (fig. 2).

2

Un almohadón de "lingerie" blanco resultará impropio en la mayor parte de los salones; en cambio, si es de color ocre o gris combinará perfectamente con las telas antiguas, y aun con los tonos vivos de algunas modernas.

Los de damasco antiguo y los exóticos de dibujos chinescos o japoneses están generalmente bien con todo.

Los cojines de tafilete de tonos vivos y brillantes convienen a un estudio moderno; pero su brillo lo apaga todo cuando se le asocia a un mueble de estilo antiguo.

Ampliaremos estas observaciones.



LAS MADERAS MODERNAS

Durante muchos años era lo corriente adquirir muebles cuyas maderas no variaban mucho; solían ser siempre las mismas; los tipos predilectos para muebles de más o menos lujo no se salían de un reducido catálogo.

Pero hoy en día las cosas han cambiado.

Los artistas del mueble se proponen cambiar aquella rutina, y si bien no se puede prescindir de ciertas maderas conocidas y acreditadas, ya por su abundancia, ya por sus especiales condiciones para ser trabajadas a gusto, lo "chic", lo de buen tono, es emplear para los juegos de verdadero lujo, maderas raras, y construir con los productos extraños de regiones poco frecuentadas los magníficos mobiliarios de las grandes mansiones.

LAS "CORBEILLES"

Las "corbeilles" de flores o de frutas son siempre un excelente recurso para adorno de un comedor o de un gabinetito; pero uno de los aspectos más interesantes y atractivos de estos ponderados adornos está actualmente en las "corbeilles" de piolín, hechas a mano.

Constituyen una labor muy agradable, en que se puede hacer mucha fantasía y lucir el buen gusto de quien las ejecuta. Son de mucho efecto, y se trabajan de una manera parecida al "crochet".

El fondo de las "corbeilles" se hace cerrado, como las suelas de las sandalias. Para los costados se emplea alambre, más o menos grueso, según a lo que se destinen las "corbeilles", y luego se reviste el alambre con el piolín, ya sea en su color natural o en el que se haya preferido.

El alambre así preparado se fija sobre el fondo, en espacios bien regulares, y se forma un enrejado, más o menos abierto, a voluntad.

El enrejado de mallas en forma de rombos es bien conocido.

Es preferible montar los alambres derechos y reunidos a intervalos regulares con otros alambres, fijando los puntos de cruce con una flor o un simple broche de metal, de los que se usan para sujetar legajos de papeles.

En esta labor de cuerda se pueden hacer las combinaciones y dibujos caprichosos, y obtener canastillas de muy lindo efecto decorativo donde quiera que se las coloque.

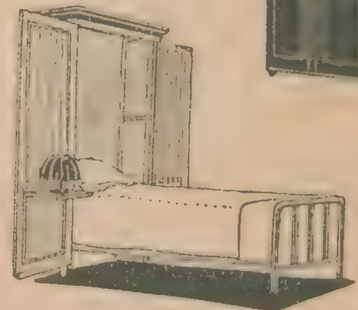
El mejor y más vistoso resultado se alcanza combinando cintas entre el enrejado y haciendo con ellas dibujos caprichosos.

LOS MUEBLES PRÁCTICOS

La característica de los que llamamos muebles prácticos responde generalmente al sentido del aprovechamiento de espacio, que se hace tan necesario en la casa moderna.

A este estilo responde perfectamente el curioso modelo de cama armario que se puede ver en los grabados, y que, como se advierte, es un lecho plegadizo, construído en una forma ingeniosa y práctica que ofrece la ventaja de eliminar el uso de las cortinas o de los biombos que hasta ahora se empleaban para disimular u ocultar una cama situada en un rincón inconveniente de una casa.





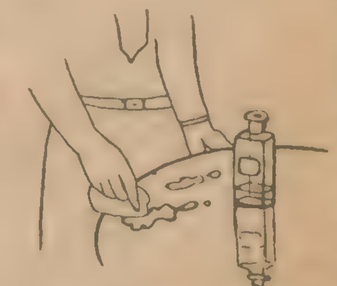
Esta cama plegadiza se recoge durante el día en el interior del mueble que lo complementa, y que puede tener al exterior la forma de un armario o de una biblioteca decorada a gusto. La pieza queda por lo tanto despejada de la cama, que no le corresponde, y aparece en cambio un mueble decorativo que no permite ni sospechar la presencia de ésta.

Mientras que al abrirse por la noche, las paredes del mueble, y las mismas puertas, como alas laterales, con soportes, etc., forman un útil y cómodo complemento al lecho.

Es fácil poner el mueble en condiciones de guardar durante el día toda la ropa de la cama.

PROCEDIMIENTOS DOMÉSTICOS

Es caso frecuente que, en virtud de un descuido, un poco de agua caliente que cae sobre un mueble lustrado produce en él un daño apreciable, difícil de remediar. Un procedimiento eficaz para que la mancha que el agua caliente deja sobre el lustre desaparezca es frotar sobre la misma con un paño empapado en alcohol desnaturalizado, dejando que el alcohol se seque por sí. Si las manchas no han desaparecido del todo, se repite la operación.



— Para pegar los objetos rotos de marfil, póngase a hervir un poco de agua y váyase añadiendo alumbre hasta que no pueda disolverse más.

Con esto se untan los dos lados del objeto que se quiera pegar, se les junta, se les aprieta bien y se les deja secar.

El centenario de Lord Byron

1824 - 19 de Abril - 1924


EL primer poeta inglés del siglo XIX era descendiente de la antigua familia real de Escocia, por parte de madre, y remontaba su paterna ascendencia hasta los más ilustres conquistadores normandos.

La nobleza de su hogar estuvo lejos de asegurar a Byron una tranquila infancia. El padre, hombre pródigo y vicioso, disipó en el juego la mayor parte de la fortuna de su mujer, separándose luego de ella. El 22 de enero de 1788 nacía Jorge Noel Gordon Byron, quien, a los diez años, heredó el título de lord por fallecimiento de su tío Guillermo. No se conoce exactamente el lugar de su nacimiento. Mientras unos aseguran que fué Londres, otros afirman ser Douwres.

Su madre era de carácter caprichoso, vehemente e irascible. Se retiró con el niño a la villa de Aberdeen, viviendo ambos con la modesta renta salvada de su fortuna extinguida.

El temple desequilibrado de Catalina, que así se llamaba la dama, desarrolló en Byron la excesiva quisquillosidad y la irritabilidad, que constituyeron sus defectos capitales.

Tan pronto lo colmaba de caricias como lo maltrataba sin razón alguna. A causa de la delicada complexión del pequeño, no le fué posible asistir mucho tiempo a la escuela primaria; a la edad de ocho años fué preciso mandarlo a las montañas de Escocia, para que se robusteciera. La temporada allí pasada fortificó su organismo, pero el cambio repentino de una excesiva sujeción a una libertad sin límites, le fué fatal, ya que se hizo caprichoso, extravagante y soberbio. En cambio, despertó en su espíritu aquel sentimiento íntimo de la hermosura de la naturaleza y que tanto admiramos reflejado en sus composiciones.



Lord Byron, por G. C. Thurner

Byron. El puente del Don, que se cita en el "Don Juan", se hizo célebre, y un plato que el pequeño lord había roto entre sus dientes, en un instante de colera, fué conservado como una reliquia. Las casas en las cuales habitó de niño se mostraban a los extranjeros como curiosidades, y los campesinos se envanecían de haberle visto pasar.

Como Gœthe, como Dante, como Lamartine, como Chateaubriand, como Verlaine, lord Byron tuvo su idilio infantil. Se enamoró de una chica de su edad, llamada María Duff, compañera de sus juegos y, según él mismo refiere, años más tarde, quedó como herido por un rayo cuando supo el matrimonio de la joven.

Atormentaba a la doncella de su madre para que le escribiera en su nombre, la cual accedió para calmarle, creyéndolo loco.

Su felicidad consistía en estar sentado cerca de María, en la habitación de los niños.

"Mi sufrimiento, mi pasión por esta niña fueron tan violentos — dice el poeta, — que dudo algunas veces de si verdaderamente he estado enamorado desde entonces."

El suceso más importante de su vida fué el legado recibido del tío Guillermo, quien había muerto como un misántropo atrabiliario en un castillo retirado. No teniendo parientes directos, su nombre, su título y su fortuna pasaron a Jorge. La noticia cayó como un bólido sobre la madre y el hijo, y les llenó de orgullo inmenso. La primera vez que volvió a la escuelita, donde era con frecuencia castigado, el maestro se adelantó ceremoniosamente y lo saludó por su título. Al instante, sus compañeros lo rodearon dando hurras. Él quedó inmovil y tan emocionado que no pudo responder del modo que le ordenaba la cortesía pueril y decorosa: rompió en sollozos, con deseos de escaparse.

Los cambios de humor experimentados por lady Byron amargaron la niñez de su hijo. Tenía conciencia de que le debía todo, puesto que su padre no se acordó de él hasta su muerte, en 1791, pero luego cambió de opinión respecto a ella: la acusó de haber desarrollado en él las peores cualidades de su carácter, y no le perdonó jamás su enfermedad. En efecto, era cojo de nacimiento.

Atribuía este accidente, que se verificó en el momento de llegar al mundo, a un acceso de gazmoñería de su madre. Y su indignación no tuvo límites cuando, en una de las violentas escenas a que ella se dejaba llevar con tanta frecuencia, le reprochó su defecto y le llamó "cojitranco".

Aquello le causó un horror profundo; humillado, la miró con desaliento, y lo recordó más tarde, cuando escribió "The deformed transformed", donde Berta dice a su hijo Arnoldo:

"—¡Lárgate, jorobado!

"—¡He nacido así, madre mía—respondió el niño."

Físicamente, estaba Byron dotado de una notable y varonil hermosura. Se comprende, pues, que la desviación de su pie le mortificara tanto.

Durante el verano de 1796 el joven Byron tuvo un acceso de escarlatina. Su madre lo condujo, para restablecerse, a las montañas de Escocia. Fué en una granja, cerca de Ballater — en un lugar que más tarde fué puntó de peregrinación para sus admiradores,—en donde se instalaron los dos.

Vivió allí durante meses haciendo una vida casi salvaje de excursiones solitarias por las laderas de los montes y a lo largo de los torrentes. Erraba por las gargantas solitarias, a la sombra de los abetos, sumiéndose febrilmente en la naturaleza inmensa, cuyo aspecto le arrastraba ya a una especie de exaltación.

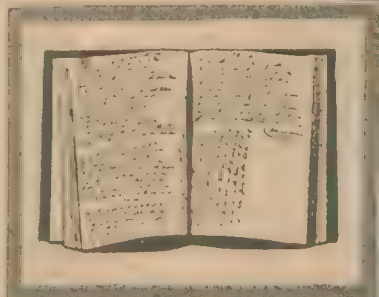
Aventurero e intrépido, le ocurrieron muchos accidentes; un día se sumergió en un pantano, y poco faltó para que no pudieran sacarlo del peligroso lugar. Otra vez, en una cima, su pie defectuoso se enganchó en los matorrales del borde y cayó, comenzando a rodar hacia una cascada, hasta que alguien que pasaba se precipitó en su socorro y lo detuvo.

Con frecuencia se hacía relatar por los montañeses sus antiguas narraciones heroicas, y las leyendas de espectros y fantasmas poblaban su espíritu con fantásticas impresiones.

Toda la vida conservó su pasión por las cosas de esa región, y Escocia, en cambio, le tuvo en veneración. Los escoceses le consideraban como uno de sus ciudadanos, y, cuando fué desterrado en Inglaterra, Escocia continuó amándolo y sintiéndose orgullosa de él: durante una rebelión popular los revoltosos habían puesto a sangre y fuego todos los dominios de los alrededores salvo el de Jorge



El último retrato de Byron, según un dibujo de 1823



El cuarto canto del "Childe Harold", adquirido por Mister John Mirray en mil libras esterlinas



La muerte de Byron en Misolunghi, según la película de Gaumont



Cama de viaje en la que murió el poeta. Es plegadiza y la cabecera es un baúl

Cuando logró serenarse, dirigióse a sus camaradas, diciendo: "Ayer el azar a poco hace que me peguen por culpa de otro; hoy me hace lord porque otro ha cesado de vivir. En uno y otro caso no le estoy agradecido, pues yo nada había pedido." Sin embargo, la madre, tan dichosa y altiva como su hijo, no quería permanecer por más tiempo en la casa que había visto su tortura, en medio de una villa que los había conocido en la indigencia y se apresuraron a partir para la Abadía de Newstead.

Cuando llegaron a la señorial residencia, sin darse a conocer ni anunciar su venida, por un extremo de coquetería, lady Byron preguntó a una mujer a quien pertenecía aquella magnífica propiedad.

—Según dicen—respondió la vieja,—a un muchacho.

—Aquí está el querido niño.

—Dios lo bendiga—agregó la mujer, no pudiendo contener su alegría y acariciando los cabellos del rapaz.

A pesar de la herida que a su vanidad infligía la pequeña deformación de su pie, la vida sentimental de Byron se desarrollaba con un ardor y una riqueza extraordinarios. Su segundo amor lo consagró a su prima Margarita Párker, jovencita de trece años, "una de las más bellas de las fugitivas bellezas que hayan flotado sobre la superficie terrestre" y que "parecía nacida de un arco iris". Murió en la infancia, con la espina dorsal fracturada a raíz de una caída de caballo.

Pero en la vida febril del futuro autor, otras preocupaciones llenaban su mente.

Acaba de entrar en la celebre escuela de Harrow, punto de cita ordinario de la joven nobleza de Inglaterra.

En las horas de recreo y aun de trabajo, Byron no daba la menor apariencia de un apasionado intelectual; era durante la noche cuando devoraba poetas y novelistas, de manera que nadie lo veía instruirse, y todo el mundo se admiraba de encontrarle tan al corriente de la literatura moderna.

El último eco de sus sueños juveniles fué su pasión por María Chawort, a quien conoció en una visita, durante unas vacaciones, al cumplir los quince años. El padre de la niña había muerto en un duelo con el tío de lord Byron y, a pesar de que este matrimonio habría puesto fin a inveterados odios de familia a la par que unido dos pingües fortunas, la coqueta joven no se sintió halagada por la adoración del cojo de Harrow, a quien desdeñaba, y al que, sin embargo, debió la poética inmortalidad que le ha sobrevivido gracias a la admirable escena de despedida que el poeta describe en "The dream". Ingresó por entonces (1805) el joven lord a un colegio de Cambridge, donde se consoló de los desdenes de María entregándose a numerosas aventuras y escandalizando bien pronto a la Universidad con sus devaneos, extravagancias e indisciplina. Completamente despreocupado vivía en su mansión de Newstead y en Londres, cometiendo

(Continúa en la pág. 45)

La caricatura en el extranjero



El Colmo de la Avaricia

—¿A qué atribuye usted su longevidad?

—A los precios exorbitantes que hoy día cobran las empresas fúnebres.

(De "Passing Show", Londres.)



Insomnio

—Parece que Eulalia estuviera enferma, ¿verdad?

—Sí; sufre de insomnio... Su esposo habla en el sueño, y ella se ve obligada a velar toda la noche para no perder una palabra de lo que él dice.

(De "Passing Show", Londres.)



Un Héroe

Oficial.—¡Es usted un bravo soldado! Me dicen que se encontró con tres enemigos, y luego de un combate a la bayoneta, los hizo correr a toda velocidad.

Soldado.—Sí; y ni aún así me pudieron alcanzar.

(De "Klod Hans", Copenhague.)



Lo de Siempre

—¿Ya sabe tu novio la edad que tienes?

—Sólo en parte, querida.

(De "Passing Show", Londres.)



¡Eso es Distinto!

—Mira, Emilio: es incorrecto leer ese diario cuando estamos sentados a la mesa.

—Estaba leyendo sobre el remate de una casa de modas.

—¿Sí? ¡Préstame el diario un momentito, querido!

(De "Meggendorfer Blatter", Munich)



Buen Corazón

—Voy a sentarme aquí un rato... ¡Así mi marido podrá decir que tiene algo en el banco!

(De "Simplicissimus", Múnich.)



Al Pie de la Letra

—Los negocios no han mejorado en nada... Si tú pudieras economizar algo en tus vestidos..., usar algo más sencillo...

—¡Cómo no! Hoy mismo, entonces, me voy a comprar unos vestidos más sencillitos.

(De "London Opinion", Londres)



Los Héroes Ignorados

El novio de la hija mayor, es presentado a la familia.

(De "London Opinion", Londres)



Ingenuidad

—Mamá, ¿es verdad que tú me compraste a mí en París?

—Sí, querido; ¿por qué?

—¡Muchas veces he pensado por qué no pagaste algunos pesos más y te elegías un hijo sin pecas!...

(De "London Opinion", Londres)



Probidad

Vendedor.—Debo confesar, señora, que las perlas de este collar de cuatro pesos, no son legítimas.

(De "The Humorist", Londres)

Mujer Moderna

—¿Cuánto tiempo hace que vino usted de Norte América?

—Hace, poco más o menos, ¡tres maridos!

(De "The Humorist", Londres)



Indirecta

—Conozco a un hombre tan parecido a usted, que si los viera juntos, no podría distinguir uno de otro.

—Supongo que no le habrá devuelto a él esos diez pesos que le presté hace tres meses.

(De "London Opinion", Londres)

Una mujer singular

No hace mucho que falleció miss Fanny Fairman, artista, humanitaria y santa, la pintora oficial de los perros favoritos de la reina Victoria, del rey Eduardo y de la reina Alejandra.

Nacida en medio de la riqueza y poseedora en tiempos de una renta anual de 12.000 libras esterlinas, su fortuna se disipó en aras de su generosidad y de su negligencia en la administración financiera de su patrimonio. Con una renta escasa de cien libras, nuestra heroína emprendió su carrera como pintora de animales.

Uno de sus biógrafos ha hecho de ella el siguiente croquis:

"Aunque ganando considerablemente con sus cuadros, nunca volvió a conocer de nuevo la riqueza. El dinero parecía liquidarse entre sus manos. Sin embargo, aun careciendo para sí misma, no había subscripción ni Sociedad que tuviera fines humanitarios para los animales a la que ella no diera su nombre y su dinero.

Se imponía horas y horas de viaje en ómnibus y tranvías con objeto de paliar los sufrimientos de un gato o de un perro de los que tuviera noticia, y a menudo podía vérsela a lo largo de Piccadilly, con un gran saco de arena en las manos, esparciéndola en las bocacalles resbaladizas, con objeto de mitigar las penalidades de las caballerías condenadas a arrastrar penosas cargas...

De gran estatura (cerca de seis pies; es decir, 1 metro y 80 centímetros), Fanny Fairman era, de joven, una bella mujer. Despreocupada y libre de convencionalismos en grado superlativo, apenas se ocupaba en su "toilette", y a medida que pasaba el tiempo, su cuidado era menor, aun en cuestiones de indumentaria.

Con su corta y esquilada cabellera, un sombrero de fieltro exento del más pequeño adorno y colocado de cualquier manera, un largo abrigo (compañero de luengos años) y unas enormes botas que ella misma se confeccionaba, podía vérsela en Londres a la pesquisa de un animal cualquiera infortunado, cuando la pintura de sus cuadros caninos no la retenía en su hogar.

Durante la guerra, cada vez que había un "raid" aéreo, salía de su casa y corría al lugar del siniestro, con el fin de rescatar, aliviar o curar a los perros y gatos que podían haber sido heridos o maltratados por los "shrapnels" que caían del cielo.

Insensible al miedo, no le inquietaban lo más mínimo las cosas materiales. Su alma y su espíritu no concebían el mal. La palabra "peligro" no existía en su vocabulario."

LA NATALIDAD EN FRANCIA

FRANCIA tuvo en 1923 un número algo mayor de nacimientos y algunas defunciones menos que en 1922. El número de divorcios también fué algo menor que el año precedente.

Las estadísticas oficiales acusan 761.000 nacimientos contra 759.000 en 1922; las defunciones fueron 667.000 contra 679.000, siendo el exceso de los nacimientos sobre las muertes, por lo tanto, de 94.000 en 1923 contra 70.000 en 1922.

Es la primera vez, después de tantos años que se averigua tal cosa. Esperemos, en bien de Francia, que ese aumento y esa diminución no sean una excepción.

Se descubre un maravilloso remedio para engordar

Hace aumentar 3 a 8 kilos en corto tiempo.

Un famoso médico especialista de Nueva York, ha preparado en forma de pastillas, una combinación de ingredientes nutritivos a que da el nombre de Sargol y que sirve para hacer que personas delgadas puedan aumentar sus carnes y peso a razón de 3 a 8 kilos en pocas semanas. Dice el citado especialista: "Este preparado Sargol no es ningún misterio, ni se debe dudar de sus resultados. Todos sabemos que la formación de carnes y gordura o grasa en el cuerpo humano depende del poder de asimilación, y todos los médicos son de opinión que las personas que asimilan sus alimentos son, por regla general, robustas, bien formadas y saludables. Si todo el mundo pudiese asimilar propiamente las comidas que llegan a su estómago, no habría tantos hombres y mujeres delgados." Una pastilla de Sargol con cada comida sirve de agente asimilativo y forma el lazo de unión entre el comer y engordar. Hombres y mujeres delgados que toman Sargol con cada comida, pronto empiezan a notar sus buenos resultados y a menudo aumentan de 1 a 2 kilos por semana. Si usted no desea aumentar sus carnes, hermosear su figura y mejorar su digestión, no pierda tiempo en tomar Sargol. De venta en farmacias y droguerías.

Actualidades gráficas

ANATOLE FRANCE



El 16 del corriente ha cumplido los 80 años el Pontífice de los Escépticos. Su jubileo no ha dado lugar, en Francia, a grandes festejos oficiales. Pero ha sido saludado, en su gloriosa ancianidad, por todas las "élites" y todos los espíritus libres del mundo

FOTO CHOURNOY

CAPITAL



La procesión del Domingo de Ramos, celebrada en nuestro templo metropolitano



El presidente de la República, presenciando la carrera de las XII horas, realizada en el Hipódromo Argentino el sábado último

FOTO CABADA



El señor Jorge Pflaum, que ganó dicha carrera, con el caballo Indio II

RÍO CUARTO



Parte de la mesa del banquete ofrecido en Holmberg, por los oficiales del regimiento 14, al sargento Tristán G. Ibáñez, con motivo de acogerse a los beneficios de la jubilación. Presidió el acto el comandante de dicho regimiento, don Jesús Navarro

SAN ANTONIO OESTE (RÍO NEGRO)



La brigada "General Mitre", de "boy-scouts", recientemente formada en la localidad, al pie del monumento a San Martín



Banquete popular ofrecido a los "boy-scouts", con motivo de la jura de la bandera, efectuada en dicha localidad

FOTO DOUGNAC

Figuras del momento



DANIEL GARCÍA MANSILLA.—*El 25 se embarca de regreso a estos lares nuestro ministro ante la Santa Sede. Es el final del proceso del arzobispado. La solución está en que interrumpimos las relaciones con la Santa Sede, el señor García Mansilla se jubila y monseñor de Andrea continúa a la espera de algún milagro diplomático*

FOTO WITCOMB



CARLOS ARNICHES.—*El popular sainetero español casi ha seguido la suerte de Unamuno. Escribió una obra ("El camino de todos") que Primo de Rivera mandó suspender por el temor del efecto que podían causar algunos retruécanos. El Directorio tiene la absoluta seguridad de que morirá por efecto de un chiste. Y así es como fiscaliza todos los actos—y entreactos—de sus más grandes enemigos: Arniches y Muñoz Seca*

FOTO ALONSO



JOSÉ SANTOS CHOCANO.—*Este poeta tropical, cuya visita a Buenos Aires se ha anunciado tantas veces, ha debido interrumpirlas ya por sus actividades revolucionarias y sentimentales. En efecto, ahora su esposa lo acusa, en Costa Rica, por el delito de bigamia que, como ustedes saben, constituye un exceso matrimonial*

FOTO [illegible]



ESTER SMITH BUNGE.—*Después de haber alcanzado en el Colegio Nacional las más altas clasificaciones, esta señorita ingresó en 1918 a la Facultad de Ingeniería, donde acaba de obtener el título correspondiente y un diploma de honor. La nueva ingeniera es hija del doctor Edmundo Smith y de doña Ester Bunge*

FOTO FRANS VAN RIEL



EL MICROBIO DE LA TIFOIDEA.—*Es, sin disputa, la principal figura del momento. Desde hace varios días se encuentra de incógnito en esta capital, y ya ha realizado numerosas visitas. El doctor Alvear se ha negado públicamente a recibirlo. Esta actitud ha sido muy comentada entre los fieles partidarios del doctor Hipólito Irigoyen*



LOS REYES DE RUMANIA.—*Se han resignado a visitar a París, después de sufrir el rechazo de los gobiernos de Italia y de España. Se ha dicho que Alfonso XIII se negó a recibirlos por voluntad expresa del dictador Mussolini. También se ha argüido que tal actitud obedece a que los rumanos son "unamunófilos"*

FOTO MARIE



FERNÁN FÉLIX DE AMADOR



CONRADO NALÉ ROXLO



LUIS L. FRANCO

Son los felices portaliras de nuestra República de las Letras que han obtenido este año los tres premios que la Municipalidad discierne a los mejores bardos avencidados en el ejido del Parnaso metropolitano. A los tres poetas, nuestras más cordiales felicitaciones

FOTO WITCOMB — FOTO MÉNDEZ — FOTO BIXIO



LEOPOLDO FRÉGOLI.—*Por décima o undécima vez, va a despedirse de nuestro público. Lo que demuestra que es el más inmutable de los transformistas*

FOTO KAULAK

Nuestro gran mundo

Señorita de Escalier Dorado



Foto Frans van Riel



Foto Galassi

Señorita María Estela Parera Deniz, *cuyo compromiso con el doctor Eduardo J. Salgado ha sido formalizado*

Señorita Carolina Martínez



Foto E. Masoni



El veraneo en las playas y en las sierras

CACHEUTA



Capitán de navío Lorenzo Sacón y señora





Después del "tennis", del "golf" y otros deportes, se impone una ligera variante: el "sapo", que tiene también múltiples encantos...



Señorita Angélica Villanueva

FOTO BEJARANO

NECOCHEA



La familia agradecida...



Entre dos fuegos



Una encantadora sirena

FOTO MAS

MIRAMAR



Bellezas naturales de las playas



¡Qué descansada vida!...



Una hermosa vista de la costa

FOTO CASTAÑEDA

Desde Austria

LOS GRANDES FESTIVALES ARTISTICORRELIGIOSOS DE MARIAZELL

Por DANUBIO



Guillermo Klitsch, del Teatro Alemán, de Viena, en el papel de Jesús



Vista general de Mariazell, con la basílica donde se venera la famosa estatua milagrosa de la Virgen María



Else Schilling, del Teatro Renacimiento de Viena, en el papel de María

MARIAZELL, llamado *El Lourdes austriaco* por todos los católicos de la Europa central y conocido en el mundo entero por su grandiosa basílica y la estatua de la *Virgen Milagrosa*, que en ella se venera, posee un monumental teatro religioso, recientemente construído, en el cual, como en el de Oberammergau, se representa "La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo". Tentado estaba yo por titular esta crónica: "El Oberammergau austriaco"; pero, cavilada la cosa, desistí de hacerlo, convencido de que ni Mariazell puede ser comparado con la mencionada aldea bávara, ni las representaciones artísticorreligiosas que aquí se celebran son completamente iguales a las que han dado fama y renombre a Oberammergau.

En Oberammergau, la representación de "La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo" dura tres días, y todos los intérpretes son campesinos; aquí en Mariazell, la función dura sólo tres horas, y desde el director escénico al último actor, todos son verdaderos artistas. En Oberammergau, lo que más emociona a la gente es la fe y religiosidad de los seudoartistas, mientras que en Mariazell lo que más cautiva al espectador es el arte insuperable con el cual los diversos personajes bíblicos representan de un modo exactísimo y fidelísimo las principales escenas del *rey de los dramas*, del cual, para redimir a la Humanidad, quiso ser protagonista el Hombre Dios.

El *Teatro Religioso* de Mariazell está situado cerca de la basílica, en la cima de una colina rodeada de montes altísimos, cubiertos de nieve la mayor parte del año. Pocos sitios hay en los Alpes tan románticos y pintorescos, y el panorama alpino que desde la terraza del teatro se divisa nada que envidiar tiene a los más hermosos y grandiosos de Suiza. Para que el edificio no contraste con las casas de Mariazell y armonice con el paisaje, hanlo construído de madera y en forma de *chalet*, de un estilo especial característico de la inmensa mayoría de los edificios situados en las comarcas alpinas de Austria, Baviera y Suiza. Caben en el teatro 1.500 personas, y su construcción es tal, que, en caso de incendio o de pánico, las 1.500 personas podrían salir del teatro en menos de medio minuto. En la escena, casi no hay decoraciones; tres bastidores en cada lado de ella, un podio delantero, cuatro cortinas de diversos colores, un telón de fondo que representa la villa de Jerusalén, y el telón de hierro, de rigor, el cual, en caso de incendio y mediante un aparato técnico genialísimo, cae automáticamente. Ocho reflectores eléctricos, situados en diversos sitios de la escena, arrojan torrentes de luz sobre los cuadros bíblicos, de mística y grandiosa hermosura. Todas las escenas de la Pasión son, desde el punto de vista histórico, exactísimas, y desde el artístico, grandiosas; pero las tres más portentosas son: "La entrada de Jesucristo en Jerusalén", "La Crucifixión del Señor" y "La Resurrección de Jesús". Para describir y pintar estas tres escenas, necesitaría yo emplear palabras que no figuran en ningún diccionario castellano y servirme de colores que jamás existieron en las paletas de los pintores más afamados. La impresión que la representación de la Pasión nos ha hecho es tal, que al salir del teatro nos ha costado mucho trabajo creer que nos encontramos en Mariazell y que Jesucristo fué crucificado 20 siglos ha en

(Continúa en la pág. 46)



"La crucifixión de Jesucristo", penúltima escena de la Pasión de Jesús, representada en el nuevo Teatro Religioso de Mariazell



El director del teatro religioso de Mariazell, con el corresponsal de "El Hogar" en Viena



"La Cena", una de las escenas más artísticas y hermosas de La Pasión



"Cristo ante Pilatos", otra de las más bellas escenas del mismo drama

FOTO DEL CORRESPONSAL ESPECIAL DE "EL HOGAR" EN VIENA

La Semana Santa interpretada por los artistas del Renacimiento italiano



"LA DOLOROSA"
POR GUIDO RENI
(Real Galería Nacional de Arte Antiguo. Roma)



"LA TRANSFIGURACIÓN"
POR RAFAEL SANZIO
(Pinacoteca del Vaticano)



"ECCE HOMO"
POR GUIDO RENI
(Real Galería Nacional de Arte Antiguo. Roma)

Ecos del temporal de Mar del Plata



Fotografía tomada en el preciso instante en que las olas destruyen la parte central del muelle Lavorante. El comedor, que está en el extremo, a la derecha, desapareció momentos después



Lo único que quedó en pie del muelle Lavorante: la entrada, parte de la pileta que resultó muy perjudicada por el temporal, y las antenas de la estación de telegrafía sin hilos



Vista general de la parte de la rambla más castigada por el maremoto. A la izquierda, entre las dos antenas, se puede apreciar la altura de las olas, que después de haber destruído el muelle Lavorante, sobrepasan a la casa de altos



Cómo quedó el famoso balneario del Negro Pescador,



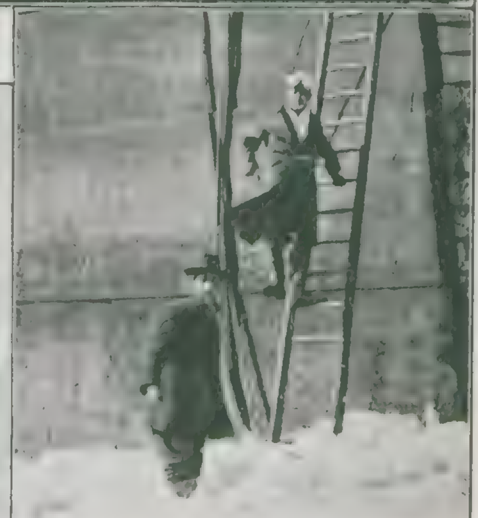
y la rambla de madera entre el Negro Pescador y "La Madrileña"



Las barcas y los restos del muelle llevados por las olas a la Perla, frente al Hotel Romano, que se salvó por sus grandes escolleras



El vapor Monte Pasubio, que fué a encallar frente al puerto de Necochea. Fué arrastrado, por el viento, unas veinte millas



Los oficiales realizando el salvataje de de la tripulación del vapor Monte Pasubio

FOTO BONNIN Y MAS

Las actrices bonitas



Suzanne Bianchette, popular estrella de la cinematografía francesa, que tiene a su cargo el papel de emperatriz Eugenia en la película "Violetas imperiales"

FOTO DEL CORRESPONSAL ESPECIAL DE "EL HOGAR" EN PARIS



El "chic" femenino

Bonito abrigo para paseo, en blanco y negro, con boina haciendo juego; vestido claro, a pliegues



Blusa de seda multicolor; falda blanca, con adorno haciendo juego con la blusa, en los bordes, espalda y delantero





Vestido color oro pálido, adornado con filamentos de plata; el cuello está formado por un chal del mismo color

FOTO DEL CORRESPONSAL ESPECIAL DE "EL HOGAR" EN PARIS

De las provincias centrales

CÓRDOBA. — ALGUNAS NOTAS GRÁFICAS DE LA ANTERIOR SEMANA



Señorita O. V. Torres y señor A. de la Torre, que contrajeron enlace recientemente



Una escena de "La Virgen de la Pureza", obra de Belisario Roldán que dió a conocer al público cordobés, en el teatro Novedades, la compañía Parodi-Brena-Fregues

FOTO ARENA





El profesor Nikolai y parte de la concurrencia que asistió a la conferencia inaugural del curso de fisiología, en la Escuela Práctica de Medicina

FOTO TERNENGO



Público que presenció el concurso de natación y saltos realizado en la gran pileta de esta ciudad

FOTO ARENA

SAN LUIS. — DEMOSTRACIONES



Banquete ofrecido al general Solari por la oficialidad del 4º grupo de artillería, con motivo de su reciente visita a esta provincia



Comida de camaradería organizada por los maestros de escuela, a la que asistieron el gobernador de la provincia y otras autoridades

FOTO LA VÍA

Del Uruguay y de la República

MONTEVIDEO



Enlace Moudina Morales-Infantozzi



Delegación de empleados civiles, que se presentó a las Cámaras para gestionar que no fuese anexada su jubilación a la caja común



Enlace Coste-Zeballos



Aspirantes a dactilógrafos, que realizaron pruebas de suficiencia ante la Nueva Corte Electoral de Montevideo



Club Atlético Peñarol, que perdió en el partido disputado con Sparting Club



Aspirantes a fotógrafos, que con el mismo fin realizaron la misma prueba ante dicho tribunal



Sparting Club Uruguayo, vencedor del partido disputado con el Peñarol



La Nazimova y sus acompañantes, en el "shimmy" Nerón, de la revista "Música celestial"

FOTO ADAMI

Un grupo de bailarinas que actúan en el último cuadro de la revista "Las hijas del Placer"



CAPITAL





Escena del 2º acto y bailable del 3º, en la opereta "Miss Issipy", presentada en el teatro de la Opera de esta capital por la compañía Clara Weiss



Clara Weiss y Rosana San Marco, principales intérpretes de la opereta "Miss Issipy"

FOTO CABAI

Guía de la mujer práctica

Lo que se lleva Como lo habíamos previsto, seguirá constituyendo la atracción prominente de la moda para la temporada que se inicia, la aplicación de las pieles en la "toilette" femenina. Se usarán preferentemente como ornamento orillando las prendas. También se usará al exterior, como en años anteriores, en forma de gabanes cortos y grandes abrigos; pero el detalle de mayor elegancia consistirá en usar armiños, chinchillas y cibelinas como forro de amplias capas de terciopelo, o de nutria, porque son pieles que parecen telas.

Las telas en boga serán las sedas tricotín, el terciopelo y algunos satines de novedad de diseños variados.

Los colores llamados a predominar son: el gris, el castaño (en diferentes tonos), el azul marino y, en general, los tonos serios.

Tales son, en resumen, las características de las telas en el otoño corriente y para el invierno entrante.



Sencillo y gracioso vestido de "crêpe" brochado, en que puede apreciarse la forma cómo se aplican los adornos de piel

Al margen de la moda Ya hemos dicho que los trajes sastre para la estación presentan varios estilos. No obstante, es de creer que en esta línea de estilos femeninos predominará una simplicidad, o, mejor dicho, una sencillez interesante.

Los ruedos prominentes con hombros y bustos angostos tienen una boga digna de consignarse.

Los cuellos serán convertibles, es decir, de doble uso.

Las mangas largas se generalizan, y en general, se presentan más simples que en las estaciones pasadas.

Las faldas de franela, en color gris, o negro con rayas, o blanco combinado, etcétera, merecen especial mención. Los pliegues en estas faldas presentan el punto más interesante de la prenda. Todo decorado de pliegue es, en general, de mucho éxito.



GALANTERÍA

CLIENTE. — *Creo que tengo un pie más grande que el otro.*
VENDEDORA. — *Se equivoca, señora; lo que tiene es uno más chico.*

(DE "PUNCH", LONDRES.)

Prácticas y consejos Cuando después de haber quitado de una prenda fina de ropa cualquiera una mancha con bencina, queda en ella algo así como un círculo blancuzco; se conseguirá que éste desaparezca del todo, exponiéndolo, durante pocos segundos, al vapor de una caldera o recipiente.

— Las esponjas de tocador, después de ser usadas algún tiempo, quedan grasientas y pegajosas, sobre todo si se han empapado a menudo en agua de jabón. Se puede restituirles sus cualidades primitivas lavándolas con sosa disuelta en diez veces su peso de agua, y dejándolas en este líquido durante veinticuatro horas. Después, se enjuagan con agua clara, luego en agua que contenga 1|20 de ácido clorhídrico y, por fin, en agua clara, la que debe cambiarse dos o tres veces.



"...exponiéndolo durante unos segundos al vapor de un recipiente."

— Se blanquean las manos haciendo uso de un jabón compuesto de dos partes de agua de Colonia, dos de jugo de limón y seis de jabón Winson, moreno.

— Cuando la ropa blanca se pone amarilla después de lavada es porque no se la aclaró bastante; el jabón que se ha quedado en ella es lo que la pone amarilla.

La lencería y los regalos ¿Cuál de nuestras lectoras no habrá pasado alguna vez por la inquietud y la perplejidad de tener que hacer un regalo a alguna de sus amigas? Y decimos perplejidad, porque no es cosa fácil acertar con un regalo que realmente agrade e interese a la persona obsequiada, y más difícil todavía conseguir armonizar la economía razonable, con la eficacia y el buen gusto.

Se pensará, en primer término, en los grandes bazares y en las fantasías costosas, que no suelen tener más que el éxito de un momento. Pocas veces se tiene en cuenta que un lindo presente de "lingerie" es siempre de utilidad

La gracia femenina y el peinado moderno



La moda lo quiere, y no hay mujer que no se halle decidida a sacrificarle su cabellera. Y lo que antes era su orgullo, resúltale ahora, en virtud de tal circunstancia, un estorbo, que la rinde, sin el menor recelo, al rigor de las tijeras.

No vamos ahora a resumir los argumentos aducidos en pro y en contra del peinado moderno. Si es verdad que imprime a la silueta gracia y juventud, y que está más de acuerdo con la vida deportiva y con las líneas generales de la "toilette" moderna, también es cierto que el peinado moderno sacrifica a la mujer, más que el anterior, a la intervención costosa, hábil y frecuente de un profesional, ya se trate de la ondulación del cabello, o para conservarlo cortado a una altura conveniente y constante. La misma rasuración perfecta de la nuca hace imprescindible la intervención del peluquero. Sépase, pues, antes de decidirse a sacrificar la cabellera, lo que cuesta confiar al fígaro la adopción de la nueva moda.

A despecho de estas consideraciones, a muchas de nuestras lectoras las suponemos decididas por la moda de la melenita, en cualquiera de sus formas más generalizadas, y para ellas son estas observaciones, relacionadas con los distintos modelos de peinados que los grabados reproducen.

Es muy conveniente conocerse y observarse a sí mismas antes de adoptar tal o cual peinado a la moda.

La que tiene una cabeza bien redonda, una nuca lindamente torneada y está dotada al mismo tiempo de una oreja con lóbulo fino, y luce una frente que no es demasiado despejada, puede adoptar el peinado de la figura 1 o el de la figura 6.

Nótese que se puede ser hermosa y carecer de los detalles señalados: entonces conviene adoptar un peinado más envolvente, como el de las figuras 4 y 5, ya sea despejando la frente con el cabello alto, cuando ésta es bien proporcionada, o ya, al contrario, velándola bajo los bucles ondulados. Los grandes y pequeños sombreros se acomodan a este corte de peinado, en que la masa de los cabellos ondulados rellenan graciosamente los bordes de un "cloche" o encuadran los contornos de una toca o de un tricornio.

Cuando el cabello es abundante y flexible, el peinado de la figura 2 conviene a las personas de edad madura y de facciones regulares.

Un peinado como el de la figura 3 está muy lindo en muchos casos con una cabellera gris o rubia; pero convengamos en que, para sostener un peinado semejante es preciso armarse de paciencia.



El plegado de la enagua conviene con las polleras de vuelo que empiezan a usarse

y muy estimado por la persona favorecida. Conviene dejar establecido que nos referimos a los obsequios de amistad y no a los de fastuoso compromiso social.

Ofrecer lindos juegos de lencería como obsequio, es siempre recibido con halago y no sale de las reglas del buen tono social. Puede asegurarse que encanta siempre a las obsequiadas. Pero el verdadero mérito de estos obsequios está en que sean confeccionados por la amiga obsequiante. Ésta conseguirá, así, una importante economía sobre el conjunto, y el valor de los materiales estará considerablemente aumentado por el trabajo personal, y la amiga favorecida quedará doblemente reconocida a aquella que le ha dedicado largas horas y afanes.

Tenemos la seguridad de que esta idea, como otras de esta página que han tenido favorable repercusión, será aprovechada por nuestras lectoras aficionadas a las labores.

Para la casa La "toilette" para dentro de casa no es la que menos cuidado y esmero demanda de la mujer. Está permitido que se trate de combinar la forma que resulte lo más económica posible, pero es esencial, por lo tanto, que se le dé el aspecto lindo con el cual la mujer debe agradar ante los que las quieren y rodean. Ni el cuidado de los niños, ni los quehaceres domésticos deben ser una excusa para usar en casa vestidos viejos o destruídos. Los delantales, las blusas, que preservan de las manchas, sirven para conservar el vestido propio, de casa, aunque con él se realicen todos los quehaceres.

Es natural, por consiguiente, que se utilicen para la "toilette" de casa, vestidos usados o pasados de moda, a los cuales, arreglados ingeniosamente, se les da un aspecto nuevo y cómodo.

Elegante peinador, cuya originalidad está en la disposición de la cintura, que pasa por las sisas de las mangas

Para estos efectos son preferibles las telas fácilmente lavables, y los colores vivaces, porque éstos se limpian con mayor facilidad, y dan mayor animación en la vida de casa.

Páginas viejas

Un paisaje en el Chaco

Por GABRIEL CARRASCO



SIEMPRE será para mí uno de los recuerdos más agradables de mi vida el viaje que hice al Chaco austral en marzo y abril de 1887.

Me acompañaba el señor Corte, buen amigo y excelente fotógrafo, y llevaba a mi hijo Eudoro, muchacho de ocho años, vivaracho y sufrido, cuyo gran placer era darse aires de hombre, montando buenos caballos y galopando a mi lado.

Un carro, cubierto con un improvisado toldo de lienzo, era nuestro vehículo, y en él llevábamos, colocadas sobre nuestras rodillas las cajas con los vidrios fotográficos, en que habíamos de reproducir los paisajes y vistas que más nos impresionaran.

¡Qué hermoso es el Chaco!

Inmensos bosques bordan sus arroyos, en que el agua corre mansa y transparente. Una vegetación exuberante hace brotar entre los árboles grandes y espléndidas lianas que se entrelazan y se cubren de flores de embriagador aroma, y el aire, puro y templado del otoño contribuía a alegrar el espíritu.

De cuando en cuando, nos bajábamos para hacer algunos tiros a las aves, y algunas veces nos dábamos el placer de almorzar en el centro de un bosque, empleando precisamente un buen cuarto de hora en despejar el espacio necesario para tendernos sobre la yerba.

Así llegamos al arroyo Rabón, hilo de plata que serpentea entre bosques de un paisaje encantador.

Mientras los caballos tomaban respiro, Corte preparaba la cámara obscura, mi hijo montaba a caballo, y yo tomaba mis apuntes.

La lámina dará una débil idea de aquel bonito paisaje.

Si a ella pudiera agregarse la verdura de los árboles de diversos matices, la pureza de luz de un sol casi tropical, el brillo del agua que reflejaba los árboles y todos los objetos con nítida fidelidad, y sobre todo el corazón gozoso por haber llegado a aquellos parajes todavía tan poco frecuentados, podría tenerse una idea de lo que fué para mí aquel grato momento.

Hoy, en el momento en que esto escribo, cuando ha pasado más de un año de aquel instante, siento no sé qué agradable emoción: quizá nunca volveré por allí, o, cuando vuelva, aquellos lugares se habrán transformado, y tendré quizá que asistir de frac y guante blanco, a la inauguración de algún monumento en una ciudad allí formada.

Así marcha Santa Fe.

Así se ha formado el pueblo Ocampo, que dejaba a pocas leguas a mi espalda, y así se ha formado también la colonia Florencia, a la que me encaminaba entonces, y a cuyos límites está el arroyo que la lámina representa.

El Chaco es una nueva tierra de promisión.

Mañana, cuando sea bien conocido; cuando haya muchos que efectúen viajes como el que yo he hecho; cuando desaparezcan los quiméricos temores que les inspira hasta su solo nombre, temor de la ignorancia hacia lo desconocido, habrá una transformación tan extraordinaria, que los paisajes de mi viaje se buscarán con ahinco como hoy se buscan los planos de Buenos Aires de 1780, para comparar con asombro los progresos verificados.

Y entonces, si yo vivo, si vive mi hijo, y contempla esas láminas y conoce las nuevas maravillas que allí habrá creado la civilización, no podremos menos de dar gracias a Dios, que nos habrá prometido ver la realización de ellas en nuestra patria.



Paisaje en el Chaco austral, en 1887



Un rincón de la aldea de Belén



"Una joven avanzaba lentamente, entonando una vieja canción..."



Una pastorcilla, en pos de su rebaño

Una aldea de ensueño

Belén

Por

SEVERO F. VILLANUEVA





SITUADA en el extremo oeste de la provincia de Catamarca, dentro del marco de las sierras que forman en aquella apartada región los primeros peldaños de acceso a la Cordillera, la aldea de Belén produce, a lo pronto una impresión de tristeza tan marcada que apenas si podemos ahogar un suspiro de desilusión...

—¿Y es éste — nos preguntamos interiormente — el Belén tan ponderado por todos los viajeros que le han conocido, el mismo célebre Belén que inspiró, quizás, las mejores telas de Jorge Bermúdez, el que hizo escribir su más hermoso capítulo de *Cerro Nativo* a Carlos B. Quiroga, y el que, finalmente, guardando todavía como un tesoro de valor incalculable tantos motivos de singular interés y donosura, ha dado margen al joven poeta Luis L. Franco para que engarce en versos purísimos, llenos de lozanía, *impresiones* y *notas* de una tan profunda emoción y fuerza lírica, como aquelas que nos ofrece en su "Oda Primaveral" de *La Flauta de Caña*, o "Los Gozos del Verano" y "Mozas de Cántaro", de *Libro del Gay Vivir*?... Pues, señor: ¡o nuestros ojos adolecen de una miopia absoluta, para apreciar lo bello, como es debido, o las personas que tales maravillas nos dijeron de Belén, son la gente más novelera del mundo!...

Pero, se hace de justicia reconocer que, cuando así nos expresamos mentalmente, no somos, por cierto, sinceros con nosotros mismos: ¿acaso no estamos ya acostumbrados a ver en nuestras correrías por el país y algunos territorios limítrofes, cientos de poblaciones de apariencia mil veces más triste que ésta, y que, sin embargo, hoy ocupan por los encantos que en ellas supimos descubrir más tarde, un lugar preferido en nuestros recuerdos de viaje?... Verdaderamente, pocas veces lo más interesante de un pueblo está en lo primero que éste nos presenta a la vista, sino en aquello que, por ser tal vez lo que más ligado se halla con su alma, múltiple y compleja, sólo asomándonos a ella con verdadero amor, logramos descubrirlo...

Y por eso fué, justamente, que sólo al llegar al centro mismo de la aldea, y darnos a vagar por el laberinto de sus pintorescos callejones, tan fecundos en toda clase de gratas sorpresas, empezamos poco a poco a sentirnos dominados por una emoción asaz extraña, desconocida aún para nosotros, y que sumiéndonos de pronto en una especie de místico arrobo, nos hacía ver todas las cosas bajo un aspecto totalmente nuevo, donde se confundían como por arte de magia, en ideal consorcio, la realidad y el ensueño... Y entonces, ¡sólo entonces!, comprendimos hasta qué punto tenían razón los que tanto nos habían ponderado a Belén.

No podía negarse que equello era una maravilla: sus deliciosas alamedas de olivos y cinamomos, caprichosamente combinados con gusto exquisito por la mano del hombre o de la naturaleza; sus caminos y senderos cercados de rosales en flor, que parecían vivir en una eterna primavera; sus viñedos cuidados con el mismo amor religioso de los tiempos bíblicos; sus acequias cantarinas, de agua fresca y pura, como hechas a propósito para apagar la sed del alma, en horas de dolor y de fatiga; y sus grandes casonas silenciosas, de recios muros, que al igual de las más humildes viviendas, mostraban con orgullo las mejores tierras de pan llevar, todo se nos ofrecía ahora, como realzado por un matiz especial, digno de admiración...

Y luego, había que ver aquella gran variedad de cuadros y escenas típicos, a cuales eran más sugestivos o pintorescos...

Aquí, era una joven aldeana, vestida de luto, que avanza pausadamente por un estrecho camino, canturriando una vieja canción serrana; allá, un viejecito de cabellos blancos, ciego y tullido, que, sentado bajo la solana familiar, con el rústico *muchacho* al lado, y la madeja entre las manos temblorosas, hila con cristiana paciencia su hilo de vicuña, como quien hila su última ilusión...; más allá, un grupo de teleras y tejedoras, reunidas a la sombra plácida del parral, y conversando animadamente, mientras tejen primores en el paño *luchado*, o peinan, despaciosas, con la *lengua de vaca*, un delicado chal; luego, una pastorcilla que se aleja con ligero paso, tras de su rebaño, repechando los alcores de mullida grama, dorada por el sol; y, finalmente, las mozas de cántaro, los labriegos, los leñadores, los troperos, los *coyas*, y los montañeses de humilde catadura, que van y vienen de un lado a otro, y pasan por nuestro lado, mirándonos al principio con fría desconfianza, y que, al fin, se resuelven a saludarnos con una sonrisa franca y llena de bondad, esa sonrisa de la gente sencilla...

Y, así sucesivamente, un sinnúmero de impresiones de todo género, recogidas al acaso, a medida que nos íbamos internando por los caminos de la aldea, nos demostraron de sobra, cuán equivocados habíamos estado en el primer momento, cuando juzgábamos de ella, únicamente por su apariencia...

Pero, ¡ah!, verdaderamente, Belén era una aldea de ensueño, digna, por todos los conceptos, de ser elogiada y visitada por nuestros más gloriosos artistas!



Un grupo de tejedoras



Vista panorámica de Belén, tomada desde un altozano



Un viejecito hilando

Influencia que ejerce la belleza en el triunfo de la mujer

Con la genial Actriz RUTH LOVE

Los Angeles, la celebrada ciudad del arte mudo, donde convergen las miras de la cinematografía mundial, y escenario singular de magníficas proporciones en que se ha impuesto el arte silencioso erigiendo su majestuoso templo, me cuenta desde hace pocos días entre el número de sus visitantes y más entusiastas admiradores.

Gracias a la gentileza del distinguido colega Dr. James Smith, fuí presentado días pasados a la eminente artista Ruth Love, momentos después de terminar ella un ensayo. La impresión que me produjo su belleza al juzgarla de tan corta distancia, superó a mis más optimistas cálculos. ¡No recuerdo haber visto otra mujer tan hermosa!... Se lo manifesté sin reparos, y al rogarle me facilitara algunos antecedentes de su carrera artística para transmitirlos a mis lectores, me prometió complacerme doblemente, adelantándome que su triunfo en la escena muda estaba estrechamente vinculado a su belleza... Y comenzó su narración de esta suerte:

"Tenía trece años cuando ingresé en el cine, habiendo fracasado todos mis esfuerzos durante los primeros cuatro años. Fué entonces cuando una amiga me aconsejó que cuidara mi cutis algo gastado, cubierto de barrillos y algunas arrugas, que me afeaba desmereciendo mis facciones.

"Compré en una farmacia las cinco substancias recomendadas, que eran stymol, cera pura mercolizada, stallax, porlac y rubinol. Disolví una pastilla de stymol en un vaso de agua tibia, y, aplicándome ese líquido a la cara con una esponjita, conseguí eliminar todos los barrillos y puntos negros, que, al secarme la cara, se trasladaban a la toalla. El oxígeno que contiene la cera mercolizada consumió todo mi cutis viejo en partículas imperceptibles, descubriendo la nueva tez,de una frescura y suavidad magníficas; y los lavados con stallax tuvieron la virtud de transformar mis lacios cabellos en sedeños, transmitiéndoles a la vez una ondulación realmente admirable. Debo agregar que con unas cuantas aplicaciones de porlac logré eliminar para siempre el vello que me afeaba. Cuando el cansancio llega a ponerme pálida, un ligero toque de rubinol devuelve a mis mejillas su encantador y sonrosado colorido natural."

Y así terminó su confidencia la hermosa estrella, que es hoy una de las más admiradas en la atractiva y progresista patria del insigne Monroe.

Los Angeles, Marzo de 1924.

M. Y. P.

Nota. — El stallax puede hallarse en cualquier farmacia, en paquetes cerrados, que contienen cantidad suficiente para 35 ó 40 shampoos; también, por pocos centavos, se expenden pequeños paquetes de muestra.

El buen humor de los demás

VERGEL DE INGENIOS

ALEJANDRO MANZONI

PENSAMIENTOS SELECTOS

Por cada maldiciente que inventa, hay millares de crédulos que repiten.

La gula y la vanidad son dos pasiones que crecen con los años.

El manto de la iniquidad es corto; y no se puede tirar de él para tapar una parte sin destapar otra.

No siempre lo que viene después es progreso.

(De *I Promessi Sposi.*)

Una tontería basta a veces para decidir de por vida la condición de un hombre.

—¡Por fin, hay justicia en el mundo! — repetía Renzo.

¡Tan cierto es que un hombre agobiado por el dolor ya no sabe lo que se dice!

Poco se precisa para hacer que un pobre parezca un bribón.

Entre dos litigantes poderosos, siempre habrá, por poca que sea, ganancia para los terceros.

Aun en las épocas de mayor penuria, los dineros del pueblo se encuentran siempre disponibles para emplearlos desatinadamente.

¿Queréis que todos os ofrezcan su ayuda?... Tratad de no necesitarla.

Doña Práxedes decía a menudo a los demás y a sí propia, que todo su afán consistía en seguir la inspiración del cielo; pero a menudo incurría en un grave error, consistente en tomar por cielo a su caletre...

Las palabras hacen un efecto en la boca y otro en las orejas.

Es fatal que las opiniones de los poetas no sean nunca escuchadas; y si en la historia encontráis cosas que se hayan hecho de acuerdo con sus indicaciones, tened por seguro que ya estaban decididas de antemano.

El buen sentido existe, sólo que a veces se esconde por miedo al sentido común.

Las justicias del pueblo son de las peores que se hacen en este mundo.

(De *Epístolas.*)

Tener mucho que hacer es la molestia más feliz en este mundo de molestias.

Los embajadores no son sino espías puestos a atisbar en la antecámara de aquellas potencias denominadas amigas.

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

La dueña a la criada.—¿Dónde ha puesto usted el huevo?

—Señorita, yo no he puesto en mi vida un huevo.

—Nunca he jugado al billar tan mal como hoy.

—Pero ¿es que ha jugado usted alguna vez?

—¿Qué tal ese viaje por Africa?

—Divertido; pero hacía un calor tan horroroso, que les teníamos que dar de comer a las gallinas helados, porque si no, ponían los huevos fritos.

— Un bastón, un sombrero y una cacerola, ¿cuántos objetos son?

— Cuatro.

— ¿Cómo cuatro?

— ¡Es claro! El bastón, uno, el sombrero dos, la cacerola tres y la tapa de la cacerola cuatro.

— Y, ¿qué hicieron sus amigos de usted cuando tan improvisadamente se cayó usted al agua? Acudirían en su auxilio en seguida.

— ¡Ca! No lo crea usted. ¡Me tiraron una pastilla de jabón!

La novia de un diputado toma asiento en una tribuna del Congreso.

— Creo que ya nos ha visto — dice la amiga que la acompaña.

— No, todavía no, porque en cuanto me ve se pone a interrumpir.

Un médico muy distraído habla por teléfono con una cliente:

— ¿Qué tiene usted, querida condesa? — le pregunta.

— El estómago muy descompuesto y agudos dolores.

— A ver, a ver..., saque usted la lengua.

ANECDOTARIO CÓMICO

El cardenal Mazarino, a quien los ejercicios devotos habían hecho un poco visionario, se presentó un día ante el rey para comunicarle que se le había aparecido el arcángel Gabriel y le había encargado de recomendar a Su Majestad que echase de palacio a madame de La Vallière.

— ¡ Qué casualidad ! — contestó Luis XIV. — A mí también se me ha aparecido para decirme que estáis loco.

El obispo de Sénez estigmatizó cierto día, en un sermón virulento, que tenía por auditorio a Luis XV y a toda su corte, "a esos viejos calaveras a quienes la edad no llama a sosiego".

A la salida de la capilla, Luis XV, a quien la edad y la conducta hubieran dado derecho para sentirse aludido, dijo al duque de Richelieu, que también tenía fama de viejo verde:

— ¿Y? Parece que el predicador ha tirado a vuestro huerto unas cuantas piedras...

— Así es — contestó el duque. — Ha tirado tantas, que hasta han caído algunas en el parque de Vuestra Majestad.



LAS COSAS CLARAS

EL SEÑOR.—*Esta ensalada es una porquería. ¡Tiene una cucaracha!*

EL MOZO.—*Será que el señor no está hoy de humor, porque anoche se comió dos sin decir "esta boca es mía".*

(CARICATURA DE TAUDARÓ)



EN LA CLINICA

EL DOCTOR.—*¡Caramba! ¡Hoy el absceso está cerrado!*

EL PACIENTE.—*Sí, doctor. Cierra todos los domingos...*

(CARICATURA DE XAUDARÓ)

Duval (Valentín Jameray) fué bibliotecario y conservador del gabinete numismático de Viena. Cierto día se le presentó un quídam y le pidió ciertos informes, que Duval no pudo suministrar.

— Sin embargo — dijo el preguntón, — el Emperador os paga para que lo sepáis.

— Disculpe usted — repuso el sabio afablemente, — el Emperador me paga por lo que sé; porque si fuese a pagarme por lo que no sé, no le bastarían todos los tesoros del Imperio.

En el transcurso de una disensión doméstica, el marido, exasperado, pregunta a su mujer:

— Y, después de todo, señora mía, no me tomará usted por un imbécil.

— No, por cierto — responde ella, — pero, ¡quién sabe si no estaré yo en un error!

— La gimnasia sueca — decía un entusiasta — es lo mejor que hay para llegar a viejo.

— Sin embargo — repuso alguien, — nuestros antepasados, que no la conocían, lo pasaban tan ricamente.

— Sí, pero ya ve lo que les ha ocurrido: todos se han muerto.

Alejo Soumet decía de su yerno, hombre taciturno y poligloto distinguido:

— Es un sabio: se calla en siete idiomas.

Se hacía notar a una señora que sus niños tenían aspecto de tristeza y disgusto.

—Es verdad — reconocía ella. — Sin embargo, todo el día los estoy azotando para quitarles ese aire.

Preguntaron a un palurdo francés que había ido por vez primera a París:

— ¿Has visto a Talma?

— Sí.

— ¿Qué tal lo has encontrado?

— Regular nada más.

— ¿En qué papel lo has visto?

— No lo he visto en ningún papel, lo he visto en un coche.

Un viejo soldado que había perdido un ojo en la guerra, llevaba un ojo artificial, que todas las noches colocaba en un vaso.

Encontrándose de viaje, una noche, al ir a acostarse, se despojó del ojo de vidrio en presencia de la sirvienta, quien tomó en su mano el vaso y permaneció inmóvil.

— ¿Qué espera — preguntó, molesto, el veterano.

— Que se quite el otro.

Cierto predicador hacía el elogio de San Francisco Javier.

"Era tan persuasivo cuando hablaba de cosas de fe — decía el predicador, — que habiendo desembarcado cierto día en una isla desierta convirtió con un solo sermón a diez mil salvajes."

Una dama decía en la mesa:

— ¡Dios mío, cuánto celebro que no me gusten las espinacas! ¡Si me gustasen las comería, y no puedo soportarlas!

Se está a punto de practicar al señor X..., una sencilla operación para la cual desea ser cloroformado, porque es hombre de poco aguante. Mientras el doctor se prepara, el hombre saca del bolsillo su portamonedas y se pone a contar el dinero que lleva en él.

— No hay apuro — dice el doctor, — ya me pagará usted después de la operación.

— No, si no pienso pagarle ahora. Quería únicamente saber el dinero que tengo en el bolsillo al tiempo de ser cloroformado.

En un remate de cuadros, el martillero atribuye a Rembrandt un mamarracho al que quiere sacar buen precio.

— ¿Rembrandt? — protesta un "connaisseur". — ¡Eso nunca ha sido de Rembrandt!

— Le aseguro, señor, que es de Rembrandt — insiste el subastador. — Lo que puede ocurrir, es que se trate de una obra póstuma...

Pepito, a quien su mamá ha llevado a una visita, y que por primera vez ha subido en ascensor, cuenta al papá sus impresiones:

— ¡Si vieras qué divertido! Se entra en una jaula, se aprieta un botón, y ¡zas!, los pisos de arriba empiezan a bajar.

Cansado de un mendigo que todos los días le pedía limosna, asegurándole que rogaría a Dios por él, Malherbe terminó por contestarle:

— ¡Desgraciado! ¿Qué crédito tendrán ante Dios tus plegarias, si a ti mismo no te evitan que te mueras de hambre?

A Napoleón le gustaban los juegos, pero no le gustaba perder, y, para evitar ese disgusto, no tenía inconveniente en trampear.

Un día en que jugaba a las bochas con Drouot, perdía todas las partidas, una tras otra, lo que le indujo a preguntar:

— ¿Cómo es posible, Drouot, que no logre ganaros ni una sola vez?

— "Sire"—contestó el interrogado,— es que en este juego no caben trampas.

EN UN "RESTAURANT"

— Mozo, un escarbadientes.

— No hay, señor. El patrón ha observado que algunos clientes se los llevan.

Un mendigo tendió cierta vez la mano a Julio Sandeau, quien le dió una moneda de dos céntimos.

— ¡Dos centimos! — protestó el menesteroso. — ¿Qué quiere usted que haga yo con dos céntimos?

— Guárdelos usted, amigo — contestó el escritor; — puede usted dárselos al primer pobre que encuentre.

Alguien informaba a madame Ancelot que el filósofo Royer-Coyard estaba quedándose completamente sordo.

— Debe ser — repuso la dama — desde que no se habla de él...



REPRESALIAS

—*¡Felipa! ¡Telefonee a la Asistencia, que vengan con una camilla!*

—*¿Tan grave está? ¿Está en peligro?*

—*El que está en peligro soy yo. ¡Ya verá usted lo que hace conmigo en cuanto abra los ojos!*

(CARICATURA DE XAUDARÓ)

La Confianza es la Base del Comercio

Compre usted con confianza, pues EL HOGAR publica los avisos con la condición de que si los artículos no resultaren ser los ofrecidos, le será reembolsado el importe al comprador, siempre que los devuelva al avisador, en perfecto estado, dentro de las 48 horas de recibidos.



"...Miró la fecha del sello..."

La carta

Por HENRY ALLORGE

Ilustraciones de G. López Naguil



ANUNCIASE el fallecimiento del explorador bien conocido Alfredo de Germont. Murió en África, a consecuencia de unas fiebres palúdicas contraídas durante sus viajes por el Oriente."

Leyendo esa noticia, en su diario, que venía acompañada por largos artículos en los que se ensalzaba la gran obra efectuada por el ilustre desaparecido, María Dambry sintió una infinita angustia: un verdadero raudal de lágrimas derramóse de sus ojos en un violento arrebato de desesperación.

María nunca había conocido la felicidad. Luego de haber pasado una infancia enfermiza y melancólica, entristecida más aún por la prematura muerte de sus padres, se había casado con un individuo que no había llenado sus ideales y cuya única buena acción había sido la de morirse joven.

Viuda y rica, se había hecho a sí misma el formal propósito de no volverse a casar, pero vióse en la necesidad de contrariar sus propósitos al conocer al señor de Germont, que se había enamorado perdidamente de ella. No pudo quedar insensible a las protestas de ese gran amor, y sintió que en su corazón se despertaba un sentimiento igual al que ella había creado. Creyó que al fin iba a encontrar la felicidad, y ya se hallaba dispuesta a acceder a desposarse con ese hombre superior, que sólo tenía el defecto de poseer un carácter violento y desagradable, cuando una tarde estalló entre ambos, por una causa nimia, una furiosa disputa, que pronto degeneró en un verdadero rompimiento.

—¡Dejadme! ¡Partid! ¡Jamás seré vuestra esposa! — gritóle en un arranque de cólera. Pero apenas Alfredo hubo salido, ya se arrepintió de sus palabras.

Mas, era demasiado tarde. Al día siguiente, recibió una carta en la que él le decía:



—Os obedezco. Me alejo, accediendo a vuestros deseos. Jamás volveréis a oír hablar de mí y nunca más nos veremos. ¡Quizá sea ésta la solución mejor!

María escribióle carta tras carta, implorando su perdón.

Las epístolas le fueron devueltas por el correo, por no hallarse al destinatario.

Su desesperación fué atroz; luego, el tiempo le trajo, si no el olvido, por lo menos una dulce resignación. Pero, en ciertas fechas, en determinados aniversarios, o cuando los diarios publicaban alguna noticia sobre el querido ausente, su herida se reabría dolorosamente.

Esta vez, su tormento era atroz. Luego de haber quedado postrada largo tiempo, buscó un lenitivo a su angustia, encargándose de los trabajos pesados de la casa.

—Marta — dijo a su criada: — hace tiempo que quiero hacer una limpieza general de todo el departamento. Con ayuda del jardinero, muévame todos los muebles, sobre todo los de la cocina, pues presumo que ha de haber mucho polvo amontonado detrás de ellos.

Efectivamente, movido el aparador de la cocina, no sólo pudo verse gran cantidad de suciedad, sino también montones de papeles que se habían deslizado detrás de él. De pronto, mientras limpiaban, María lanzó una exclamación:

—¡Vea señora, cartas!

Eran dos cartas. María miró los sellos del correo, y pudo comprobar que tenían tres años de antigüedad. ¿Qué interés podía presentar ahora el contenido de esos sobres? Echó una mirada distraída sobre esos papeles amarillentos y sucios, y de pronto viósela palidecer y apretarse el corazón con las manos. La sirvienta corrió en su auxilio. Pero, ¿qué puede hacerse contra las heridas del alma?

Serenándose, en apariencia, dijo:

—Necesito descanso, Marta. Voy un momento a mi cuarto.

Una vez sola dejó correr libremente las lágrimas. Abrió, con mano temblorosa, la carta en cuyo sobre había reconocido la letra del señor de Germont, y leyó:

"Me declaro vencido, amiga mía. Me es imposible seguir luchando. Durante años he tratado de olvidarla, de borrarla de mi pensamiento, pero no lo he podido. Renuncio a este espantoso combate. Imploro mi perdón, o, por lo menos, solicito que me permita venir a pedirlo. También usted me ha herido cruelmente; pero sólo quiero acordarme de mis errores, hijos en su mayor parte del mal estado de mi salud. Me siento ahora más enfermo que nunca. Estoy minado por el paludismo, casi tanto como por el dolor. ¿Quizá no ha hallado usted la felicidad? ¡Quién sabe si uniendo nuestros dos males no podríamos llegar a que destilaran un poco de dicha! Una palabra sola, y acudo presuroso. Esa palabra de perdón, de olvido, de reconciliación, me la enviará, ¿no es cierto? ¿Permanecerá usted implacable? No lo creo. Porque si así fuera, siento que no sobreviviría mucho tiempo a mis males y a mi desesperación. Si no recibo contestación, comprenderé que ya nada puedo esperar de usted, y sólo me restará abandonarme a mi triste destino. ¿Le digo "Hasta pronto" o "Adiós para siempre"? Cualquiera que sea su contestación, sólo me resta desearle la felicidad que no he alcanzado para mí."

María experimentó la sensación de que su corazón dejaba de latir. Durante unos instantes perdió completamente los sentidos, y luego lamentó volver a la vida. Al través de su suprema desesperación fulguraba un pensamiento como una torturante llama. ¿Por qué esa carta no llegó a su poder? ¿Cómo se encontraba detrás de ese mueble?

Miró la fecha del sello del correo, y luego consultó su libro de memorias de aquel año. En la misma fecha halló una nota que decía: "Hoy hice serias observaciones a mi sirvienta Julia, cuyo servicio me descontenta diariamente. Dadas sus respuestas insolentes, la despedí inmediatamente".

Ninguna duda cabía. Fué esa mala doméstica, justamente puesta en la calle, quien, movida por un sentimiento de baja venganza, había tirado las cartas detrás del aparador.

¡Ah! La venganza había sido terrible, mucho más terrible de lo que la infame había podido soñar. Esa mujer tenía, seguramente, infinitamente menos maldad que falta de inteligencia, pero la ignorancia causa a veces mayores daños que aquélla.

El derrumbamiento de dos existencias, la muerte de un hombre, la desesperación inconsolable de la que lo amaba; he ahí lo que producía ese gesto estúpidamente dañino. En su mortal angustia, María lanzaba tales gemidos, que atrajeron a Marta.

—¿La señora se siente mal? — preguntó, solícita.

—No es nada, Marta. ¡Cansancio! Enervamiento!

Y viendo sobre la mesa un gran ramo de rosas que se deshojaban, agregó:

—Llévese esas flores, Marta. Están marchitas, y no hay fuerza en el mundo que pueda hacerlas renacer.

Tarde lluviosa

Por ANA BIAIN

Sobre los plátanos llueve
leve,
y los abanica el viento
lento.

Se desploma sin un grito,
esfumando el horizonte
el pedazo de infinito.
Dentro de estrecho circuito
quedan la casa y el monte.

Silencioso como un ave,
suave,
el tiempo sobre la casa
pasa.

Bajo la bruma de acero,
brotan ramos de coral
del gajo del duraznero,
y el grito audaz de algún tero
viene desde el cardizal.

Mientras al fuego arde el leño
sueño,
y del humo el blando giro
miro.

El tiempo que pasa nombra
del reloj el ronco son,
y el gato sobre la alfombra
proyecta su negra sombra
como un dibujo al carbón.

Coloquio de la Pasión y Muerte de N. S. J. C.

(Continuación de la pág. 10)

do, Munacio. *(Óyese a lo lejos el rumor del pueblo alborotado.)*

MUNACIO. — ¿Qué voces serán ésas? *(El rumor va acercándose.)*

RUFA. — *(Con penetración dolorosa.)* ¡Dios mío, lo que dicen! *(Escuchando con más fijeza.)* "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"

MUNACIO. — ¿Eso han dicho? Pero, ¿por qué? ¡Oh plebe sangrienta y bárbara! Si el procurador Poncio quisiera hacer caso de mí... Pero yo ¿qué puedo, Rufa? Soy un pobre legionario, sin grados, sin apoyo; aquí estoy, como podía estar en Hispania, en Batavia, en Iliria, donde ya estuve. Acaso a estas horas se ha alzado en cada lugar de ésos un profeta predicando el reino de Dios, la felicidad de los hombres... *(Sale entre soldados y pueblo Rabbí Jeschuá, vestido con alba túnica, por mandato de Herodes.)*

RUFA.—No, Munacio, no; desvarías; Éste es el único, el verdadero. Mírale: blanco, puro como la nieve de la sierra.

ESCENA XII

Galería Principal en el Pretorio

RUFA. — *(Que llega desalentada, dirigiéndose a Munacio, que está de guardia con otro legionario a la puerta del salón.)* ¿Qué ha sucedido, Munacio?

MUNACIO. — *(Con la pica terciada, sin pestañear.)* Nada aún. Esos malditos rabbíes van a volver loco al procurador. No sé, no sé...

RUFA. — Pero, ¿qué le han pedido? *(Voces fuera del Pretorio: "Crucifícale, crucifícale.")*

MUNACIO. — Ya lo oyes; lo mismo que pide el pueblo.

RUFA. — *(Ansiosamente.)* Y, ¿no podemos hacer nada? Munacio, tú eres un hombre, un bravo militar de Roma, llevas una espada al cinto...

MUNACIO. — Tú has dicho que si Rabbí Jeschuá quiere salvarse, él solo se salvará... Además, yo soy un soldado, cumplo mis consignas, obedezco ciegamente, voy a donde me mandan. *(Salen del salón, discutiendo acaloradamente y vociferando, escribas, fariseos, sacerdotes, magistrados judíos. En pos de ellos un centurión, que pide ocho hombres para acompañar al Reo, condenado a muerte. Munacio saluda militarmente.)* Presente, centurión. Voy por los seis hombres que hacen falta.

RUFA.—¡Tú, Munacio, tú mismo has de acompañarle al suplicio! No, por Dios; piensa en mí, te lo ruega Rufa, tu amiga de siempre, la que tan bien repicaba los palillos tartesios. No vayas, Munacio, si en algo me estimas. *(Se arrodilla ante él.)*

MUNACIO. — *(Rechazándola.)* Quita, mujer; tú no sabes de disciplina militar. ¿Lo mandan? Se obedece. ¡Por la gloria de César! ¡Por el honor de Roma!

ESCENA XIII

En la Calle de la Amargura

MUNACIO.—*(Acompañando con otros siete soldados al Maestro, que va cargado con la cruz.)* Esto no puede ser, no debe ser. *(Colérico.)* Soldados somos de Roma, no verdugos. El reo no puede más: ya ha caído tres veces. *(Viendo a un labrador que vuelve del trabajo con la azada a cuestas.)* Eh, tú, judío, o como te llames. *(El hombre dice que se llama Simón y es de Cirene.)* Bien, pues tú, Simón Cirineo, ayuda al condenado a llevar la cruz, o si no ¡por Hércules!... *(Fijándose en las mujeres que rodean al Maestro.)* ¿Aquí estás, Rufa? ¿A qué viniste, a llorar y gemir, afligiendo más al condenado? ¿No decías que podía salvarse si quisiera? Pues, lo que es ahora, yo, en su lugar... Este no es Dios, Rufa; ningún Dios hasta ahora ha inspirado lástima. Y a fe mía que este hombre da compasión. Mira tú si habré visto muertes..., y te juro que llevo el corazón oprimido.

RUFA. — *(Llorando.)* ¡Señor, Señor; así habíamos de verte! *(Escucha atentamente las palabras divinas.)*

MUNACIO. — No comprendo. ¿Ha pedido algo? ¿Qué os ha dicho?

RUFA. — *(Repitiendo lo que oyó.)* "Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí; antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos." ¡Pobre Señor nuestro, cómo suda, cómo sangra!

MUNACIO. — *(A los otros soldados.)* ¡Ea, adelante, vamos. *(Para sí.)* Pero, si es Dios, ¿por qué no se salva?

ESCENA XIV

En el Monte de la Calavera

MUNACIO. — *(A los otros soldados, que juegan con él la vestidura del Reo.)* Taba. Gano. Para mí es la túnica. ¿Qué? ¿Creéis que voy a venderla? No haré tal. La guardaré. Vosotros no sabéis lo que esta tela vale; yo..., no lo sé de cierto, pero algo misterioso hay en ella. *(Dando vueltas al paño.)* ¿Lo véis, ciegos, tontos, locos? Esta tela no tiene costura. En ella no han andado manos de hombre ni de mujer. *(Se sienta, pensativo. Los otros siguen jugando.)*

RUFA. — *(Vacilante, rendida, acercándose a la cruz.)* ¿Ha muerto ya, Munacio?

MUNACIO. — No; todavía no. *(Revolviendo espantado los ojos.)* Pero, ¿qué es esto? El sol se obscurece..., y aun no es la hora de sexta. *(Tambaleándose como borracho.)* La tierra ha temblado. *(Mirando a Jerusalén.)* El templo vacila. La torre Antonia se ha inclinado como para caerse. *(Una voz inefable, grave, profunda, cubre el ruido del huracán, sonando: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.")*

RUFA. — *(Cayendo a tierra desmayada.)* ¡Muerto, muerto, muerto!

(Continúa en la pág. 46)

Guía de lecturas

"Humanas" (aforismos), por *SIXTO C. MARTELLI.* — Buenos Aires, 1923. — El autor de este libro, señor Martelli, es un apreciable vecino de la ciudad de Mendoza. No nos sorprende, por esa razón, que haya resuelto consagrarse a la meditación filosófica, lo cual, en aquella provincia, siempre resultará menos arriesgado que dedicarse a la política.

Trae el libro un preámbulo o advertencia preliminar que consideramos oportuno reproducir, porque, mejor que cualquier comentario, permite formarse idea acerca de la índole de la obra. Copiada a la letra, la aludida advertencia dise así:

"Aquí estoy sobre mi propia pequeñez, vibrando a todo trance cual un cordaje, y como el amor, voy desnudo en la fiesta de mi nacimiento. ¡Yo desprecio el ajuar de los padrinos! ¡Yo soy un misal sin coyuntura! En la red flamante del linaje de mis prosas, los aspectos no más de la Verdad son la vanguardia, pues que "la verdad va desnuda, mas morirá doncella". ¡Yo voy hacia el Polo o hacia el Trópico de las almas en la sorda evasión de mis ideas!"

Los aforismos del señor Martelli son de dos clases: los inteligibles y los ininteligibles. Entre los primeros, los hay que trascienden a cosa leída y hasta familiar. Véase la muestra: "Hoy, toda mujer merece un marido; pero muy pocas merecen un hombre". (¿De quién es esto?) "Hay cosas demasiado importantes en la vida compleja que vivimos, para que algunos hombres se ocupen de ellas seriamente". (Recuérdese una frase análoga de Oscar Wilde en "El Abanico de Lady Windermere"). "Es muy positivo el valor de la ilusión". (Ya dijo Gœthe en "Werther" que "las ilusiones que nos hacen felices no son ilusiones"). "De cada mujer deberíamos hacer una novela, por no hacer de ella un monumento". (Wilde: "Veinte años de matrimonio hacen de una mujer un monumento público"). "El ladrón es un financista a escondidas"... "El diabla es revolucionario; Dios, conservador". (Bernard Shaw, ¿no has escrito tú algo semejante?...). "La luz tiene la culpa de que el pudor exista". (Etienne Rey: ¿no has dicho tú ya, en tu obra "De l'amour", página 82, que "la pudeur est une question d'éclairage"?). "En amor, el matrimonio es la amenaza de una desilusión". (Wilde: "El único encanto del matrimonio, es que proporciona una vida de desilusión absolutamente necesaria a ambos cónyuges"). "El amor es una sugestión del instinto". "El instinto es la sabiduría de la especie. (Schopenhauer: ¿no son tuyas esas expresiones?). "Muchos hombres tienen el cerebro en el lugar donde otros acostumbran llevar el corazón". (Wilde: "Si un hombre trata la vida artísticamente, su cerebro es su corazón"). *Et sic de cœteris.*

¿Qué prueba todo esto? Que el producir aforismos originales es cosa más difícil que lo que parece.—*Juan Farfán.*

"Barco Ebrio", de *SALVADOR REYES*, Santiago de Chile, 1923.—Declaro que el libro del chileno Salvador Reyes me ha encantado. Hacía tiempo que no llegaba a mis manos una selección de versos de más hondo carácter emotivo, ni más bellamente modernos, que los que componen el volumen que lleva por título "Barco Ebrio", y que guardo aquí a mi lado, después de haberlo releído varias veces.

Reyes, a quien no conozco sino a través de este libro, pertenece por su temperamento a ese reducido y selecto núcleo de poetas que desde Chile están derramando sobre toda la poesía sudamericana un nuevo perfume, deshojando una nueva rosa y pintando nuevas imágenes con flamantes colores de un matiz y de una transparencia jamás conocidos. Salvador Reyes, Cruchaga, Santa María y Vicente Huidobro, marchan fraternalmente por una ruta que acaso conduzca a un caprichoso "horizont carré", pero que desde esos cuatro ángulos nuevos quizá se perciba mejor el mundo, y se descubran horizontes más vastos que aquellos por donde han vagado hasta ahora la mayoría de los poetas.

Modernismo, ultraísmo, creacionismo o lo que se quiera llamar a este género poético que nos descubre ideas e imágenes nuevas con palabras viejas, puede haber llegado hasta nosotros los sudamericanos a través del francés Laforgue, pero su procendencia verdadera, en lo que respecta a la culminación incomparable de esa poesía, es americana; y cabe el honor de haber superado a todos los demás cultores de esta manera de versificar, a una poetisa bostoniana, la señorita Amy Lowell, que planteó hace ya varios años sobre la misma Beacon Hill, baluarte inexpugnable del puritanismo de Nueva Inglaterra, y de todo lo que hay de más conservador en materia social, religiosa y artística, la bandera de la rebelión poética. Es tan moderna, tan original y tan extraordinariamente personal Amy Lowell, que comparado a ella nuestro originalísimo Fernández Moreno, dijérase un parangón entre Espronceda y Rubén Darío.

Salvador Reyes, como nuestro Héctor Pedro Blomberg, canta a los navíos, a los puertos y a los mares. Pero hay en las canciones del primero una emoción mucho más honda, porque siendo más fina, es más penetrante, y un medio de expresión que es original y es eficaz, que provoca en el espíritu sensaciones nuevas, de músicas no escuchadas o de paisajes nunca vistos. Es una mano hábil hasta la sabiduría, la que ha unido, como perlas dispersas, informes y multicolores, esos versos que no pocos han querido cultivar como flores extrañas, pero que se marchitaron pronto, ahogadas por la falta de talento o por la opresora vulgaridad.

Mientras Héctor Pedro Blomberg describe con indiscutible sentimiento y no escasa habilidad escenas que se nos antojan ilustraciones "magazinescas", de puertos de mar, sórdidos bodegones, viejas fragatas que en eternas e irregulares peregrinaciones dejaron caprichosas cicatrices sobre la superficie cambiante de los siete mares, Salvador Reyes, como un acuafortista de genio, hiere el espíritu como el punzón la plancha de cobre, con las líneas curvas o rectas de una invariable ley geométrica, pero con nuevos y extraños arabescos.

Oliverio Girondo, de quien he leído recientemente algunas composiciones encuadradas dentro de la tendencia poética que sirve de tema a estas líneas, haría bien en estudiar a Amy Lowell, como maestro de este género, y en leer a Salvador Reyes, para cerciorarse de cuán difícil es salvar ese espacio casi invisible que separa, en literatura o poesía, lo original de lo vulgar.

Con este flamante aporte al núcleo de poetas modernos de ultracordillera, podemos confiar que será de Chile de donde saldrá un nuevo movimiento de alguna importancia en la poesía hispanoamericana. Aquí, en la Argentina, nos hemos quedado adormilados, atrasándonos quince o veinte años; dijérase que esta vida extraña, por la forma en que se sintetiza, por las incomprensibles inquietudes que siembra en los espíritus, por las sensaciones inexplicables que como un virus aturdidor inocula en el cuerpo y en el alma, no tuviera nada que decir al oído de nuestros poetas que, atentos a voces ya apagadas por los siglos o desarticuladas por la distancia enorme que los separa de otros idiomas y de otras razas, no pudieran oír los clamores nuevos de una humanidad que continúa sufriendo dolores viejos.

Y como no quiero que se me tache de exagerado, a mí, que muy rara vez me aventuro por el sendero de la crítica, áspero y siempre sembrado de ingratitudes, voy a transcribir algunos de los poemitas de Reyes, para que las gentes de fina sensibilidad tengan un momento de grato solaz espiritual, y se rían a sus anchas los que continúan siendo esclavos de los antiguos ritmos, y adheridos a la vieja métrica, cosas hoy día aherrumbradas y discordantes con esta vida preñada de incoherencias,

plagada de todo lo inesperado, y en la cual el sentido de la belleza no está supeditado a los viejos cánones del clasicismo; época de tan intensa evolución espiritual que es más bien una rebelión del presente con todo aquello que tenga, en arte o poesía, alguna reminiscencia del pasado.—*C. Muzio Sáenz Peña.*

SAUDADE

Puñales de caminos
cortaron las palabras.
Por ti mi soledad caza crepúsculos
y les rompe las alas.
Hacia tus pies desnudos
va a morir el oleaje de mis días.
Tú callas.
Y los cuatro horizontes
se amarran con las letras de tu nombre.
Yo te entregué el Otoño
y lo perdiste.
Y en el jardín llovido
por tu recuerdo
vuelvo a beber tus lágrimas.

SOMBRA

Yo dejé mi poema
en aquel puerto de oro.
¿Recuerdas?
Verso extraviado,
rosal sin nombre
floreciendo en las jarcias
del barco del crepúsculo.
Yo dejé mi poema
sobre tu pecho.
Sangraba.
Era toda mi vida
que no he de vivir nunca:
tú y el mar, incendiado de canciones
Poniente rojo [piratas.
Tú, tan blanca
con las manos tendidas a las naves en
¡Pero sólo yo supe [marcha.
que de tu propio corazón zarpaban!

VIAJE

La goleta
está colgada de la noche.
Más allá
la canción tumultuosa de los puertos:
Tolón, Shanghay...
El timonel va abriendo un surco
que nadie ha de sembrar.
. . . .

FILM

Canta el sol.
Por las calles
ruedan sus gritos de oro.
Blanca, azul, amarilla, roja,
la ciudad en el viento
parece una bandera sonora.
Las mujeres
musicalizan el estruendo urbano
en el pentagrama de sus pasos.
Hay un "music-hall"
dormido bajo el sol
como un lagarto.
Con el trajín de los comerciantes
hace malabarismos
un gnomo antipático.
Discutimos.
El tiempo anda.
La vida aquí es un charco
de agua obscura en el cual
no se refleja nada.
Torno a la calle.
En el café
he olvidado mis guantes y mi alma.

SALVADOR REYES.

"La libertad de enseñanza", por *RÓMULO AMADEO.* — Al terminar la lectura de este libro del señor Amadeo volvemos a reparar que se trata de una obra aparecida en el año de gracia de 1923. Temíamos equivocarnos.

El señor Amadeo plantea, en efecto, una cuestión ya liquidada en la República Argentina. La tesis que defiende ha sido sostenida con pasión varias décadas atrás, cuando la ley de enseñanza laica, obligatoria y gratuita, provocó uno de los debates más largos, ruidosos y vehementes que registra nuestra historia.

El libro del señor Amadeo se dijera escrito en aquella época y en aquella atmósfera: de aquí nuestro justificado temor de equivocación. Nada substancial añade a lo que entonces se arguyó en favor de la llamada "libertad de enseñanza". Retrotraer el asunto sólo puede hacerse a condición de justipreciar los resultados de la ley resistida por los que pensaban entonces como el señor Amadeo. Que es precisamente lo que no hace el señor Amadeo.

Desde que se votó la ley se han venido multiplicando las escuelas en la República. Entre nosotros la escuela laica, antidogmática y gratuita, no sólo ha sido el más poderoso factor de redención del analfabetismo: ha sido, igualmente, un vehículo de difusión del idioma nacional, un sitio de amalgama de todas las razas, oriundas de las más diversas regiones del mundo; en una palabra: ha llenado un papel de la mayor importancia para dar unidad y homogeneidad al país.

¿A qué viene todo esto? Pues a que el señor Amadeo se declara enemigo de la gratuidad de la enseñanza. La enseñanza—dice—debe ser costeada por la generosidad privada y no por el impuesto. De nuestra parte no conocemos empleo más noble del impuesto que el de la enseñanza. Y si algo lamentamos es que no se dedique a la enseñanza una parte mayor del impuesto.

Ataca el señor Amadeo el monopolio de la enseñanza por el Estado. Existe la libertad de palabra, de prensa, de reunión; los anarquistas pueden reunirse libremente, y en cambio no existe la libertad de enseñanza. Tal la tesis del señor Amadeo. La libertad ante todo. Y especialmente en la enseñanza.

El señor Amadeo se desvive demasiado por una libertad que nadie combate. La libertad de enseñanza existe entre nosotros lo mismo que las otras libertades, sujeta a las leyes que reglamentan su ejercicio. Nadie restringe la libertad de enseñar y aprender. El Estado tan sólo se reserva el derecho de fijar las condiciones de validez de los títulos otorgados por las instituciones de enseñanza. Es un derecho elemental, sin lo cual llegarían a tener legitimidad los diplomas de médico e ingeniero que otorgan las academias por correspondencia.

En rigor, el señor Amadeo no se muestra del todo disconforme con la fiscalización estatal, aunque ataca la enseñanza estatal. Aquí cae en grave contradicción. Las condiciones que señala para que sean reconocidas las instituciones privadas de enseñanza son de tal índole que importan limitar la libertad por la que tanto aboga. Como que se dirían expresamente pensadas para que sólo se reconocieran los establecimientos que impartan una enseñanza imbuída en sectarismos ultramontanos.

Limitaciones por limitaciones preferimos las que actualmente están en vigencia: mil veces las preferimos. Ellas oponen una valla a todo sectarismo: la escuela permanece neutral a cualquier dogma religioso o político. Quisiera el señor Amadeo cerrar los establecimientos de enseñanza nacionales, sin los cuales la instrucción no se hubiera difundido entre las masas populares y la democracia careceria de significación, para que primasen, sin contralor, los establecimientos de enseñanza dogmática. La libertad de enseñanza se resuelve así, en los hechos aunque no en las palabras, en el encadenamiento efectivo de la enseñanza y en un instrumento poderoso para burlar las bases sobre las que asientan las instituciones nacionales.

Y todo esto sin contar con que resulta divertido ver transformados en heraldos de la libertad a quienes alimentaron contra ella, en toda oportunidad, un sombrío rencor. — *S. J. B.*

"Anatole", por *SALVADOR ALFREDO GOMIS.* — Según el autor, "Anatole es la hora en que el sol aparece". Bajo la advocación de Anatole, pues, o de la aurora, como decimos los vulgares, coloca el señor Gomís sus versos, que respiran un fino ambiente de amargura (poco auroral por cierto) y dan a veces una agradable nota de belleza, como en las composiciones tituladas "Prólogo" y "Autorretrato". En general, el autor debe pulir más su forma y emanciparse un poco de otros autores a quienes obedece con exceso, como Darío, Almafuerte y Fernández Moreno, a quienes se recuerda demasiado en las páginas de "Anatole".— *J. G.*

El centenario de Lord Byron

(Continuación de la pág. 17)

las mayores calaveradas y excesos; una de las damas con quienes sostuvo relaciones lo acompañaba por entonces a todas partes vestida de paje.

De pronto, publicó una acerada sátira (1809), que anunciaba de un modo inequívoco su talento retórico, en la que fustigaba duramente a todos los románticos, presentándose como clasicista ferviente; sátira debida a las sarcásticas burlas con que el crítico Brougham acogió su primera obra. Por aquel tiempo, llegado a la mayor edad se encargó de la administración de sus bienes, tomó asiento en la Alta Cámara y emprendió un viaje al extranjero, visitando a Portugal, España, Malta, Albania, gran parte de Grecia y la costa de Asia Menor. Recorrió, después, Constantinopla, atravesando a nado el Helesponto, y luego de larga residencia en Atenas regresó a su patria, en 1811. Allí publicó, al año siguiente, los dos primeros cantos de su "Childe Harold", en los que describe su excursión por Grecia, publicación que le convirtió en el ídolo de la buena sociedad inglesa. Su gloria creció más todavía al dar a la estampa una serie de canciones, fruto, casi en su totalidad, del mismo viaje.

En la famosa oda a Napoleón Bonaparte, escrita después de su abdicación, expresó el desencanto que le produjo este grande hombre.

Mientras brotaban de su pluma aquellas inspiradas obras, joyas de inapreciable valor en la literatura, vivía en el desenfreno, sumado a la clase más corrompida de la capital de Inglaterra. Fatigado de tal existencia, contrajo matrimonio, el 2 de enero de 1815, con Ana Isabel, hija de un baronet del Condado de Durham. Aquella unión fué muy desgraciada, a causa de la diferencia de carácter e ideas en ambos cónyuges: ella era hermosa, inteligente y distinguida, pero, imbuída en el rigorismo puritano, era incapaz de perdonar la más leve falta. Byron, por el contrario, escéptico en materia religiosa, satirizaba sarcásticamente toda suerte de convencionalismos. Entre ellos no consiguió crear ningún vínculo ni siquiera con el nacimiento de su hija Ada, por lo que, de común acuerdo, resolvieron separarse, y Byron, sea por orgullo, por despecho o por caballerosidad, tuvo el poco acierto en el "Adiós a su mujer", de atribuirse faltas que, probablemente, no había cometido nunca. La opinión pública se pronunció tan severa como injustamente contra él, obligándole a abandonar su patria el 25 de abril del año 1816.

Byron atravesó entonces Bélgica, y remontando el curso del Rin llegó a Suiza, donde se instaló a orillas del lago Lemán. A todo eso en Inglaterra se seguía una encarnizada campaña contra el poeta, al que se acusaba de toda clase de vicios, y aquella prensa tan hipócritamente virtuosa le comparaba a Nerón, Heliogábalo, Calígula y a Enrique VIII, llegando a ser el personaje más impopular y odiado de Inglaterra.

La necesidad de vindicar su nombre y la justa indignación que despertó en su alma la maldad de sus compatriotas, marcan una nueva etapa del genio de Byron.

En Ginebra frecuentó el trato del poeta Shelley. Emprendió una ascensión a las montañas de Berna, sirviéndole las observaciones que hizo para escribir su primera obra dramática, "Manfredo", en 1817. Con ella aparece su talento en plena madurez, y se advierten vagas reminiscencias del "Prometeo" de Esquilo y del "Fausto" de Gœthe. En Venecia trazó el plan del "Don Juan", su obra más genial.

En el verano de 1822 se trasladó a Génova. Antes hubo de cumplir un piadoso deber de amistad, haciendo quemar en una hoguera el cadáver de Shelley, que se había ahogado en un paseo que dió por mar.

Cansado, al fin, de llevar aquella vida errante y sin objeto, decidió Byron consagrarse con todos sus esfuerzos a la lucha que sostenían los griegos por su independencia. La llegada del generoso libertador fué acogida con el mayor entusiasmo. Como lo más urgente era socorrer a Missolunghi, amenazado por los turcos, equipó dos embarcaciones para dirigirse allí, siendo recibido como un salvador por la población, el 5 de enero de 1824. Cifrando su principal empeño en la empresa guerrera, levantó a sus expensas un batallón de quinientos hombres, a cuyo frente se proponía tomar el castillo de Lepanto, única fortaleza de la Grecia occidental en poder de los otomanos. Las discordias intestinas que estallaron dentro de sus auxiliares en tal obra, unido a lo malsano del país, produjeron al poeta grandes disgustos y quebrantos en su salud.

Enfermó gravemente en 10 de abril de 1824, en una salida que hizo a ca-



Los últimos versos de Lord Byron

AUJOURD' HUI, J' AI COMPLÉTÉ MA TRENTE-SIXIÈME ANNÉE

Missolonghi, 22 janvier 1824.

1.

Il est temps d'étouffer l'ardeur qui me dévore!
Cessons d'importuner un cœur qui m'est fermé.
Mais non; à mon destin obéissons encore:
Aimons sans être aimé!

2.

La feuille de mes jours se flétrit avant l'âge;
L'amour n'a plus pour moi de couronnes de fleurs.
Dès longtemps ses plaisirs ne sont plus mon partage,
J'ai gardé ses douleurs.

3.

Dans ce cœur qui gémit, brûle un feu solitaire;
C'est un volcan qui gronde en mon sein enfermé.
Nul flambeau ne s'allume au flambeau funéraire
Dont je suis consummé.

4.

Adieu, transports jaloux, crainte, espoir, sacrifices,
Qui troublez tour à tour et charmez l'univers!
L'amour m'a retiré ses plus pures délices,
Je porte encore ses fers.

5.

Mais chassons ces pensées dont le poids me tourmente.
C'est ici que la gloire accueille le guerrier:
Mort, pleure sur sa tombe, et, vivant, lui présente
Un immortel laurier!

6.

C'est ici le séjour des combats, des alarmes;
Des glaives, des drapeaux, sont tout ce que je vois;
Jadis le Spartiate, expirant sur ses armes,
Fut moins libre que moi.

7.

La Grèce se réveille! Éveille-toi, mon âme;
Mes aïeux de leur fils n'auront point à rougir;
Héritier de leur sang, leur vieil honneur m'enflamme:
Allons vaincre ou mourir.

8.

Enfin, des passions je foule aux pieds l'empire;
Mes yeux pour la beauté ne versent plus de pleurs;
Tranquille maintenant, ainsi que son sourire,
Je brave ses rigueurs.

9.

Si la vie a pour toi perdu ses plus doux charmes.
Qui t'oblige à porter ce douloureux fardeau?
Le champ d'honneur est là. Cherche au sein des alarmes
Un glorieux tombeau.

10.

A la mort d'un soldat ici tu peux prétendre;
C'est ici qu'on la donne et reçoit sans effroi;
Vois, choisis où tu veux que dorme enfin ta cendre,
Et puis repose-toi.

Trad. de Benjamín Larroche.

ballo, en la que un chubasco lo sorprendió, y fallecía nueve días después a consecuencia de una inflamación cerebral. La noticia de su muerte repercutió como un trueno en todo el mundo civilizado, y los patriotas griegos guardaron luto, en recuerdo suyo, durante veintiún días. Su corazón, encerrado en un estuche de plata, quedó depositado en el mausoleo que se le erigió en Missolunghi, del que desapareció, sin que se sepa cómo, el 22 de abril del mismo año, al efectuar la guarnición su última salida.

El cadáver fué trasladado a Inglaterra, donde, por haberle negado el clero sepultura en la abadía de Westminster, fué enterrado en la iglesia de Hucknall, cerca de Newstead. Su estatua, modelada por Thorwaldsen, en Roma, se levanta en el Colegio "Trinity" de Cambridge, dentro de la biblioteca, y se han erigido otras en Missolunghi y en Londres. Después de transcurridos cincuenta y cinco años de la muerte del poeta se ha conocido la causa que despertó en Inglaterra tal indignación.

La escritora norteamericana Enriqueta Stowe, fundada en supuestas confidencia de lady Byron, justifica la separación de los esposos, por haber descubierto en el marido relaciones con su hermanastra Augusta. Esta revelación produjo gran revuelo en el mundo literario; pero no pasó mucho tiempo sin demostrarse la falta de fundamento de aquella acusación. La esposa del poeta, para justificarse, arrojó más sombras que las debidas en justicia sobre el nombre de aquél.

Byron figuró en su época como el primer poeta inglés, eclipsando a todas las demás glorias. Su talento extraordinario no encontró en Inglaterra, ni fuera de ella, asuntos dignos de él, y tuvo que crearlos enteramente artificiosos, poniendo para resolverlos todo el fuego de su carácter apasionado, la sensibilidad más exquisita, un trabajo primoroso en los pormenores, unido a un rigor gigantesco en la expresión.

Y debía morir, en plena acción, el eterno soñador tan prendado de la vida, que la prefería llena de peligros y terrible a la mediocridad inerte y soñolienta.

Muchas cosas le serán perdonadas a Byron, porque en el fondo de todas las lágrimas que provocó e hizo verter, hay un pobre y gran corazón de hombre que sufre, que se tortura, que se despedaza él mismo con una especie de rabia, la rabia de aquellos que colocan tan alto su ideal que desesperan con anticipación de poder jamás alcanzarlo.

Entre los imitadores más ilustres de este poeta se cuentan a Espronceda en España, Heine (hasta cierto punto) en Alemania, Leopardi en Italia y Puschkin y Lermontoff en Rusia.

Desde Austria

(Continuación de la pág. 25)

Jerusalén... A la representación de esta noche han asistido dos elevadísimas personalidades: el canciller de Austria, monseñor doctor Seipel, y el cardenal arzobispo de Viena, doctor Piffl.

Durante la próxima temporada teatral, que empezará en el próximo mes de abril, para terminar a fines del mes de septiembre del año de 1924, se representarán "La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo", de Fernando Krejci; "El Gran Teatro del Mundo", del inmortal Calderón de la Barca, y "La Vida de la Virgen María", de un escritor austriaco, cuyo nombre se ignora todavía.

La pintoresca y romántica ciudadilla de Mariazell, tan popular aquí como Lourdes en Francia, y que ya en la actualidad es el sitio de peregrinación de la mayoría de los católicos de la Europa central, será también, dentro de poco, el punto de reunión de todos los amantes del antiguo teatro histórico religioso. Digna de loa es la sociedad católica "Volksbund", de Austria, por la excelente idea que han tenido sus directores de organizar y celebrar festivales artísticorreligiosos en Mariazell, y aplausos calurosísimos merecen todos los artistas, especialmente los señores Zcesca y Klitsch y la señorita Schilling, por su excelente y artística labor.

Coloquio de la Pasión y Muerte de N. S. J. C.

(Continuación de la pág. 42)

MUNACIO. — ¿Qué es esto? Rufa, Rufa, vuelve en ti. Mira, escucha; no ha muerto. Los dioses no mueren, y éste, Éste era un Dios, sí, lo era. Yo no entiendo estas cosas; me parece que éste no era el dios de César, ni el del Imperio, ni el dios de los ricos y de los poderosos. Creo, creo firmemente que era nuestro Dios, el de los pobres, el de los obedientes. *(Ve al centurión, que ha caído de rodillas ante la cruz.)* Tenías razón, Rufa. El centurión se arrodilla. Postrémonos todos.

ESCENA XV

EN EL CAMPO DEL SEPULCRO

RUFA. — Aquí fué donde Le enterraron el piadoso José de Ramatha y sus acompañantes. Ve ahí la peña sin labrar.

MUNACIO. — Y aquí están los guardias, mis compañeros, durmiendo como troncos. *(Pega con el pie a dos de ellos para despertarles.)* ¡Eh!, legionarios de Roma, ¿qué sueño es ese? ¿De cuándo acá las centinelas duermen así? *(Saca la espada y pincha a uno de los durmientes.)* ¿Despertaréis?... Parecen de piedra... *(Sintiendo un desvanecimiento, deja caer la espada.)* ¡Oh! Yo... también... *(Cae al suelo de bruces. Insólito resplandor solar sale de la tierra, como llamarada de un volcán. En el centro de la llama, la figura ingrávida del Salvador asciende, luminosa, transparente. Al través del cuerpo y de las vestiduras se ve lucir las estrellas en el cielo. La visión desaparece.)*

RUFA. — *(Exaltada, fuera de sí.)* ¡Señor, Señor! ¡Rabbí Jeschuá de Nazareth! No; ¿qué digo? ¡Dios mío! ¿Le viste, Munacio?

MUNACIO. — *(Despertando.)* ¡Oh, sí! ¡En sueños! ¡Subía entre el sol, entre nubes! No sé...

RUFA. — No fué en sueños, Munacio. Verdad fué.

MUNACIO. — *(Acercándose al sepulcro.)* Verdad fué. Levantada la piedra. Vacío el sepulcro.

RUFA. — ¿Lo ves? ¿Lo crees? *(Munacio coge la espada que desenvainó, la clava en tierra y adora la primera cruz.)*

MUNACIO Y RUFA. — *(Arrodillados.)* ¡AVE CRUX, SPES UNICA!

FIN DEL COLOQUIO



El cotillón renace

L cotillón!... Las generaciones jóvenes no han sonreído siquiera, pero, en cambio, las otras, las que..., en fin, las que son menos jóvenes no han podido menos de aplaudir la iniciativa de algunas dueñas de casa que han querido resucitar la encantadora diversión. El cotillón ponía en las diversiones de otros tiempos un interés, un punto culminante... si es posible; era de una alegría quizá infantil, de una cordialidad incomparable.

Jóvenes y niñas que volvieran a encontrarse en el baile próximo se reconocían con una sonrisa, y el conjunto de las "soirées" ganaba en un regocijo que no existe hoy día.

La moda descortés de un único danzarín, la costumbre de llevar por todos lados al satélite bien preparado, tanto que conoce a fondo todos vuestros pasos de tango y vuestros estremecimientos de "shimmy"..., esa moda pronto será abolida si el cotillón resucita. ¡Y quién os dice, oh jóvenes, el número de casamientos que nacerán de un molinete!

Por raro que parezca, hay que confesar que el cotillón fué muerto por la cantidad y calidad de los accesorios que lo complementan. La extravagante largueza de algunas dueñas de casa deseosas de cumplir tuvo esos resultados, pues los modestos recuerdos tan bien recibidos en otros tiempos fueron poco a poco convirtiéndose en objetos de una ruinosa prodigalidad. El único modo de resucitar el cotillón sería suprimiendo, o poco menos, todas esas naderías que, siempre inútiles y a menudo feas, divierten una hora, a lo sumo, para ser olvidadas al día siguiente.

Las figuras más alegres son, sin embargo, las que exigen una "mise en scène" reducida y que dependen enteramente de la maestría del director.

¡Y he aquí el pájaro raro, el personaje de importancia! ¿Quién podrá enumerar todas las cualidades que se requieren para llenar tan delicada plaza? Un buen director debe ser firme, sin rudeza, lleno de una autoridad sonriente pero inflexible. Debe tener el espíritu de orden que conduzca a su lugar las parejas diseminadas, el golpe de vista rápido y seguro, y la voz sonora. Su tamborcillo no le servirá de nada si no sabe hacerse escuchar también sin él.

Es preciso, también, que la música haya sido elegida con cuidado. Para las figuras separadas o para las que sólo ponen dos o tres parejas en acción, el tango es una muy agradable sordina. Para aquellas, en cambio, que dan lugar a un baiIoteo general — el "one-step", el "fox-trot", — es decir, una cadencia rápida, son de rigor.

Último detalle: estas dos figuras deben ser distribuídas con arte, "la mezcla", a fin de que, alternando con la figura aislada, ninguna pareja se vea expuesta a "planchar" mucho rato.

He aquí algunas figuras sencillas y de muy fácil éxito.

En primer lugar, el paseo general es de rigor. Las parejas, con el director a la cabeza, pasan ante las sillas, y los golpes del tamborcillo dan el compás de los pasos de danza. Si eso se quiere prolongar se agrega una farándola. En seguida vuelve cada uno a su puesto, y empieza:

La Marmita. — El director distribuirá a cada niña una legumbre; luego se trae una marmita que contenga algunas legumbres, de las que los jóvenes se irán apoderando, y entonces formarán pareja la patata *femenina* con la patata *masculina*, el repollo *femenino* con el repollo *masculino*, y así sucesivamente.



Espaldas Juntas — En dos sillas unidas por sus respaldos se sentarán un joven y una niña. A una señal del tamborcillo, los dos deben volver la cabeza a un lado. Si ese lado es el mismo para los dos pacientes pueden bailar juntos; pero si uno mira a derecha y otro a izquierda, el director traerá otro joven.

El Espejo. — Se sienta una joven en una silla, en el medio del círculo, con un espejo en la mano. Se acerca un joven, y se asoma al espejo; si agrada, baila; si no agrada, la niña borra la imagen, y el rechazado es substituído por otro.

Las cucharas. — Se coloca una niña en

un extremo del salón, y en el otro, dos jóvenes con una cuchara en la mano, y en la cuchara una pelotita de celuloide; ambos tienen que salvar la distancia que los separa de la joven, dando saltos con los pies juntos y sin dejar caer la pelotita de la cuchara. El que llegue antes y haya sufrido menos percances, bailará con ella.

Los Molinetes. — Dos estrellas, una de ocho jóvenes, y otra de ocho niñas, dan vueltas en dirección contraria. A una señal del tamborcillo, la pareja que se encuentre unida en ese momento podrá bailar.

La Mariposa.—Una joven tiene una mariposa atada al extremo de un hilo muy largo; dos jóvenes tratan de cazar la mariposa con una red; el que lo consiga, baila con la niña, mientras que el vencido deberá quedarse con las redes y la mariposa hasta que terminen.

Y muchas otras ideas que irán naciendo si os tomáis el trabajo de inventarlas. Creedme: el cotillón traerá alegría sana a las reuniones, ¡pero, desgraciadamente, para que se imponga, me parece que tendremos que bautizarlo con algún nombre extranjero: *Kotilos* o *Cotilloni*, por ejemplo!

Temas escolares

Por LA STA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

Clase de Historia, en Primer grado

No se puede decir que sea la primera, ni la cuarta, ni la octava. Es una de las muchas que se necesitan para que el niño se inicie en el conocimiento de la historia, de manera que ésta aproveche para su capacitación, fundándose siempre en la realidad que el niño vive, y tendiendo a ampliarla.

— ¿Cuántos años tienes? — le pregunta el maestro a Agustín.

— Seis y medio — contesta el niño.

— ¿Quién ha cumplido siete? — pregunta de nuevo el maestro.

— Yo — dice Roberto.

— Y, ¿quiénes tienen menos de seis y medio?

Varios a un tiempo responden afirmativamente.

Ernesto cumplió seis hace unos días.

El de más edad y el de menos son Ernesto y Roberto.

Se averigua que Roberto tenía un año cuando nació Ernesto.

— Pensad en un niño recién nacido y en otro de un año — dice el maestro.

— Mi hermanita nació ayer — exclama Luis, sin poderse contener.

Manuel tiene un hermano de un año.

Hablan muchos niños a la vez. Todos tienen hermanos, primos o conocidos cuya edad está comprendida entre los recién nacidos y los seis años.

El maestro les enseña una serie de fotografías de niños de todas edades, hasta los seis.

Se levanta un murmullo de colmena. Todos conocen a niños como aquéllos.

El maestro señala la fotografía de un recién nacido y le pregunta a Luis:

— ¿Qué hacías tú cuando eras así?

Luis no recuerda nada.

— ¿Qué hace tu hermanito ahora?

Esta pregunta hace reír a los niños. Sí, sí, también ellos debieron ser recién nacidos, y como la hermanita de Luis, llorarían, mamarían y dormirían todo el tiempo.

— ¿Hay quien tenga algún hermano enfermo? — pregunta el maestro.

Cesa la charla. Rafael, Jorge y Pedro contestan afirmativamente. Rafael tiene una hermanita de año y medio con pulmonía: temen que se muera. Un hermanito de Jorge, que cuenta tres años, padece de difteria. Por eso Jorge está ahora con su tía. Pedro tiene un hermano de dos años convaleciente del sarampión.

Algunos niños recuerdan que han padecido enfermedades graves. Otros hablan de sus hermanitos muertos.

Todos se convencen que desde que se nace no sólo se mama, duerme y llora, sino que se está expuesto a enfermar y morir.

El maestro enseña fotografías de niñitos que juegan. Se habla de los que desempeñan, trabajitos y mandados.

A los seis años y aun antes, la vida se complica: van a la escuela, entran en relación con sus maestros y con otros niños, y leen, escriben y cuentan.

— Pero entre vosotros—dice el maestro, — pudiera haber algunos cuya vida no fuese como la de los demás niños: que hubiesen quedado sin padres, niños que hayan hecho viajes largos...

Ramón y Eusebio dicen algo.

— Hablad — ordena el maestro.

Ramón perdió a su madre al nacer. Su padre se fué muy lejos, y nadie sabe si está vivo o muerto. Él vive con su abuelita. A los tres años lo atropelló un tranvía; por eso es un poco rengo.

Eusebio ha viajado mucho. Contaba apenas un año cuando sus padres lo llevaron a España. De este viaje no recuerda nada. De su regreso el año pasado, sí. De Cádiz a Buenos Aires vino en un vapor muy grande.

Todos los niños miran a Ramón y a Eusebio con los ojos muy abiertos.

— ¿Y hay quien tenga hermanos mayores? — pregunta el maestro.

Casi todos tienen hermanos mayores. Muchos, en la misma escuela. Algunos, en otros centros de enseñanza superior. Otros, trabajando en distintos oficios y profesiones.

El maestro muestra otra serie de fotografías. Representan a unos niños y jóvenes de siete a veinte años.

Se generaliza la conversación. Todos tienen algo que decir. Se apresuran a manifestar la relación que encuentran entre los retratos y las personas que conocen.

En seguida se pasa a hablar de ellos mismos. El año que viene Roberto tendrá ocho años, y será como éste, y después nueve, diez, once, doce, etc., y se le va comparando siempre.

Todos los niños se ven crecer y se comparan con los niños y jóvenes de los retratos.

El maestro junta la segunda serie de los retratos a la primera. Deja pasar un momento, y pregunta a Fernando:

— ¿Podríamos poner a tu papá entre ellos?

Fernando contesta que su padre es más viejo.

Entonces el maestro pone a la vista de los niños la última serie de fotografías, desde los veinte años hasta la ancianidad, y con el dedo las recorre todas.

Todos los hombres han sido niños. Los niños pueden llegar a ser hombres.

— ¿Hay algún niño en la escuela que todos conozcan? ¿Por qué hay niños más conocidos que otros?

El maestro nombra al padre de un alumno. Sólo le conoce su hijo. Después nombra al portero de la escuela: lo conocen todos. ¿Y el presidente de la República? ¿Es muy conocido? ¿Por qué?

Muestra la fotografía de una persona desconocida y de otra conocida por la mayoría. Hay personas que, por su nacimiento, por sus hechos, por el puesto que ocupan, son muy conocidas.

— Y, ¿a quién pondríamos después de este anciano? — pregunta, señalando el último de la serie.

Y se habla de los muertos.

Se nace, se crece, se llega a viejo y se muere.

De muchas personas, aun después de muertas, se sigue hablando.

El maestro pregunta a la clase los nombres de las personas muertas cuyo recuerdo conservan, y les lleva a distinguir entre el que sólo es conocido de su familia y el conocido por todos, pudiendo, en este sentido, llevarles a hablar lo mismo de los personajes históricos que de los héroes de cuentos y leyendas.



Maestro dando clase a varones

Problema Recreativo

Una persona pidió prestada una cantidad, comprometiéndose a devolverla junto con el interés del 6 por ciento anual al cabo de 245 días. "Si usted quiere — le dijo el prestamista, después de entregarle el dinero,—puede retener la suma hasta transcurridos los 365 días del año, abonándome el 5 por ciento durante los 120 días de prórroga, lo cual quizás le sea beneficioso."

Hízolo así el aludido, y al finalizar el año devolvió el capital y los intereses, que en conjunto estos últimos importaban 660 pesos con 45 centavos.

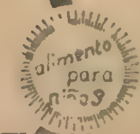
¿Cual fué la cantidad prestada?

Solución. — Supongamos que la cantidad prestada sea de \$ 100. El interés, al 6 % de esta cantidad, durante 245 días, es:

$$\frac{245 \times 6}{365} = \$\ 4.027$$







El interés al 5 % de dicha cantidad, durante 120 días, es:

$$\frac{120 \times 5}{365} = \$\ 1{,}643$$

En este supuesto, la cantidad devuelta sería:

$100 \times 4{,}027 + 1{,}643 = \$\ 105{,}67$

Ahora diremos:

Si $ 105,67 proceden de un préstamo de $ 100, $ 660,45 procederán de x pesos.

De donde la proporción:

$$\frac{105{,}67}{660{,}45} = \frac{100}{x}$$

$$x = \frac{660{,}45 \times 100}{105{,}67} = \$\ 625$$

Esta fué la cantidad prestada, como es fácil comprobar.

———:———

El Cuadrado

Doblar un rectángulo de papel, A B C D, de manera que el lado A D coincida exactamente con el lado A B (figura 1); plegar en seguida, siguiendo D E, y cortar como indica la fig. 2.

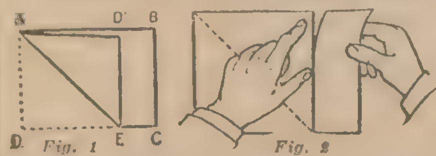
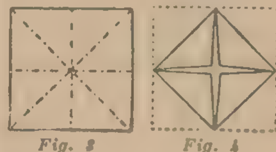
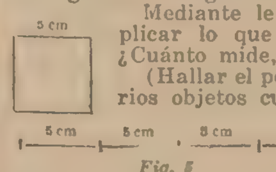


Fig. 1 Fig. 2

Hacer observar los cuatro lados: son iguales. Los cuatro ángulos: son rectos. Los lados opuestos: son paralelos; los sucesivos: son particulares.


Fig. 3 Fig. 4

En un cuadrado, las *diagonales* son perpendiculares, y se encuentran en el centro de la figura; las medianas igualmente (fig. 3). Si llevamos todos los ángulos del cuadrado al centro, se obtiene otro cuadrado, cuya superficie mide la mitad del primero (figura 4). Para construir un cuadrado doble de otro dado, se toma como lado del segundo la diagonal del primero.



Mediante le figura 5, explicar lo que es *perímetro*. ¿Cuánto mide, en este caso? (Hallar el perímetro de varios objetos cuadrados.)

Fig. 5

Calcular el lado de un cuadrado cuyo perímetro mide 8 metros y 28 decímetros, 40 metros y 100 centímetros, etcétera.


Fig. 6 Fig. 7 Fig. 8 Fig. 9 Fig. 10

Utilizar cuadrados de papel para formar pequeños motivos de plegado: molinos, marcos, estrellas, etc. (figuras 6, 7, 8, 9 y 10).

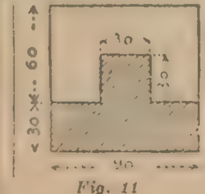


Fig. 11

Ejercicio. — En dos hojas de papel de colores diferentes, trazar, cortar y ajustar los dos pedazos, uno de los cuales lleva un cuadrado y el otro el sitio correspondiente a sus dimensiones (figura 11).

Problemitas. — 1. Un terreno cuadrado de 28 metros de lado quiere rodearse con un cerco que vale 5 pesos el metro. ¿Cuánto será el gasto?

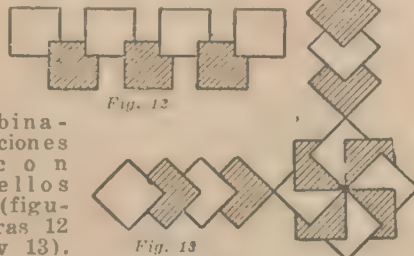
2. Una carpetita cuadrada, de 35 centímetros de lado, quiere adornarse en el borde con un galón que cuesta 2 pesos el metro. ¿Qué suma se gastará?

3. Elvira cose cuatro servilletas cuadradas en una hora. Los lados de las servilletas miden 75 centímetros cada uno. ¿Qué longitud de dobladillo coserá en seis horas?

4. Una habitación cuadrada, de 8 metros de lado, tiene un zócalo de madera cuyo precio es de pesos 3.50 el metro. El pintor cobra por pintarlo a razón de pesos 1.75 por metro. ¿Cuánto suma el costo del zócalo?

Arreglos Decorativos

Hacer cortar cuadraditos de papel, en colores diferentes, e invitar a los alumnos para que formen combinaciones con ellos (figuras 12 y 13).


Fig. 12 Fig. 13

———:———

GRADOS SUPERIORES

Prisma y Cilindro

El cubo, el paralelepípedo, una regla, la caja de útiles, etc., son prismas rectos. Tienen todos bases poligonales y lados rectangulares (tanto como lados tiene la base). Hay prismas de base cuadrada, rectangular y poligonal. Estudiaremos el prisma recto hexagonal.

Con anterioridad a la clase se habrá preparado el desarrollo de un prisma de ocho centímetros de altura y tres centímetros por cada lado del hexágono. Hecho el croquis en el pizarrón, los alumnos lo reproducen sobre un papel y lo recortan.

Hacer notar que los lados son rectángulos perpendiculares a las bases; que los rectángulos tienen igual altura (la del prisma), y que sus bases respectivas son los lados del polígono. Revisar las propiedades del rectángulo y del hexágono.

Distinguir la superficie lateral formada de *seis rectángulos* iguales, cuyo conjunto constituye un rectángulo cuyo largo es el perímetro del hexágono de la base.

3 cm. × 6 = 18 cm., y por altura, la misma del prisma, 8 cm.

Concluir que: superficie lateral = perímetro de la base × altura (18 cm. × 8 = 144 cm.²). Superficie total = superficie lateral + superficie de las dos bases.

Medir el apotema del hexágono. Dará unos 26 milímetros aproximadamente.

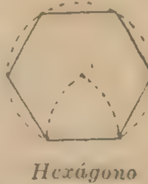
Recordar las nociones sobre volumen para deducir que el V P = superficie de la base × altura.

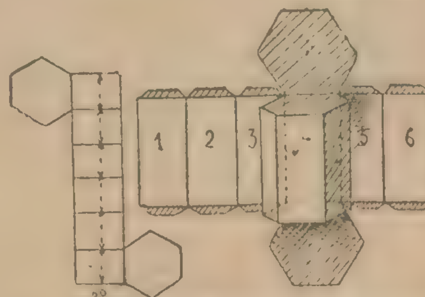
Calcularlo en este caso.

Lección análoga con el cilindro. Compararlo a un prisma de infinito número de lados, tantos que se confunde con un círculo. La longitud del rectángulo en el desarrollo del cuerpo es la circunferencia de la base.

La superficie lateral es, pues, el producto de la circunferencia de la base × la altura (2 π R A).

La superficie total se halla agregando el área de los dos círculos de las bases.


Hexágono



Desarrollo del prisma hexagonal

El volumen es el producto de la base × la altura. Efectuar diversos cálculos y verificarlos, valiéndose de arena y de cilindros huecos.



Desarrollo del cilindro







Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

LIVONG, EL SABIO

ERA Livong un anciano chino propietario de un bazar de antigüedades, muy rico, en una calle de Shangai. Fué siempre honrado y bondadoso. Complacíase en hacer todo el bien que podía, y no obstante tenía enemigos que envidiaban su fortuna.

Cierto día, un miserable ladrón se introdujo en su tienda. Creía que nadie le había visto, pero Livong, que parecía dormir sobre un diván, no perdió detalles de su atrevimiento.

Hoa se llamaba el ratero. Llenó sus bolsillos con multitud de objetos preciosos, y creyendo oír ruido se escondió metiéndose dentro de un enorme vaso que divisó cercano. Creyóse así en seguridad, pues logró ocultar enteramente el cuerpo.

Livong incorporóse. No tenía más que salir a la puerta y llamar a un agente que prendiese al ladrón, pero el anciano era un hombre muy bueno.

Reflexionó algunos segundos: "Si llamo a la policía — pensaba, — este desgraciado irá a parar a la cárcel, de donde saldrá peor que a la entrada. Tal vez no sea más que un pobre infeliz que roba por vez primera..."

Resueltamente llamó a su criado:

— ¡Phu-do! — le gritó, — ha llegado la hora de purificar ese vaso que ofrecí a Buda y que llevaré antes de la noche. Tráeme dos baldes de aceite hirviendo para llenarlo y destruir así toda impureza.

Al oír tales palabras, Hoa, como un demonio, saltó fuera del vaso. Livong, con los brazos abiertos, le esperaba al paso.

—¿Adónde vas tan apurado, amigo? ¿Acaso quieres caer en la boca del lobo?

En ese momento pasaban ante la puerta dos agentes de policía.

Hoa se arrojó a los pies del anciano, y le suplicó le librara de caer preso, jurando no volver a caer en malas tentaciones.

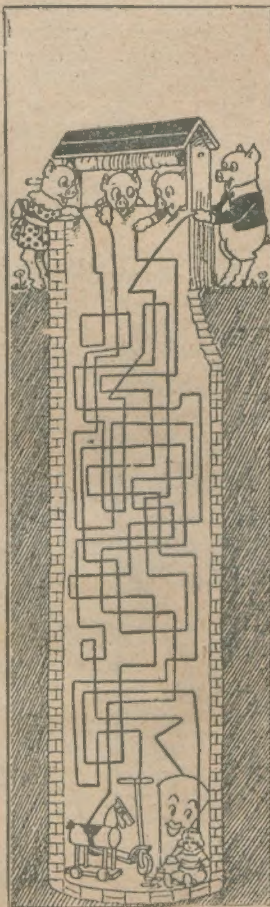
Livong lo levantó con dulzura, dióle algún dinero, y le dijo:

— Sé honrado, amigo mío, y serás más dichoso en la pobreza misma que en medio de riquezas mal adquiridas.



SECCION RECREATIVA

El Caballito



Los cuatro "personajes" del grabado quieren "pescar" al caballito que, junto con otros juguetes, descansa al fondo de un pozo de sorpresas. ¿Quién será el afortunado que lo saque? Decidlo vosotros, con ayuda de un lápiz para seguir las líneas tendidas por los pescadores.

A Orillas del Agua



Una linda sirena, que no tiene más amigos que los peces, suele llamarlos para entretener sus ocios viéndolos describir en el agua sus elegantes movimientos.

Sabemos que son seis los peces que acuden a su reclamo. ¿Dónde están? Buscadlos bien en el grabado que no tardarán en aparecer.

Sorpresa Desagradable

(Historieta sin palabras)



Cómo se dibuja un pingüino



El pájaro que tanto abunda al sur de nuestro territorio, y que en grandes bandadas permanece entre las rocas en actitud reposada, como si esperara algo de los viajeros que lo miran asombrados, puede dibujarse con gran facilidad.

Ensayad de representarlo, siguiendo los pasos dispuestos en el grabado.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

El Negrito y el Tigre



Siguiendo nuestro habitual procedimiento, empezaremos por pegar sobre cartón las piezas del modelo. Una vez recortadas se juntan mediante un broche común los puntos *A* y *B*. Anteriormente, se sujeta un hilo en el punto *C*, y se hace pasar por *D*, dejándolo colgante. Tirando el extremo de este hilo se ve el esfuerzo que el negrito hace para no caer en las garras del tigre.

LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO

Eran hasta ahora las siguientes:

1º — Los jardines colgantes de Babilonia.

2º — La estatua de Júpiter esculpida por Fidias.

3º — El coloso de Rodas.

4º — Las pirámides de Egipto, que aun existen en nuestro días.

5º — El templo de Diana en Éfeso.

6º — El mausoleo de Artemisa.

7º — El faro de Alejandría.

Las siete maravillas de la antigüedad eran todas obras maestras de la arquitectura y de la escultura. Solamente quedan las pirámides. Las seis restantes fueron destruídas por el correr de los siglos.



El mundo moderno nos ofrece también sus maravillas. Para el hombre de hace veinte siglos, lo maravilloso dependía del tamaño o fortaleza del brazo que lo realizaba. Para el hombre de hoy, la inspiración, la concepción de algo nuevo para mitigar o hacer más cómoda la existencia, lo que procede del cerebro, que no del músculo, es lo que da como resultado lo maravilloso.



Las siete maravillas de la época moderna son producto de la técnica y de la ciencia. Pueden considerarse las siguientes:

1º — El telégrafo sin hilos.

2º — El teléfono.

3º — El aeroplano.

4º — El radio.

5º — La asepsia y la sueroterapia.

6º — El análisis espectral.

7º — Los rayos X.



Son éstas las conquistas más preciadas de las que ha podido enorgullecerse el hombre a partir del primer destello de inteligencia hasta el actual apogeo de su saber.

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE





ODOS ustedes saben que existe una ley de jubilaciones para los periodistas, obreros gráficos, industriales y marítimos y para los empleados de comercio. Y todos ustedes saben que esta ley fué inventada por algunos políticos para dar empleos y sueldos a otros políticos. Porque es un fenómeno reconocido por la ciencia que la producción de los comités es muy superior a la capacidad receptiva de la Defensa Agrícola y del Correo Nacional.

Pero esta definición, que es la más generalmente conocida, no está universalmente aceptada. *La Razón*, por ejemplo, que como los buenos rabinos consagra la mayor parte de su atención al estudio de la Ley, dice en su número del día 5:

> *La realidad es otra y bien simple, desde que no se trata sino de crear un fondo, alimentado por las contribuciones de obreros y patrones, para poner* **a estos últimos** *a cubierto de los riesgos de vejez e invalidez y a sus familias a cubierto de los de viudez y orfandad.*

Así, por ejemplo, si Mr. Rockefeller viviera entre nosotros, la ley obligaría a los obreros y empleados a que contribuyeran con el cinco por ciento de sus sueldos para asegurarle al distinguido multimillonario una vejez digna y honorable y a cubierto de los accidentes que suelen causar el "póker" o el "treinta y cuarenta".

El Diario, del 31 de marzo, da una definición menos inteligible. Dice:

> *El secretario de Obras Públicas, doctor Varangot, ha impartido serias instrucciones al personal de la Dirección de Tráfico a efectos de castigar severamente a los que con su vehículo contravinieren la ordenanza que limita la velocidad de la Caja de Pensiones, Jubilaciones y retiros.*

Todo lo cual viene a demostrar que la resistida ley es sumamente peligrosa, ya que se presta a tan diversas y encontradas interpretaciones.

❦ ❦

A propósito de un festival celebrado en Madrid en honor de nuestro país, dice *La Nación*, del 10, que el público saludaba al embajador argentino

> *...chocando suavemente sus manos en señal de aplauso aprobatorio, acompañando su gesto con* **genuflexiones de cabeza.**

Es decir, que el público cometía el disparate fisiológico de *arrodillar la cabeza*. Porque *genuflexión* (del latín *genuflexum*, supino de *genufléctere*) significa, precisamente, la acción y efecto de doblar la rodilla, bajándola hacia el suelo, ordinariamente en señal de reverencia, como lo hace el creyente ante el altar y Don Juan ante doña Inés, en la escena del sofá.

❦ ❦

De *La Prensa*, del 28 de marzo:

> *AFICIÓN A LA RADIOTELEFONÍA*
> (Especial para LA PRENSA)
>
> *MADRID, marzo 27. — Se desarrolla con toda rapidez la afición a la radiotelefonía. Las estaciones conocidas en Madrid ascienden a 10.000 y las desconocidas suman otras tantas.*

Lo cual viene a demostrar que las estaciones desconocidas son tan conocidas como las conocidas.

❦

Leo en *Atlántida*, del 13 de marzo:

> *El hermano de Marcel Prévost ha comprado a precio elevadísimo la correspondencia entre Roberto de Montesquieu y el autor de "Sodoma y Gomorra".*

La información del colega es muy curiosa. Ante todo, porque Marcel Prévost no tiene ningún hermano. Después, porque el autor de *Les Demi-Vierges* no escribió ninguna obra titulada *Sodoma y Gomorra*. Y, por fin, porque el autor de *Sodome et Gomorrhe* se llamó Marcel Proust.

❦ ❦

EN la encantadora ciudad de Arequipa, del Perú, que atraviesa el río Chili, se publica una revista que lleva el melancólico título de *Páginas Tristes*. En el número correspondiente al 15 de marzo último, la triste publicación arequipeña tiene la bondad de ocuparse de nuestra patria. Y es así como en homenaje al sentimiento de confraternidad sudamericana no resisto al deseo de reproducir lo que de nosotros dice el colega. Ahí va, como se lee en el caballo de copas:

> *EL ENCUENTRO SPALLA-FIRPO CONVERTIDO EN LIO INTERNACIONAL*
>
> *Por las escasas informaciones de los diarios todo el mundo sabe que el match de box Firpo-Spalla dejó de ser un simple torneo individual deportivo para convertirse en toda una trifulca internacional, en la que han intervenido hasta los gobiernos de Argentina e Italia.*
>
> *Los hechos han sucedido así. Antes del match, que debía realizarse en Buenos Aires, Mussolini, el amo de Italia, envió a Spalla, campeón italiano, una misiva en la cual le recomendaba de una manera exaltada que defendiese los colores de su patria aun a costa de su vida. Spalla le contestó, naturalmente, que estaba dispuesto a dejarse matar sobre las lonas para honra de su país. Este ir y venir de mensajes puso en guardia a los argentinos, quienes, temerosos de un fracaso, que a su vez estimaron de trascendencia nacional, instaron a Firpo para que se batiese como un tigre, y que por nada del mundo permitiera que un extraño le arrebatase sus glorias, que también eran las de la República Argentina.*
>
> *Así las cosas, se llevó a cabo el match de box, y después de una pelea reñidísima, Firpo logró "noquear" a su contendor. El júbilo de los argentinos fué desbordante. El vencedor fué paseado en hombros por todo Buenos Aires y aclamado delirantemente. Y el presidente Alvear, justamente entusiasmado por el triunfo de su "paisa", creyó un deber ineludible de cortesía anunciar oficialmente a Mussolini el resultado del match. Lo hizo así en efecto, y Mussolini le respondió en términos corteses pero que dejaban traslucir cierto despecho que consideraba el triunfo de Firpo como un exponente de la fuerza y pujanza de la raza latina, a la cual pertenecían tanto los italianos como los argentinos.*
>
> *Los partidarios de Firpo creyeron descubrir en las palabras de Mussolini el propósito de eclipsar el legítimo orgullo de los argentinos, e improvisaron por calles y plazas manifestaciones de alegría, que se realizaron con todo orden y tranquilidad. En ellas los argentinos no hicieron nada más que dar vivas a Firpo y proclamar su triunfo. Mas los italianos, que en Buenos Aires son numerosos, salieron también en comparsas, y al revés de los argentinos, empezaron a provocar pendencias, de las cuales resultaron heridos y contusos en gran número.*
>
> *He aquí, en pocas palabras, la reseña del conflicto.*
>
> *Hasta ahora no se sabe cómo se haya arreglado el asunto.*

El asunto no se arregló de ninguna manera. Las últimas noticias indican que los partidarios de Firpo, en su odio contra Italia, votaron contra el candidato Torello, que, como lo indica su apellido, es natural de Ischia della Chitarra y espía secreto de Mussolini. En su lugar eligieron al teniente de blandengues Juan B. Justo que, sobre ser de raza querandí, ha sido *sparring* de Firpo. Los españoles han tomado cartas en el asunto. El ministro de Relaciones Exteriores, que es *gallardo*, mandó desafiar al jefe de la Santa Sede, que es italiano. Aun se combate en las calles de Buenos Aires. Spalla se ha refugiado con los suyos en la Boca. No circulan los tranvías eléctricos. Los jesuítas han asaltado el Banco Municipal de Préstamos. La Gran Bretaña guarda una neutralidad benévola. La Agencia Havas comunica, como de costumbre, que todo esto es una hábil maniobra de los alemanes para no pagar las reparaciones. Pero Francia está dispuesta a no abandonar el Ruhr. Hace calor.

❦ ❦

EN una noticia telegráfica sobre el repertorio de la compañía de Niccodemi, dice *La Nación* del 1º que

> *...entre las novedades de su repertorio figuran "L'arciduca", drama de Borgese, en el que se ilustra una tragedia de Rodolfo Mayerling.*

Mayerling no es el apellido de ningún Rodolfo, sino el nombre de una aldea austriaca, donde precisamente el "arciduca" Rodolfo fué asesinado o se suicidó en compañía de la baronesa de Veczera.

❦ ❦

Un telegrama de *La Prensa*, del 11 de enero:

> *LONDRES, enero 10 (United). — El rey Jorge envió un mensaje de condolencia* **a las familias del submarino** *que se hundió hoy.*

La Prensa ignora que los submarinos son como las ametralladoras y los expósitos: carecen de parientes.

❦ ❦

ABANDONEMOS el prosaico mundo de los telegramas, y penetremos en el reino de la Poesía. Y comencemos por penetrar en la revista semanal *Rivadavia* de Coronel Pringles. En el número correspondiente al 6 de abril, el bardo José M. Alonso arroja a las multitudes esta fina joyita:

> *TU ROSTRO*
>
> *Edulcuraba tu fineza bruna*
> *Una flora exorcista de sonrojos,*
> *Y en el asesinato de tus ojos*
> *Como un zodíaco centelleó la luna.*
> *Ilusionó el tapiz una moruna*
> *Y esdrújula ficción de países rojos*
> *En la rutilación de los bisojos*
> *Glaces de argenta y azorada luna.*
> *Y fué la insinuación, cálida, tersa,*
> *En tu "bodoir", de extravagancia persa,*
> *Fulguraron relámpagos grosellas.*
> *Y en tu apostura, como en un mosaico,*
> *Radió tu rostro de marfil arcaico*
> *En una astral decoración de estrellas.*
>
> JOSÉ M. ALONSO.

En el mismo número, otro bardo, el señor Juan B. Rivero, le dice *A una actriz lírica*:

> *¡ Gorrofrigio matiz liquidámbar,*
> *tus cabellos que efluvian lirismo...*
> *De ti fluye un feliz magnetismo*
> *dilatándose en ondas sin par.*
> *Luminoso modelo estatuario*
> *que oscularan las gracias del Arte,*
> *no habrá artista que logre cantarte*
> *sin perderse en tu luz eclipsal...*

Lo confieso ingenuamente y en un lenguaje poco lírico: los poetas modernos me *embatatan*.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, "e si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a "Titila", de esta capital.

El averiguador literario y artístico

PREGUNTAS

Escuela naturalista.—¿Cuáles son las obras maestras de este género literario?—*Lolupe*.

Lenguas americanas. — ¿Cuántos idiomas se conocen como originarios de América?—*P. A. H.*

Don Bosco.—Deseo conocer el mejor texto biográfico sobre este popular religioso.—*Uruguayo*.

Villa del Oso y del Madroño.—¿Por qué se aplica este mote a la ciudad de Madrid?—*Chichita Baldor*.

Seíbo y ceibo.—¿Cuál es la expresión correcta?—*E. Colabelli*.

Las obras de Villaespesa.—Me interesaría conocer la nomenclatura completa de las producciones de Francisco Villaespesa.—*Curiosa*.

RESPUESTAS

Los cuatro cervantistas (751). — He aquí lo que al respecto dice don Sancho de Miguel y Jugo, de Salamanca:

"Con mucho gusto puedo facilitar algunos datos sobre la tal sociedad, porque aunque no pertenezco a ella, he oído a varios socios fundadores cosas peregrinas y graciosas, que creo serán del agrado del público.

"Aunque los andaluces tienen fama de "guasones", por esta vez les han dado punto y raya sus compañeros de Castilla la Vieja. Porque en Castilla, y precisamente en Salamanca, tuvo origen la originalísima sociedad, que más que otra cosa era una reunión de caballeros de buen humor, dispuestos a tener en jaque a algunos profanadores de nuestra gloriosa literatura del tiempo pasado. Comenzó la "cosa" por una broma y acabó en una verdadera institución, con "sucursales" (llamémoslo así) en varias provincias de España. El alto fin era (así reza el gracioso reglamento impreso en Valladolid, que tengo a la vista) "dar la lata" a los escritorzuelos atrevidos que, llevados del afán de notoriedad o de la ignorancia, ponían mano "o pata" en las reputaciones literarias de nuestros clásicos. La sociedad surgió con motivo de unos presuntuosos comentarios sobre el Quijote, hechos sin pizca alguna de discernimiento ni conocimiento de causa. Pero eran tan irrespetuosos, a la vez que ñoños e inocentes, que cuatro salmantinos (fundadores del tinglado) resolvieron tomar por su cuenta, en prosa y en verso, al autorcillo del desaguisado, consiguiendo darle "la lata" reglamentaria tan a maravilla, que le quitaron las ganas para siempre de volver a meterse con Cervantes, y hasta pidió perdón a sus censores y ofreció dedicar la pluma a mejores usos que el de emborronar cuartillas con simplezas anticervantinas. Coronada por el éxito la empresa, los cuatro salmantinos de buen humor dejaron en paz al arrepentido maestro Ciruela y se dedicaron a seguir purificando el ambiente literario con la persecución de otros avechuchos literarios, hubieran o no arremetido contra Cervantes. Fundóse una especie de casinillo en la casa de uno de los cuatro fundadores; llegó (es histórico) hasta a ofrecerse a Bergamín, entonces ministro, la presidencia honoraria, que, naturalmente, rehusó, y se formaron hijuelas de la sociedad, como ya he dicho, en varias capitales de España, pero asumiendo la dirección la de Salamanca. Los cuatro cervantistas acabaron por ser cuatrocientos... y de ellos, si viviera, podría dar fe y aun alguna muestra literaria, prodigio de chispa, ingenio y sangre gorda, el llorado escritor don Félix Méndez, escritor a la sazón del "Mundo Gráfico". Omito nombres y me callo algunos detalles del funcionamiento de la sociedad que harían reír al más taciturno, y sólo me limito a consignar que la corporación llegó a tener patrocinadores en la política, en las letras y en el profesorado, que reían las gracias de sus protegidos, estudiantes muchos de ellos. La sociedad llegó a usar sello, membrete y, como digo, reglamento impreso, que poseo, y una correspondencia activísima con las sucursales, autores protectores y "autorcillos a perseguir", llegando a formar un archivo que es lástima que tenga que permanecer secreto, al menos por ahora.

"Un título de Castilla madrileño conserva el original de un romance, titulado, si mal no recuerdo, "Miguelillo Lechuza", que hubiera suscrito Quevedo sin dificultad alguna.

"Lo único que no tuvo, ni creo que piense llegar a tener la Sociedad, es existencia legal, por su índole bromista."—Por la copia: *S. G. C.* (B. A.).

Templo de Jano (749). — Los romanos vieron siempre encarnado en Jerónimo Jano, el símbolo de la Paz y es por ello que su rey Numa Pompilio, segundo soberano en el período de los Reyes de Roma quiso consagrar su nombre, levantándole un templo en el Monte Capitolino. Como aquellos tiempos—que por suerte o desgracia no volverán, — eran eminentemente guerreros, se explica el porqué de la apertura en tiempo de guerra, pues siendo su misión la de la Paz no podía hacerla ejercer sino cuando ella no existiese.

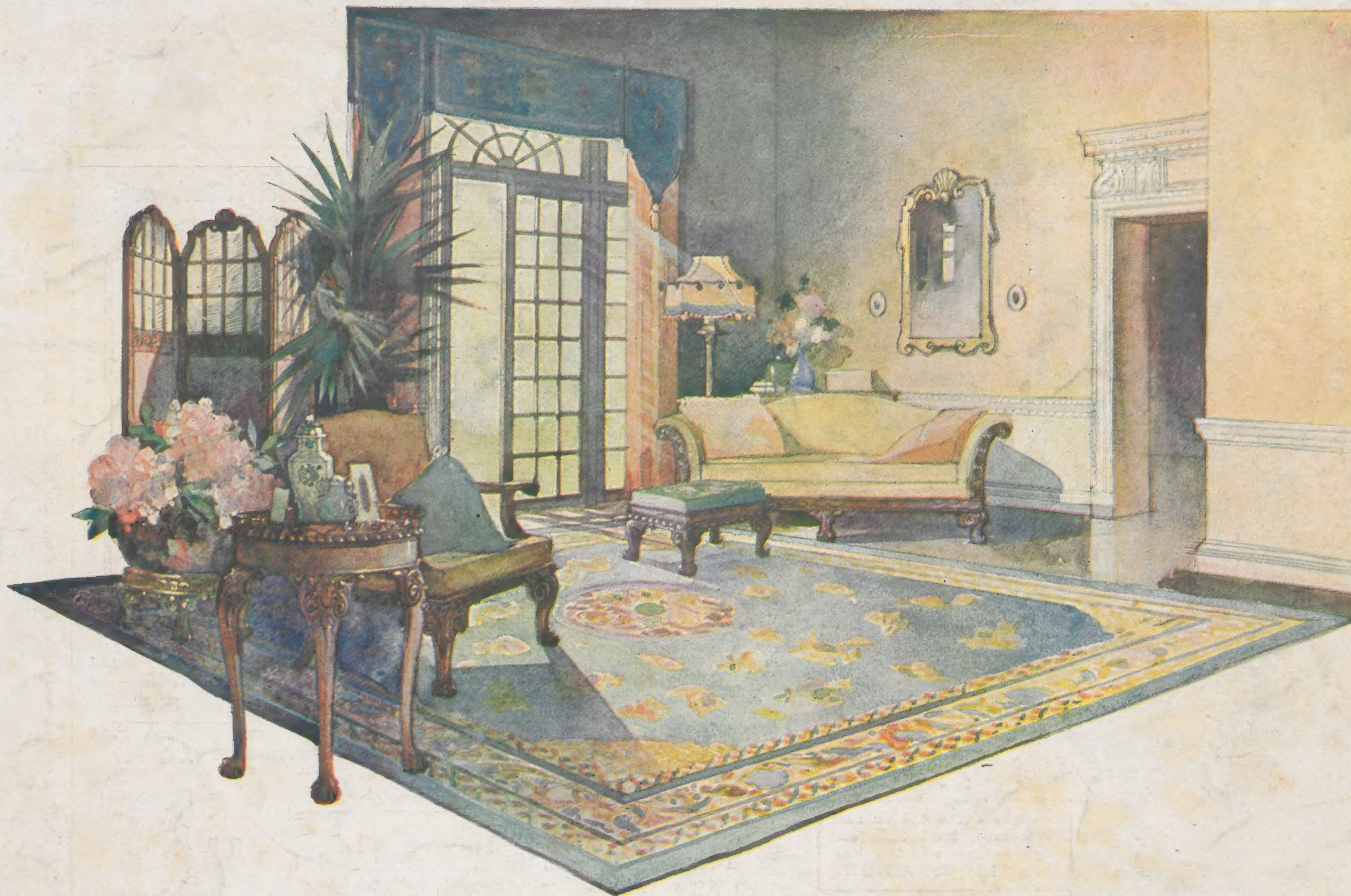
Un hecho que corrobora lo antedicho, es que, durante un período de mil años, poco más o menos, se cerró sólo ocho veces, siendo la última que la historia menciona, allá por el año 994, por Gordiano III. Además recuerde el señor estudiante, que la mitología era el plato exquisito de los antiguos y que no desperdiciaban una oportunidad, para atribuir a cada uno de los "relatos" un significado de alta moral. — *Roberto de Patmos* (Chañar Ladeado).

El primer beso (749). — Conozco varias poesías con este epígrafe; a continuación transcribo la menos conocida y la más bella quizás. Es del poeta español Vicente Ruiz Llamas, nacido en Lorca, provincia de Murcia; murió en el penúltimo lustro del pasado siglo.

EL PRIMER BESO

Templó tu llanto mi queja
y mi dolor tus agravios;
y en amorosa pareja,
tras el marco de tu reja,
puse en tus labios mis labios.
Trémula mi boca estaba,
fuerte el corazón latía;
y al calor que te prestaba
también tu boca temblaba
al contacto de la mía.
¡Inocente frenesí
de un amor que, al nacer,
aliento y vida halló en ti!
un ángel te conocí
y te convertí en mujer.
Amor te juré rendido
y tú también... ¡gran locura!,
hoy nos separa el olvido;
yo el juramento he cumplido;
pero tú has sido perjura.
Y ya, perdido tu amor,
sin dicha, fe, ni calor,
vil juguete de la suerte,
soy la estatua del dolor
respetada por la muerte;
tengo seco el corazón
y no sufro afán ni engaño;
pues por tu amarga lección
sé que para una ilusión
nunca falta un desengaño.
¡Triste es amar y olvidar;
mas, esta la vida es:
nacer, vivir y soñar,
a lo mejor despertar
y vuelta a soñar después!
Yo no sueño ni ambiciono:
contemplo tu dicha en calma,
sin odio, rencor ni encono,
y desde el fondo del alma,
te desprecio, y te perdono!

Por la copia: *Miguel Lozano Muñoz* (Dunvesnil, F. C. C. A.).



ES indudable que para la decoración interior del hogar, una de las selecciones que más cuidado exige es la de las alfombras. Destinadas como están a armonizar con el conjunto, resulta fácil equivocar tanto el estilo como el tono que más conviene a cada ambiente. Así, una alfombra equivocadamente elegida, por rica que sea, disminuye la distinción de aquél, desmereciendo el valor de los mismos muebles.

Hay, pues, evidentemente, un riesgo en la compra de ellas, aparte de los comunes derivados de la falta de calidad: el riesgo de no elegir bien...

Pero ese riesgo no existe al visitar la exposición de THOMPSON, la más grande de Sud América, pues en pocos instantes se ofrecen a la vista del comprador centenares de alfombras, cada una de las cuales ha sido escogida con un concepto exacto de lo que es distinción, donde hay la garantía de que cada una es también un exponente de alta calidad y donde media todavía la seguridad que toda vez que se necesite un consejo de índole artística, será formulado basándolo en la experiencia adquirida en una larga consagración.

Por todo ello, y aún cuando sólo sea a título de curiosidad, merece ser visitado el DEPARTAMENTO DE ALFOMBRAS de

Thompson Muebles Lda.

FLORIDA 833
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.